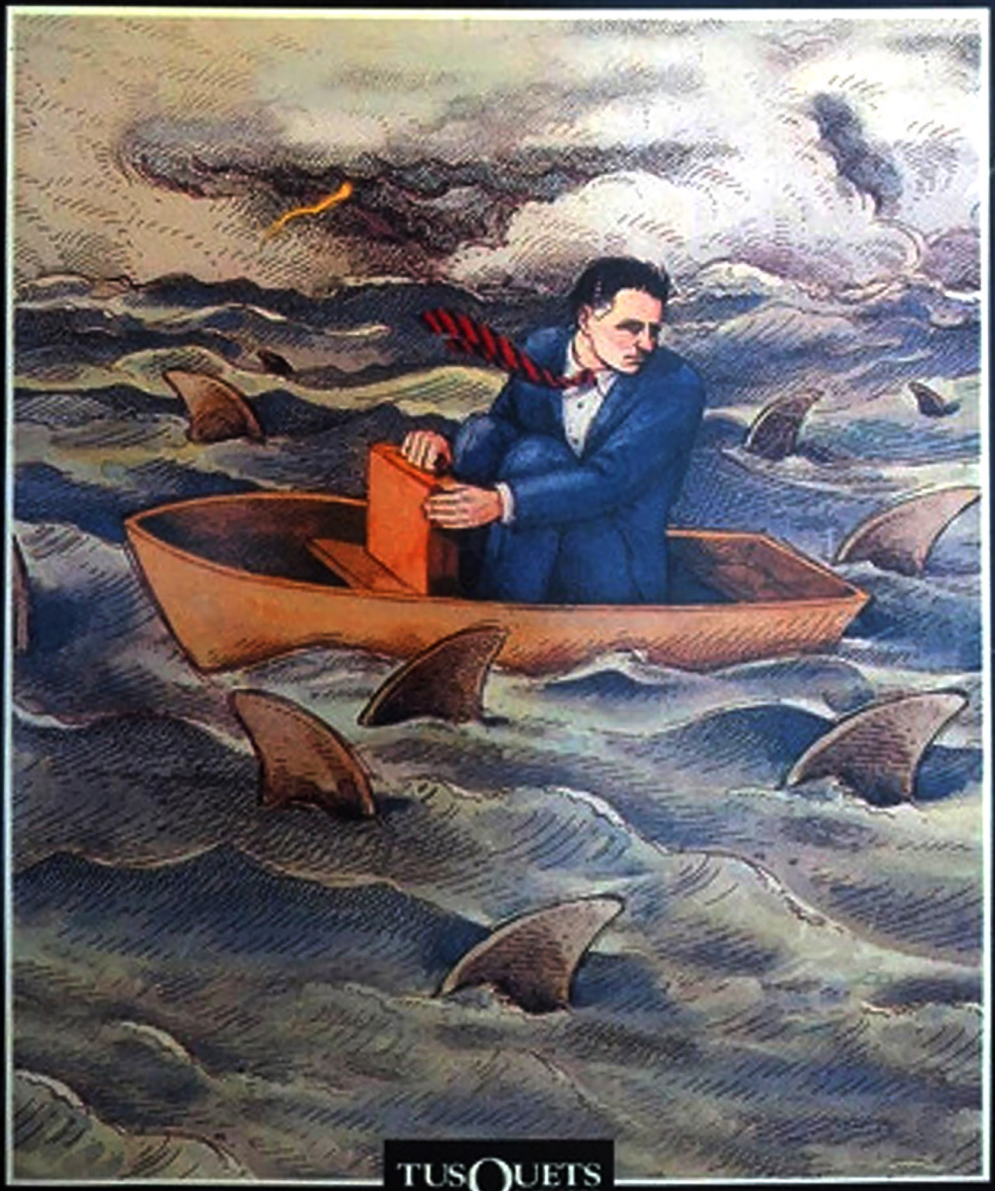
Noé Jitrik

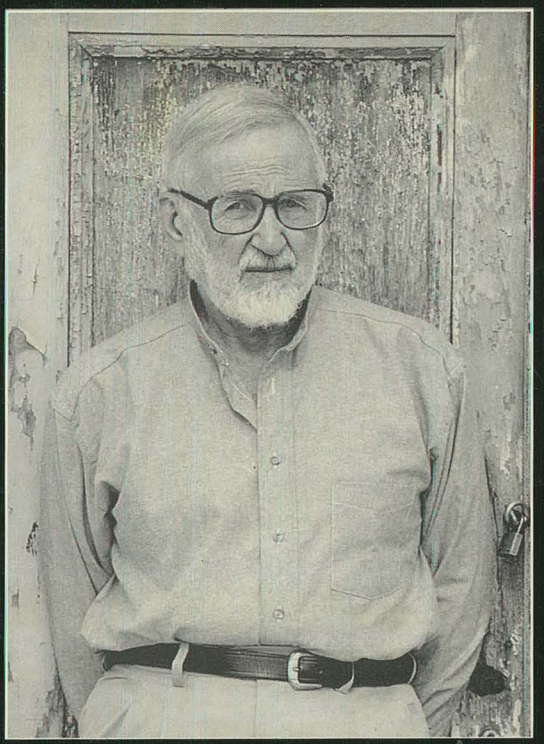
MARES DEL SUR

colección andanzas



TUSQUETS

NOE JITRIK



©Alejandra López

Noé Jitrik nació en 1928, muy cerca de La Pampa. Desde 1939 vivió la mayor parte de su vida en Buenos Aires; el resto en Europa y en México, donde pasó años de exilio. Publicó varios libros: de poemas, de ensayos, de historia, de crítica literaria, de teoría y narraciones, cuentos, textos y novelas. Las últimas fueron *El ojo de jade, Fin del ritual, Los lentos tranvías, El callejón, Limbo* y *Citas de un día.* También hizo periodismo y enseñó literatura en varias universidades.

MARES DEL SUR

colección andanzas

NOE JITRIK

MARES DEL SUR

TUSQUETS EDITORES

1ª edición: agosto 1997

© Noé Jitrik, 1997

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores - Venezuela 1664 - Buenos Aires
ISBN: 950-9779-45-8
Hecho el depósito de ley
Composición: Taller del Sur - P. Colón 221, 8º - Buenos Aires
Impreso en Verlap S.A. - Producciones Gráficas
Comandante Spurr 653 - Avellaneda - Prov. de Buenos Aires
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Indice

1. Son las luces que a lo lejos 11
2. No toda es vigilia 35
3. Un crimen rudimentario e imperfecto 65
4. Informe nada académico 95
5. Una fiesta en diciembre 125
6. Un auto lleno de hombres 153
7. Vueltas a la tuerca 181
8. La burla 209
9. Los mares del sur 235

A los señores Luro, Peralta Ramos y Rocha,
que levantaron una ciudad

1
Son las luces que a lo lejos

Sea quien haya sido, terrateniente, político o arquitecto, el que, antes de dar la orden de iniciar obras –por lo que se verá enseguida– gigantescas a un modesto ejército de obreros que, por provenir de muy diversas regiones del mundo, podían malinterpretarla, hubo hecho el trazado de esta ciudad, aunque dada la magnitud de la empresa no es pensable que haya sido una sola persona sino más bien un grupo de hombres excepcionales que tenían al mismo tiempo una sensibilidad a los paisajes, en especial a los que se ven desde el mar, y un sentido de futuro, debe o deben haber tenido, cuando la concibió o la concibieron, la imagen fulgurante de la ciudad que llegaría a ser en el momento en que se producen los hechos motivo de la narración que comienza a tramarse y que la tiene como escenario.

Precisamente por esa sensibilidad, muy diferente sin embargo a lo que se deja adivinar que operó en ciudades reconstruidas como Friburgo en 1948, Piacenza en el siglo XVII o Valparaíso varias veces en su historia, o en ciudades fundadas

en épocas recientes a designio, aunque también por hombres clarividentes, como Brasilia, Dallas o la utópica Ville Radieuse, en contraste esta última con la ominosa Marsella, esos visionarios no podían ignorar, o lo advirtieron al divisar por primera vez –con ojos de futuro se quiere decir pues sabían lo que era la aldea originaria, un caserío de cuasi labradores, ni siquiera espontáneos pescadores que, inspirados por el mar, rehicieran gestos culturales arcaicos capturando peces– el lugar elegido para el emplazamiento, que tales paisajes, o sea, dicho con mayor definición, los accidentes de la costa y aun el recorrido de la costa, en forma de bahías, ensenadas, cabos, playas y rocas, sobre todo esas fantásticas rocas depositadas allí por vaya uno a saber qué capricho geológico originado en qué lugar, determinarían no sólo ese trazado en los papeles sino en su ejecución y darían lugar a un doble fenómeno urbano. Por un lado, es bueno destacarlo, se trata de un permanente nacimiento de calles que, invariablemente, se prolongan hacia un oeste caprichoso pues de pronto se convierte en sur y aun en norte, nunca en este, con todas las figuras imaginables de tales transiciones, oestesuroeste, oestenoroeste, oestesureste, oestenoreste, noroeste, suroeste, y las transversales de norte a sur y, por el otro, una distribución sorprendente de la luz, lo que es fácil de comprender pues se sabe que junto al mar la luz no es la misma que tierra adentro, hecho cada vez más eviden-

te a medida que las grandes construcciones que hoy vemos comenzaron a dirigir esa misma luz de manera diríase viciosa, bloqueando la que podía radicar en las partes bajas y, ni falta hace decirlo, en las viejas casas, no por fuerza las primeras, un molino, una escuela, una estación, perdidas en algunos sitios, restos de la aldea aislada que una vez fue y que en pocos años se convirtió en una promisoria y veraniega ciudad, llena de palacios suntuosos, algunos de los cuales todavía se pueden ver, fantasmales y como aterrados, solos en calles que ya son una cosa muy diferente de lo que eran cuando los construyeron haciendo gala de exhibicionismo y certeza.

Por efecto de ese fenómeno, que no por ser mencionado como segundo es secundario, el primero es primario pero para lo que queremos hacer poco relevante, la luz tiene en la muy extensa y compleja ciudad de Mar del Plata –y ya es hora de que escribamos su nombre así sea por una responsabilidad de localización y para que no se crea que lo que será narrado pudo o puede haber transcurrido en cualquier lugar– una especie de diversificación equivalente, de acuerdo con un criterio quizá no muy difundido en general pero comprensible en el orden de la pintura y otras artes visuales, a una dramatización muy sutil, como se ha visto y dicho con abundancia y énfasis, en cuanto al dramatismo, respecto de los paisajes de Amberes o Deauville pintados por Van der Meer o Pis-

sarro. Así, podría decirse, y para empezar a comentar este punto, que las noches de verano en Mar del Plata son particularmente luminosas o, dicho de otro modo, que en esas noches la luz es muy intensa en parte por un efecto residual, como si se hubiera juntado durante el día y esa acumulación se proyectara sobre la noche iluminándola, en parte porque la ciudad se ha expandido y eso, como se sabe, acarrea mayor movimiento y también mayor empleo de la luz, pero además, y en esencia, a causa de circunstancias naturales e intrínsecas, tales como la irradiación fosfórica que tiene su fuente en el océano pletórico de peces, como lo saben millones de bocas argentinas, generosos proveedores de tal resplandor. Eso explica, aunque este verbo sea excesivo para lo que necesitamos describir, por qué, sin ser el verano semejante al de las ciudades del norte de Europa, donde el fenómeno ha sido muy registrado, hasta mitificado en los desbordes casi paganos que se producen en la noche del 25 de junio, cuando el día parece no acabarse nunca, las cosas y las personas que se desplazan por la noche en esa estación tienen un perfil más nítido, por qué todo se ve «como si fuera de día», según gustan afirmar sus habitantes, orgullosos de tan irradiada condición. De ninguna manera queremos decir que, por eso, esta ciudad sea un refugio de la Gloria Divina, tal como lo proclaman los antiguos cabalistas de Jerusalem, en especial los que escribieron, no en Je-

rusalem seguramente, un libro titulado *El resplandor*, en el que sostienen eso, que Dios es Luz aunque para comprender su alcance y dimensión, sin perecer por haberlo alcanzado, haya que atravesar la Oscuridad, sustantivos todos puestos en mayúsculas para mostrar que forman parte de un sistema muy respetable que de ningún modo pretendemos sustituir, así como tampoco ampararnos en él para el desarrollo de esta historia.

Tampoco, volviendo a lo terreno y aun histórico, podían imaginar esos fundadores o, por su parte, habiendo recibido indicaciones bien precisas, esos arquitectos traídos de diferentes países de Europa, formados en las mejores escuelas, como John Doyer, Pedro Benoit, Carlos Thays o W. B. Bassett-Smith, pero no porque fueran de esos fundadores o de esos arquitectos –cada uno en su lugar– que fundan o construyen ciudades como garañones que preñan hembras sólo porque están ahí, pasivas y vacías, fundadores instintivos e irresponsables –es lo que ocurrió con Hernán Cortés que al fundar el México moderno sobre las ruinas de Tenochtitlán en verdad firmó una hipoteca que cinco siglos después no se ha levantado ni nunca se levantará– que hacen pagar a las generaciones futuras sus arrebatos fundantes, ni carecieran de imaginación, de la que habían dado prueba más que suficiente por el exclusivo hecho de haber descubierto ese sitio para emplazar una ciudad, no imaginarían, recorda-

mos, que esa misma ciudad, años después, ya en plena existencia urbana y habiéndose convertido, a fuerza de poseer atributos de diverso grado de encanto, en un mito casi universal dignamente comparable a otros de bien cimentada fama, Biarritz, Montecarlo, San Sebastián, Sagaró, Long Island, Acapulco, sería escenario de lamentables tragedias –casi una sola, prolongada y constante, causada por el juego de azar, la implacable ruleta que ha dado tanto que decir en torno a la imagen de la rueda de la fortuna– y de crímenes, otro nivel de la tragedia, como el que trataremos de narrar ahora, mejor dicho de aquí en adelante puesto que la noción misma de ahora, a pesar del uso frecuentísmo del adverbio, es impensable, y no sería quien relata tan arrogante como para pretender estar instalado en ese fugitivo sitio, en realidad una pura idea o un deseo imposible.

Y hablamos de esta ciudad no cuando era un grupo de instalaciones precarias de madera –en su momento incendiadas más por la fatalidad o la desidia que por manos aviesas, desgracia promisoria pues llevó a construir ramblas de hormigón, escalinatas imponentes y edificios adecuados al decoro de los habitantes, lo que vuelve a probar que el progreso se nutre de la catástrofe– puestas de manera improvisada de preferencia junto al mar, como para estar, sus ocupantes, atentos a los peces que debían abundar en las ensenadas o a los moluscos adheridos a las rocas, sino cuando

sus lobos marinos habían casi desaparecido –recordemos de qué modo tuvieron que ser protegidos en un tiempo muy posterior mediante una especie de reserva o refugio cercano al puerto– y habían sido sustituidos por impresionantes réplicas de piedra, esculturas según algunos, que parecían custodiar edificios no menos gigantescos, el casino de todas las desgracias, y su émulo, el hotel llamado con modestia «Provincial», aunque también tenía casino de perdición, donde tantas fantasías de riqueza habían naufragado, expresión adecuada, la del naufragio, si se piensa que el mar estaba ahí nomás y de algún modo había determinado las tragedias y los crímenes a que nos estamos refiriendo. Pero esto no quiere de ningún modo decir que el o los fundadores, los mitológicos Luro o Peralta Ramos, en ese orden, o los arquitectos, Benoit o Thays o Harrison Lomax, hayan sido responsables de lo que sucedió luego en materia de tragedias o de crímenes; tampoco les quita del todo tal responsabilidad ya que se sabe que fundar una ciudad, y sobre todo construirla, puede acarrear consecuencias muy diferentes a las que podrían resultar de fundar una casa por ejemplo, aunque esta empresa, más reducida pero también más frecuente, del mismo modo tiene lo suyo y nadie puede ser tan inocente como para no darse cuenta, a esta altura del desarrollo del pensamiento humano, de que una casa, como una ciudad, se edifica según ciertas ideas, ni hablar de

proyecciones y deseos, que aceptados total o parcialmente por quienes vivirán en ellas, en una o en otra, generan conflictos, crean malestares e insatisfacciones que van creciendo como una perniciosa enfermedad hasta ocupar gran parte del espacio y, como la casa y la ciudad pese al mal que les está creciendo prosiguen su existencia en parte siguiendo el plan original, termina tal enfermedad por convertirse en una cualidad, enferma, que la define y permite reconocerla. Los meros nombres de Sodoma y Gomorra constituyen un buen ejemplo, nadie discutiría su raigambre clásica, de tal enfermedad y de la condigna curación que, aplicada por Dios Padre, sirvió para explicar, de una vez para siempre, esta idea.

De este modo, y para la ciudad en la que pensamos, nada que ver, ni remotamente, con aquéllas –no permitiríamos ninguna analogía, ni siquiera en un sermón dominical, los sacerdotes son muy proclives a dar esta clase de ejemplos–, su solo nombre evoca, porque está instalada en un difuso y colectivo recuerdo, parecido al saber común, extraños comportamientos, riesgos muy fuertes, pérdida de valores y de autocontroles. ¡Cuántos desesperados engendró, cuántos suicidas, potenciales o efectivos, cuántos seres que entraron en el delito después de haber salido de los casinos! Sin embargo, pese a la cantidad de situaciones que en ella tuvieron y tal vez todavía tengan lugar, sin contar con agarrones políticos también dramáticos, pocos

escritores la han elegido para ubicar sus historias en ella, es probable que por pudor, puesto que hay una tradición narrativa de ciudades balnearias, aunque algunos la hayan elegido, como la delicada Alfonsina Storni, para morir, escribiendo su último poema sobre el agua, y otros, como la entusiasta Victoria Ocampo, para realizar vastas empresas culturales.

Pero, desde luego, ya que nos estamos acercando a esta truculenta imagen, lo mínimo que se puede decir para delimitarla es que crímenes hay en todas partes; se diría, incluso, que son como el ladrillo fundamental de una sociedad bien organizada y con propósitos claros, no porque sean indispensables para que esa sociedad funcione, el aceite que suaviza sus engranajes, sino porque suele haber en ella muchos momentos de fricción, innumerables conflictos, de opinión los más suaves, de intereses los más duros, que engendran odios a veces abismales o, si no es tanto que se pierda la vista en ellos, tensiones tan difíciles de razonar que se hacen insoportables y, por lo tanto, no es infrecuente que, no pudiendo aguantar una presión que está en el aire, por así decir, a algunos se les nuble la vista y no puedan considerar sus conflictos con honesta objetividad de modo que, nerviosos, angustiados o empujados por una mala índole –según lo explica la vieja psiquiatría que, digámoslo de paso, surge como ciencia en las ciudades– quieran matar para recuperar una perdida

estabilidad, nada más, para volver a ser dueños de sus nervios alterados, como una especie de purgación, todo lo cual serían razones, no buenas sino sólo razones que explican tales deplorables acontecimientos. Pero también puede ocurrir, y como veremos es tal vez el caso, que haya quienes de pronto miran con mayor agudeza que de ordinario, críticamente diríamos, en sus pasiones y conflictos y, no queriendo actuar llevados por la emoción o calculando tan sólo lo que más conviene en materia de seguridades y garantías, manden matar, se limiten a hacer esa clase de encargos a personas idóneas para ello, de modo que nadie, ni mandantes ni ejecutores, pierda el control de sus actos por más que alguno, raras veces unos u otros, pierda la vida, no siendo tampoco infrecuente que, pese a todo ello, mandantes y ejecutores pierdan la libertad, se sabe a qué nos estamos refiriendo, con alivio del sentimiento público. Y puesto que hablamos de dos clases de personas, aquellas que matan porque, enceguecidas por la ira o por bajas pasiones, ven todo negro o no ven nada a su alrededor –nos referimos a consideraciones, delicadezas o miramientos de cualquier índole– y aquellas que mediante el crimen que mandan cometer quieren confirmarse a sí mismos, verificarse como existentes en la claridad de su mirada, conviene decir que los crímenes de que se va a tratar tienen sus motivos y que quien esto relata sospecha, muy en general por supuesto y sin que esto implique un juicio

de índole bíblica opuesto al famoso «creced y multiplicaos», algo así como, en un remedo de frase bíblica, «ciudad de perdición, que caigan sus murallas», que algo tienen que ver con la ciudad en la que se han producido. Relación oscura y aun débil, porque en la ciudad de Mar del Plata hay muchas más cosas que tan sólo el juego o la especulación o el crimen, hay gente que sueña y que trabaja, hay padres que velan por sus hijos e hijos que cuidan a sus padres, hay gente que sufre porque otros sufren y hay, por fin, muchos que piensan que las cosas no están bien y que algo hay que hacer para que mejoren.

Y, para no dejar el tema demasiado abruptamente o como si se tratara, el tema de la luz, de algo ocasional o suplementario, y a riesgo de desviarnos, aunque ya es tiempo de hacerlo para no sesgar en exceso el discurso, de las disquisiciones sobre criminalidad urbana, hay que decir que en ciertas ocasiones, no muchas a decir verdad –pongamos como ejemplo una fiesta, ya sea una procesión marina que los pescadores de origen italiano llevan a cabo todos los años con admirable tenacidad y una gran dosis de gratitud, en algún momento del verano, a la Stella Maris que los guía cuando regresan de sus arduas cacerías, o al estático Pedro González Telmo, de profesión santo, que más que conducir a los navegantes fue conducido por ellos un día de la séptima década del siglo XVIII, en imagen portadora de una embarcación,

ya sea las comunes celebraciones de toda la ciudad, patrióticas o rituales–, se añade un poco más de luz, es un tercer factor coadyuvante; en ese sentido son notables las noches del 31 de diciembre de cada año, por ejemplo: si no hay –a veces por excepción eso ocurre– algún temporal que obliga a recogerse en las casas, éstas, las casas, abren puertas y ventanas y, según las respectivas riquezas, chorros más o menos grandes, unos suntuosos, otros modestos y en algunos lugares las dos cosas, pues entre las casas y la calle se interpone con frecuencia un jardín muy verde y florido, hacen su aporte lumínico, por usar una palabra de dudosa calidad indicativa.

Por eso, no ya por su valor simbólico o histórico, casi no queda memoria de lo que esa fecha significa, es tan peculiar la celebración del Año Nuevo: en verdad hay por lo general, casi a punto de concluir el siglo XX, algo de rutinario y mecánico en esas indispensables reuniones familiares o amistosas que tienen lugar en casi todas las casas, incluido en ese concepto, el de casa, restaurantes, clubes, salones y hoteles –que no faltan en este paraje–, sin que por eso pueda decirse que sean por fuerza indiferentes, pero hablábamos de la luz de esas noches y no de las fiestas que, según cómo le vaya a cada cual, serán memorables o consideradas una más entre tantas a las que hemos asistido: si son una más lo tomaremos con calma o con la irritación del día anterior que persiste con su frus-

tración al día siguiente, si son memorables las comentaremos hasta con entusiasmo en uno o dos días más, hasta que el nuevo año, con su cauda de obligaciones nos arrastre por nuevos senderos que son, como todo el mundo sabe, los viejos caminos que seguiremos recorriendo con parsimonia, las novedades que promete un año no se producen por fuerza el día 2 de enero de cada año, es raro que un cartero toque a la puerta y diga, con voz estentórea, «aquí está la carta que cambiará su vida», y eso sin contar con las distribuciones hemisféricas ya que una cosa es el 2 de enero en el norte, donde la continuidad laboral y social es imbatible, cuestión que en este instante nos es indiferente, que hagan lo que puedan con su frío de diciembre, y otra en el sur donde el calor, las vacaciones u otras disposiciones sociales hacen del paréntesis algo muy fuerte y consistente, tanto que muchos, previsores, ahorran todo el año para pagarse unos días junto al mar y otros, despreocupados, se endeudan razonablemente llegados a ese punto y eso siempre que la ruleta no los devore con su vértigo infernal. Por no hablar de los obreros cuyos sindicatos poseen hoteles a sus miembros reservados, legítima recompensa de diez o quince días a tantos trabajos de todo un año. Digamos, de paso, que no pocos de los viejos habitantes o habituales de esta ciudad, otrora reservada y hasta prohibida, nunca vieron con buenos ojos la llegada de los contingentes obreros a las playas

antes abiertas e impolutas, pero tampoco es imposible que terminaran por admitir que los tiempos habían cambiado y con ellos y el nuevo tipo de gente, el destino que se le había diseñado a la ciudad. Pero ahora esas disconformidades se han atenuado hasta tal punto que todos por igual celebran los desfiles de carruajes que se hacen todos los fines de año por el Bulevar Marítimo y, quizá, la Avenida Luro, y que, con sus conductores ataviados como caballeros ingleses, con breeches, casquetes y fustas en las manos, manejando con destreza equinos de alzada perfecta y acompañados por damas de prosapia, dignísimas en sus atuendos, capelinas y volados, para admiración del público local y visitante –el anacronismo siempre es convincente– en su función de acompañantes, constituyen una verdadera fiesta ciudadana y popular, que se celebra en los días del verano, regocijo de la vista y el buen gusto, complementaria, pero en otro sentido, de la procesión de linaje itálico ya mencionada.

Pero, volviendo al hilo del relato, conviene decir por razones de prudencia que cosa semejante, alteración del equilibrio tradicional de clases, ocurre en todas partes del mundo tanto en lo que concierne a los cambios sociales –de los que no nos ocuparemos– como a la luz, en la que está claro que estamos poniendo mucha atención. En Mar del Plata, el lugar del relato, hay que decir que a causa de la particular luminosidad que,

como un lujo complementario, es propia de la ciudad, el 31 de diciembre, desde la caída del sol –momento en que todo parece entristecerse súbitamente, como si se cobrara conciencia de lo que significa el eterno rotar del tiempo–, es celebrado con cierta obstinación, diríase que se juega en ello una identidad; para quien relata, el núcleo de esa obstinación reside en la luz o la luz es su «causa primera» pero no es ése un punto en el que haya que debatir ni se trata de convencer a nadie; son cosas que se sienten y si las cosas no son así que se nos corrija, que no por eso vamos a ser condenados por ninguna deidad, crímenes peores zafan de las condenas, ni siquiera por las que puedan invocar, o a las que se les atribuya, parentesco cercano con la Divina Providencia que todo lo tiene arreglado a la perfección.

Volviendo al punto, todos en esta ciudad, desde los pescadores de las zonas cercanas al puerto hasta los burgueses que viven con todo lujo, en ocasiones ofensivo, en los alrededores de la Playa Grande y en otros barrios más lujosos todavía, aunque un lujo de nuevo cuño –todas las casas parecen salir de las páginas ilustradas de las mejores revistas norteamericanas y europeas de arquitectura–, pasando por la gente recluida, casi prisioneros, en los departamentitos ínfimos cercanos a los casinos, en los que se multiplican los engaños ilusorios de la codicia menor, hacen alguna fiesta, reúnen gente, preparan comidas, escuchan músi-

cas diversas, tantas y tanto como lo son los respectivos gustos. Muchos, inclusive –si los a veces enfurecidos dioses del mar lo permiten–, hacen su fiesta en los jardines y permanecen en ellos hasta la madrugada del día siguiente, lánguidos y satisfechos al amanecer, a veces enamorados, si son ritualistas celebrando misas solares, escuchando músicas que se deshilachan a medida que el sol del día primero barre, se diría que con violencia, las expectativas de la noche anterior. Por más encumbrada o humilde que sea la gente, olvidada tal vez del sentido de lo que se festeja y reduciendo los probables argumentos de los escépticos que afirman «no tengo nada que festejar», todos esperan esa luz excepcional de la noche del 31, dentro de la cual, inmersas en esa atmósfera, las personas son más hermosas y sus gestos tienen una armonía nada melancólica a pesar de que, sin excepciones, fatalmente, se consagra el paso del tiempo, lo cual imprime a todos los actos, aun los más simples, como llevar una copa a los labios y decir «salud», un sello de pérdida y de dolor aunque no se lo formule con palabras semejantes.

Los contrastes, en lo que respecta a la luz, son, como se dijo, pero nunca será suficiente decirlo, muy fuertes en Mar del Plata. Tratar de consignarlos forma parte del relato, no se crea que es una descripción decorativa ni tampoco de pura ambientación. Y es grato hacerla, como para restablecer por adelantado una armonía que el crimen de

que se trata habrá roto sin remedio. Por lo tanto, y si la ciudad le debe algo de su forma a su luz, empezaremos por decir que, a orillas del mar, ante todo y reproduciendo en la descripción el ya aludido modo de construcción de la ciudad –de la costa hacia el interior, lo que constituye una verdadera paradoja ya que si en todas partes el mar es proceloso, enigmático y constituye el más allá por excelencia, siendo la tierra, en cambio, «firme», aquí es al revés, el mar, que es lo exterior o lo que se confunde con la salida del sol, deja de inquietar, y la tierra, acaso porque siempre fue algo a conquistar, preocupa, de allí salen los fantasmas–, la reverberación se autonomiza y los reflejos son saltarines en el mediano término; las aguas, como yesca contra madera seca, golpean las rocas y sacan una batahola de chispas que durante el día no se perciben, encubiertas en la espuma. El aire, a su vez, mostrando que hay, como lo probaron los antiguos filósofos, en especial Anaxágoras, una íntima relación entre los elementos, se carga de un olor denso y, por si no bastara, los focos de luz de la avenida de la costa que se reflejan más allá del sitio en el que rompen las olas crean, y estamos hablando de la noche, una ilusión de control, por parte del hombre que los ha inventado, sobre la inmensa naturaleza. Los barcos, escasos, que atraviesan con toda lentitud la bahía, hacen con sus chimeneas humeantes, pero sobre todo con sus propias luces, una línea en los camarotes, otras

más arriba, entre los palos y los castilletes, de melancólico límite, pareciera que la región que está del otro lado de esa máquina que se desplaza lentísima fuera una zona de absoluta sombra, un agujero negro amenazante pero ahí nomás, entrevisto y bloqueado, justamente, por esos barcos, que, porque están en lo suyo, parecen la imagen misma de la indiferencia, vaya uno a saber qué pasa en ellos, qué conflictos y temores los habitan, por usar una metáfora algo corriente y socorrida.

Pero no podría estar completa la descripción, ni garantizado el progreso hacia el punto dramático al que se quiere llegar, si no se apuntara, por lo menos, como sustituto de un exhaustivo conocimiento del que se carece acerca de lo que es esta ciudad, si no se dijera que, a causa del desarrollo que en su carácter de playa, con lo que resuena de esta palabra, ha tenido, existe un sector compuesto por grandes edificios cuadriculados, hoteles en ocasiones, condominios, en su mayor parte, que reproducen por una suerte de movimiento cariocinético incontrolado sus estructuras aburridas, ventanas cerradas hacia lo alto, hacia abajo y hacia los costados: entristecen la mirada que intenta ver en ellos alguna señal de vida, de vida particular, con gente particular en su interior, apasionada o deprimida, conflictiva porque transcurrir en esos habitáculos no ha de ser gratificante, o tranquila y apaciguada, pese a la excitación que produce el mar, porque de la posesión de esos lugares

o de su usufructo brota algún tipo de placer, muy aceptable gracias a la persuasión que sobre asunto semejante han ejercido los agentes inmobiliarios, verdaderos cruzados de la urbanización, son ellos los nuevos fundadores, cosa que, considerando lo que han hecho de Mar del Plata, de qué manera vertiginosa la han cambiado, los ya mencionados primeros fundadores, incluido acaso el metódico y racionalista Dardo Rocha –que había tenido mucho que ver con la creación de una de las ciudades más esotéricas y articuladas del mundo, aludimos a La Plata–, acompañados en esto por la cohorte de arquitectos traídos de Suiza, Francia e Italia, deben brincar de odio en sus tumbas. Son manzanas y manzanas de cajas de cemento que apagan un poco, es una sutileza decir esto, la luz de la ciudad y llevan a mirar, cuando se camina por esas aceras, sólo en la parte de abajo, dónde multiplicidad de comercios, instalados de manera desbordante, sin duda sobre la esperanza de que los moradores por lo general *in absentia* de esos departamentos vacantes justifiquen con su probable consumo, cuando vengan, el despliegue oportunista que tales comercios o, más bien, que tales comerciantes hacen sin recato y a veces con dudosa audacia en lo que concierne a lo que ofrecen, nada diferente de lo que se puede encontrar en cualquier otra ciudad, nada proveniente del mar, ni pescados ni nácares ni perlas, nada del cuero, nada de lo que sería propio de una cultura tan

propia y peculiar. Pues bien, en ese sector la luz se esparce a raudales pero, como ocurre con el neón, no ilumina nada, sólo disimula la verdadera índole de las caras que se vinculan, si no es exagerado decirlo, en un intercambio ocasional e inconsistente, las relaciones de este modo entabladas poco pueden durar, su duración está regida por la diosa Fortuna que, veleidosa como es, gobierna sin embargo la vida de la ciudad, al menos en ese sector, que a causa del mencionado oportunismo tiene algo de cruel.

Entre esos mamotretos, palabra con la que los arquitectos suelen señalar un desacuerdo profundo frente a una estructura pergeñada por otros, a veces, como islotes, se encuentran edificios viejos pero no ruinosos, que siguen funcionando como lo hacían en las primeras décadas de este siglo y cuyo nuevo aspecto, nos referimos al momento en que fueron construidos, justificaba en gran medida, porque la arquitectura constituía un coadyuvante de primer orden para querer estar en este lugar, el esfuerzo mental o económico que implicaba pasar un mes o, en el peor de los casos, una semana gozando de los beneficios del agua de mar o alentando hermosas expectativas ya sea de comer comidas excepcionales, ya de conocer a alguien fuera de serie y entablarse entre esos recién conocidos, aunque a la larga eso no termine por convertirse en una relación, ni verdadera ni duradera, ya se sabe que los amores de verano son aún más

volátiles que los de la juventud, están, como quien dice, escritos sobre el agua.

Uno de esos sitios subsistentes, hay que decirlo, es el Hotel Lafayette, de indudable prosapia normanda; apenas dos o tres pisos, un jardincito al frente, maderas en el portal de entrada, techos en ábside y vigas pintadas de verde cruzando señorialmente la fachada. No nos interesa ahora describir en detalle ni el estilo ni la vida que se lleva a cabo en los hoteles, en Mar del Plata una tarea semejante llevaría años, ni siquiera en ese hotel, tampoco es ésta una novela inglesa en la que suele ser indispensable ese escenario para que personajes típicos se enfrenten a conflictos que les serían propios; nos limitaremos a consignar, puesto que ya sabemos que allí algo ocurrió, que en uno de sus cuartos tuvo lugar una reunión importante para el desarrollo de la historia que va a comenzar: dos hombres –tampoco es el momento de decir quiénes eran ni cómo eran, ni tampoco de qué hablaron– se encontraron en una de sus habitaciones y discutieron, a la francesa, en calma y en voz baja, no a la italiana o a la argentina, a los gritos, en circunstancias harto notables. No nos adelantaremos pero sí, para ser sugerentes, diremos que fue a altas horas de la noche, entre las dos y las cuatro de la madrugada de un día de invierno; fue en el cuarto de uno de ellos, que lo había rentado horas antes, el otro había hecho lo mismo el mismo día, un poco antes o un momento después, eso no tie-

ne importancia, y ninguno de los dos había necesitado declarar la intención de producir ese encuentro ante el conserje que, contento porque en esa época del año pocos pasajeros hacían rendir las instalaciones del hotel, hizo caso omiso tanto de las identidades de esos providenciales clientes como de la coincidencia aunque, por otra parte, y por menos agudeza que se le atribuya, no podía no imaginar que no hubiera coincidencia: miró distraídamente los documentos, no le llamó la atención, acaso por falta de cultura, que uno se llamara Homero Manzi y el otro Sebastián Piana, nombres falsos, quién no se da cuenta, no le importó que por todo equipaje trajeran sólo portafolios muy parecidos sino iguales, aceptó el pago por adelantado, anotó los datos en un registro provisorio, destinado no a la información sino a la incineración, y les dio a cada uno en su momento las respectivas llaves, no requirieron el servicio de ningún botones ni cadetes ni esas personas que en los hoteles sólo sirven para prender la luz de los cuartos y abrir la puerta de los baños para indicar que existen. Pero lo que es un deber de justicia atribuirle o está en su favor desde un punto de vista moral, es que no debía estar en su índole andar vigilando qué circulación podía iniciarse de cuarto a cuarto y más a esas horas en las que la gente, incluso los conserjes, suele dormir y no hacer negocios, por más importantes que sean. Al día siguiente, el conserje nocturno no estaba, a otro,

todavía más distraído, le tocaba el turno cuando tan providenciales pasajeros abandonaban el hotel, cada uno por su lado, sin siquiera desayunar, dejando a su paso, uno y otro, sendas estelas de un perfume que quizás un experto podría reconocer, pero no es ése nuestro caso.

2
No toda es vigilia

Dejemos esa reunión de lado y, para adelantar en el relato propiamente dicho, o, más bien, para conceder en algo a quienes piensan que si no hay acciones no hay, hablando en rigor, relato, vayámonos en el tiempo y de una vez a otro momento, algo posterior, tal vez un año después o más, un año y medio por lo menos, pero sin duda otra época del año, sobre el verano, los últimos días de diciembre, el 31 para mayor precisión. En esos días tan luminosos –a nadie se le escapará que la luz a la que antes nos referimos con cierto detalle va tomando la forma de un puente que lo une todo y, por lo tanto, conviene mencionarla–, y en esa ciudad, por no decir en todas, salvo catástrofes que sólo se producen de manera completa y perfecta en un futuro (obsérvese que las catástrofes del pasado nunca son tan grandes como las que nos esperan), hay gente que hace sus cosas, no mira la luz ni razona sobre sus variaciones, ni siquiera se fija en el mar cuando lo tiene –el mar es algo espléndido y mágico, sin duda, pero sobre todo lo es para los que jamás lo han visto– aunque

pase muy cerca de él. Esas personas son muchas, tantas que no sería posible clasificarlas y menos enumerarlas, de modo tal que, a los efectos de un relato, hay que elegir algunas.

En lo que toca a éste las más adecuadas son las que pueden ser vinculadas sin forzamiento o con naturalidad con los crímenes en general y, sobre todo, con aquellos a los que se hizo velada mención en las páginas precedentes, razonablemente preparatorias. Por ejemplo, y no será un mero ejemplo, el inspector Malerba, tal vez de grado o de jerarquía subcomisario –el término «inspector» es más bien un adjetivo que un grado, aunque quien lo obtiene ostenta también un grado–, precisiones éstas un tanto inútiles porque no es nuestro objetivo hacernos cargo de los problemas de la carrera policial, con sus escasas compensaciones y sus múltiples injusticias que, se sabe, generan un sentimiento de autocompasión muy grande entre las tropas y, seguramente, son un fuerte componente en el tan conocido espíritu de cuerpo que la caracteriza. Quizá, no obstante, no haya que despreciar esa información: por los límites por así decir funcionales que implica dicho rango y no otros, tales precisiones pueden tener alguna relevancia para la historia en la que estamos entrando casi de lleno. Por dar un ejemplo: a un suboficial el comisario le puede exigir, pedir cuentas de lo que hace o deja de hacer mientras que un subcomisario tiene cierta autonomía, puede hacer lo su-

yo, entrar o salir sin firmar planillas ni explicar sus pasos. Ya veremos qué consecuencias tiene para la historia esta precisión.

De él, entonces, podría decirse, conociendo algo de su foja de servicios, pero abusando de una posibilidad de caracterización propia de cualquier narrador, que en todo caso era un irritable más que exitoso –en cuanto a sus posibilidades de esclarecer delitos– y desesperanzado policía que, en su rincón compartido en ese lugar denominado «comisaría» con otros profesionales tan gastados como él por infinitas intervenciones en asuntos sórdidos y, como él mismo lo habría podido decir cuando comenzó esta desgraciada carrera, «sin ningún brillo intelectual» –reflexión no del todo descolocada porque habiendo sido lector, en ratos de ocio nunca de manera sistemática, de Conan Doyle o del más refinado, pero no mucho, Georges Simenon, autores de amplio acceso, se sentiría autorizado a comparar–, no veía la tantas veces mencionada luz ni tenía por delante ninguna fiesta, recordemos que se trataba de un 31 de diciembre y que, como se dijo, nadie, por más críticas que pueda emitir respecto de esa celebración, quisiera privarse voluntariamente de ella: sólo los ermitaños lo hacen y ya casi no hay. Lo que, en cambio, tenía por delante era un turno extraordinario en esa comisaría de segundo orden, como, por otra parte, lo son todas.

Y, a propósito, las comisarías o como se las lla-

me, son, ya se sabe, iguales en todas partes, pueblos de provincia o capitales, y no sólo en nuestro país sino sin duda también en países vecinos y aun lejanos, conocida una se conocen todas y pueden ser todo lo que se quiera menos alegres y ni siquiera cómodas para quienes trabajan en ellas, con menos razón para los que son alojados temporariamente y por lo general contra su voluntad en sus dependencias –o sea los presos– salvo, o sea alegres y cómodas, como alguna vez el propio Malerba lo pudo comprobar con sus ojos asombrados –con razón porque no se trataba de una comisaría vulgar sino de la Jefatura, o sea una supercomisaría sin el aspecto que tienen las comisarías y, por consecuencia, el contraste era asombroso– cuando entró, vacilante y temeroso, al mismísimo despacho del jefe de policía de la Provincia, no de la ciudad, el comisario general Pracánico; ese nombre, al ser proferido en forma de «comisario general Pracánico», no podía dejar de asociarse con el suyo propio, como si él, Malerba, y el jefe, Pracánico, configuraran un dueto y no una escala jerárquica. Casi no se había atrevido, lo recordamos en su lugar, a pisar las alfombras ni a sentarse en uno de los sillones de madera tallada, ni a mirar los cortinados rojos, terminados en borlas doradas, ni los retratos al óleo, enmarcados a la francesa, es probable que de anteriores y remotos comisarios generales, ni los objetos de porcelana o de bronce que representaban, como esculturas que eran, si-

tuaciones que podríamos llamar sin vacilación mitológicas, amorosos Cupidos o Dianas urgidas por la necesidad de tomar un baño o Apolos incólumes a punto de irse de cacería o Psiques pensativos o ciervos bloqueados en el bronce, a los que no podía dejar de admirar pese a que no era propio de él emplear expresiones de ese tipo, nos referimos a la palabra «mitología», por más que hubiera leído a los mencionados autores policiales que, muchos lo dicen, constituyen en sí mismos mitos modernos y no porque no conociera esa palabra ni las otras, Cupido, quién no sabe lo que es; lo que ocurría, sin duda, era que sentía una espontánea repugnancia a emplear –he aquí un rasgo de su carácter, nadie nos podrá reprochar que no lo «caractericemos»–, por miedo a la petulancia o a la ostentación, palabras difíciles o a comentar cuestiones delicadas, por ejemplo Psique o Diana. Por suerte, el comisario Pracánico no consideró, rasgo de gran cortesía de su parte o apremiado por otros intereses, necesario someterlo a un examen de historia de las religiones o los mitos griegos y todo quedó en paz, sin enfrentamiento ni evidencia de ninguna clase respecto al saber.

Si bien lo que deseamos establecer ahora, en el marco de la institución policial, es el contraste entre la cúpula y la base, aquélla incomprensiblemente suntuosa en cuanto a mobiliario, ésta lindante con la miseria, no podemos, porque tiene que ver con la historia que nos motiva, dejar pasar

lo que ocurrió durante esa visita, que pudo haber cambiado la suerte del inspector Malerba en lo inmediato pero no lo hizo porque, en contra de lo que estaba buscando el jefe Pracánico al convocarlo, el asunto que le interesaba se resolvió casi solo, como lo veremos en los capítulos finales, ni Malerba logró en verdad esclarecerlo ni tuvo oportunidad de ocultar los elementos que, como se sabrá, el jefe quería que ocultara y para lo cual lo llamó, aunque cambió, y vaya de qué modo, su suerte en lo mediato, como en su momento tendremos ocasión de verificarlo.

Pero, volviendo a la mirada estupefacta de Malerba, hay que decir que el jefe de policía lo trató, se lo debe admitir, con familiaridad, le hablaba como el mitológico –palabra que ahora designa otra cosa– general francés que conocía a cada uno de sus soldados y se dirigía a ellos interesándose por sus hijos, mayores y menores, mientras enviaba a esos padres a una muerte probable, destino que ellos aceptaban con alegría puestos, también ellos, en una situación mitológica de la que la historia universal se hizo cargo con toda largueza y fuerza retórica. No era para nada su situación aunque también se tratara de muertes, a una escala muchísimo menor: la suya, o mejor dicho la que le concernía, era una sola y hasta cierto punto trivial, un industrial asesinado en su –otra vez la palabra– suntuosa casa de Mar del Plata, recuérdese que, así sea acercándonos en círculos al punto, como lo he-

mos hecho, ése era el objetivo semideclarado de este relato; era probable, digámoslo en un primer resumen o más bien recopilación –de eso se habló en esa circunstancia–, por el modo tranquilo en que se produjo, que el asesinato hubiera sido cometido por un grupo, tampoco muy grande, dos o tres, finalmente se determinó que había sido uno, que habiendo penetrado por una ventana que daba a un jardín, de ninguna otra forma podían haber entrado, lo sorprendieron, no hubo lucha ni evidencia alguna de robo, y lo mataron mediante un disparo bien tirado en el mero pecho, detalles todos bien conocidos por el inspector Malerba puesto que le había tocado intervenir personalmente en el asunto.

Recuperemos los antecedentes de esa conversación. El asesinato había tenido lugar unos pocos meses atrás y la investigación había quedado en ese punto y nadie, salvo ahora el jefe de policía, por ejemplo los superiores jerárquicos inmediatos del inspector –nos referimos al comisario Vargas–, manifestaba el menor interés porque prosiguiera, se ahondara y se aclarara, lo que no dejaba de llamar la atención ya que el muerto no era un don nadie en la ciudad de Mar del Plata, no era mala persona ni su mujer le era infiel con alguien que hubiera podido sacarlo del camino, ni, pese a la evidente riqueza de su casa, tendría tanto, tanto dinero en sus cuentas como para haber sido objeto de una exacción que, al ser rechazada, pudiera haber dado

motivo inmediato para su muerte, por despecho criminal, que no es éste un argumento secundario para entender por qué cierta gente mata.

Lo que en verdad, desde el punto de vista de lo que son las relaciones entre alto y bajo en la policía, estaba ocurriendo en ese despacho lleno de adornos probablemente traídos de Europa en la época en que la ciudad de La Plata, a ella nos referimos, se fundó, era que el jefe Pracánico, tal vez de manera muy indirecta y apelando –es una conjetura– a la asociación onomástica que los vinculaba armónicamente, más allá de la dependencia institucional de uno respecto del otro, le estaba confiriendo una distinción pues lo había hecho llamar para comisionarlo –esa fue la palabra que empleó– para investigar, cosa que en gran medida ya había hecho, el ya mencionado hecho criminoso, oscuro en su opinión, que, aparentemente resuelto por la negativa, o sea que nada se sabía sobre autoría, motivaciones y consecuencias, seguía resonando, en los oídos inquietos de ese jefe de oídos sensibles, como si quedaran «cabos sueltos», también hizo uso de esa expresión. Lleno de guiños el jefe, mientras el inspector Malerba permanecía de pie, sin atreverse a rozar con su ropa gastada y más bien ordinaria –muy contrastante con la impecable y finísima vestimenta del superior– los sillones labrados y tapizados con terciopelo rojo de ese enorme despacho lleno de objetos, como queriendo incluirlo en algo, tal vez era ésa su sana

preocupación, no en su despacho pues no lo invitaba a sentarse y lo tenía de pie, frente a él, librado a su exclusiva capacidad de equilibrio, mientras le decía o le susurraba, puntos oscuros, quiero que usted investigue otra vez, de nuevo, que reúna pruebas pero, eso sí, sólo conmigo lo que vaya sabiendo, recuérdelo, nadie debe saber que se lo he confiado, recuérdelo, le he confiado, este asunto delicado si los hay, no puede ser que la institución deje impunes a los asesinos, horrendo crimen, añadió, así que dedíquese por favor y si encuentra algo me lo informa, sólo a mí, recuérdelo, la institución se lo reconocerá.

Pero pese a su incómoda situación física del momento, en la que su subordinación se le aparecería como una carga más, el inspector Malerba no compartía, como suele decirse, qué podía haber de delicado, por qué a él se le confiaba esta comisión si era asunto concluido, sentimientos todos algo confusos porque en verdad si bien el no haber llegado a determinación ninguna no era en realidad un resultado, tampoco podía saber ni afirmar que de ningún modo el asunto había terminado y menos todavía, así es cuando no se sabe, que se le irían a escapar, acaso para siempre, justo cuando estaba a punto de saberlo, los puntos centrales que, pese a la distinción que le conferían, residían, no lo podía saber en ese instante y acaso nunca llegó a saberlo, en la comisión de que era objeto, no en el asunto en sí. Poniéndonos en su

lugar diríamos que lo importante, tal vez a causa de su carrera, tal vez por la época en que se vivía, tal vez porque no era corriente que se manifestara un interés semejante de parte de la superioridad, era que le encargaran completar una investigación terminada pero no podía saber por qué y no nos corresponde reprocharle esta ignorancia.

Y bien, como se decía, el inspector Malerba evocaba durante el atardecer del 31 de diciembre, algunos meses después del encargo, esa contrastante oficina, mientras en la suya, él y sus compañeros acalorados y naturalmente sucios por múltiples razones, declinaba el día y a las luces que le son propias sucedía una penumbra primero y luego, pero bastante más tarde, la luz pobrecita de los tubos de neón que quizás iluminen, quién lo podría dudar, pero son fríos y convocan insectos ruidosos y obsesivos.

Despatarrado, de un humor diabólico, dispuesto a comerse crudo a quien se le pusiera en el camino, el inspector Malerba volvía a la escena ya narrada y recorría el camino seguido desde entonces. «Ninguna novedad», le había informado al comisario general Pracánico un par de veces y, cosa curiosa, a la tercera, el jefe dejó de solicitarlo, Malerba pudo creer que estaba satisfecho de que las cosas quedaran así o, tal vez, por ser jefe, estaba en realidad más preocupado por asuntos de mayor envergadura, si esta palabra es adecuada para describir lo que podía preocuparlo y que Malerba,

como todos en la policía, sabía muy bien en qué consistía. De modo que se levantó, se sirvió una cerveza que sacó de una heladera que no necesitamos esforzarnos para imaginar destartalada, y que, por lógica consecuencia, funcionaba por milagro, buscó el expediente un poco por asociación, otro poco por aburrimiento y volvió a recorrerlo sin esperanza –tampoco su impulso tenía esta tan clara formulación– de encontrar ningún elemento nuevo. Pero quién sabe, siempre puede haber algo, tal vez apareciera algún papel antes inadvertido, aunque quién podía meter un papel en una foliación que, rústica y todo –ya que no es la mayor virtud de los sumarios policiales la finura de la edición, ni por la escritura a máquina ni por la encuadernación–, era homogénea y no hubiera permitido intromisión de ese tipo. De hecho, nada nuevo apareció, sólo reapareció el hecho mismo que, a los efectos de la historia, puede ser descrito de la siguiente manera en un estilo que no sólo no debe nada al policial o judicial, en el mejor de los casos, sino que se aparta deliberadamente de él, artificiosamente –muchos dirán «no hace falta»– en la inteligencia de que con él, con este estilo, y no con el otro, el policial previsible y tan pobrecito, caricaturizado en tantos relatos, se podrá comprender mejor el eterno conflicto entre verdad y falsedad, el cual, pese a que como conflicto es difícil de manejar, es un camino muy adecuado para llegar a la esencia de un asunto dramá-

tico como el que el expediente, no sólo ése sino todos, por su índole misma, encierra y asfixia.

Dramática fue, en efecto, la muerte de Roberto Fresedo, de treinta y ocho años, casado con Mónica Franchini, de treinta y tres, y padre de dos hijos, una mujer, de ocho, y un hombre, de seis. Dramática porque, como es obvio por los datos, era joven y tenía una buena familia, aunque sea prejuicioso y convencional decirlo ya que no se puede saber a priori si una mujer de treinta y tres es para un hombre de treinta y ocho una fuente segura de felicidad o de tormento y si los hijos, a no dudar hermosos, no son demonios aprisionados en cuerpos de serafines. Pero, por lo que la policía pudo saber y determinar no era de ningún modo así: los serafines lo eran y la diosa del amor cumplía a la perfección su amante y protector papel. La familia, noción básica no sólo porque lo es en todo relato que quiere respetar las reglas del género sino porque cuando se trata de tragedia la clave, desde los Atridas hasta nuestros días, pasando incluso por episodios bíblicos tan notables como el plato de lentejas, suele por lo general estar entre las paredes de una casa, no digamos cuatro porque la de Roberto Fresedo tiene muchas más; por añadidura, como clave, se prolonga un poco más allá de las personas mencionadas y propone una figura, una estructura, curiosamente homóloga –ya veremos cómo las homologías desempeñan un papel principal en los acontecimientos a los que nos

estamos acercando– cuyo pivote son las mujeres: la diosa del amor, Mónica Franchini, tiene una hermana algo menor, Claudina Franchini, casada a su vez con otro industrial, como para ratificar una pertenencia a un grupo social, llamado Luis Lepera, de la misma edad de Fresedo, matrimonio del que, del mismo modo, pero en una figura inversa, hay dos hijos, un muchacho de ocho años y una mujercita de seis a la fecha de la redacción del expediente que, hasta ahora, no ha hecho gala de indiscreción sino que se ha limitado a los puros datos, de ubicación diríamos, algo así como el *dramatis personae* que figura al frente de las obras de teatro de otros tiempos. Pero, para acentuar todavía más una articulación que reside en las dos hermanas, tan unidas que no hay cosa que haga una que no la haga la otra, se comunican todo y, literalmente, no pueden vivir sin tomar iniciativas, que sin duda imaginan sin cesar, que las ligan cada vez más, no sólo fiestas familiares en homenaje a los ídolos comunes a ambas, es obvio que sus padres, o los respectivos críos, no sólo vacaciones, que pasan juntos los ocho miembros, en el país o en la soñada Europa o en la inquietante Australia, sin que haya ninguna variación en ese punto, sino que, en el mismo sentido, hay que mencionar también las empresas que manejan los hombres, Roberto y Luis, tan integrados ambos que ya no queda memoria de quien inició tales negocios, de dónde salió la idea, por ejemplo, de establecer una

nueva planta industrial, regida por ambos en perfecta armonía, ambos siempre a la hora en las oficinas del establecimiento, planeando y ejecutando, uno u otro, sin un sí ni un no, recibiendo los frutos de una labor inteligente pues, ya no se sabe por las iniciativas de quién, las industrias, de implementos navales, se impusieron espectacularmente en un mercado harto exigente –el principal cliente era la Base Naval–, sus diseños eran audaces, la publicidad moderada y las ventas abundantísimas, así como altos eran los valores que las acciones habían alcanzado en la Bolsa, de modo tal, todo, que se miraban a la cara, Luis y Roberto, con plena satisfacción, se separaban, según se extrae del expediente, sólo para irse cada cual –según versiones de las secretarias, muy perspicaces en estos respectos– a los brazos de la hermana que a cada uno le había tocado en suerte y, luego de sus respectivas inmersiones en sus baños de intimidad, podían volver a encontrarse, ahora todos, ya sea visitando a padres, ya en casa de uno o de otro, ya yendo al cine, para comer afuera, en fin lo que es la vida de personas jóvenes que viven su vida, es cierto, pero como si la vivieran en un cuarto cerrado, no obstante muy a gusto.

Pero, hay que decirlo porque es importante, no es que las hermanas hubieran tenido que esforzarse para acercar a esos dóciles y amables maridos; ellos se conocían de antes, desde la escuela, y ya ahí habían iniciado una amistad que se prolon-

gó en el Club Náutico de Mar del Plata, en la común afición por el fútbol y la natación, en el gusto que tenían por las fiestas en una ciudad que las cultiva como uno de sus modos, principales, de la identidad. A eso hay que añadir la compañía de otros jóvenes de familias tan buenas como las propias, llenos de porvenir, así como la de otros, tal vez un poco mayores o de otras promociones, por ejemplo los dos o tres que culminaron carrera en la Marina, llegando uno que otro, en especial uno, de apellido Lomuto –imposible no tenerlo en cuenta–, buen amigo de ambos y cómplice en las parrandas nocturnas, sobre todo de Luis, cuando la tragedia cayó sobre Roberto, a ser alto jefe naval, comandante de la base, cargo nada desdeñable en esas épocas, habida cuenta de que la Marina no se limitaba –comentamos nosotros pensando que al inspector Malerba, que releía el expediente, no podían pasarle por alto estas relaciones– a su labor específica sino que tenía gran ingerencia en lo que desde el Gobierno, del que formaba parte, se denominaba entonces, empleando una fórmula que tuvo cierto alcance exorcístico, «guerra contra la subversión».

Pero, volviendo a la descripción principal –el tema de los viejos amigos de infancia o de juventud no parecía tener relevancia en ese momento– Roberto y Luis poseían temperamentos diferentes, nota que en el expediente surge de testimonios familiares y de las primeras investigaciones comple-

mentarias que se hicieron después del crimen, por rutina nomás, ya que cuando se produjo tanto las dos hermanas como Luis no estaban en Mar del Plata, él, cortésmente, como lo hacía todo, se había ofrecido a llevarlas a Buenos Aires, otras veces lo había hecho con destinos adquisitivos más audaces, Nueva York o Roma, para saquear las tiendas, así se decía en familia, con derroche de humor, que eso era lo que ellas querían hacer.

Todo esto, como se comprende, es ambiental; lo central, lo grueso, es el crimen mismo y no se podría negar. Del expediente surgen los hechos, consignados con la minucia previsible; de ellos, resumiendo mucho y evitando el farragoso lenguaje policial, diríamos, aun a riesgo de simplificar, que consistían en lo siguiente: una de las sirvientas de la casa, cama adentro, Juana González de Lugones, fue quien descubrió el cadáver. Había despertado bruscamente, conmovida por el ruido de pasos en el jardín y el arrancar de un automóvil, se levantó, abrió la ventana de su cuarto y miró, en vano, al exterior porque ya todo estaba en silencio y tranquilo, envuelto en brumas violetas, sólo se percibía el canto de algún grillo o chicharra o rumores de otros insectos, tal vez silbara una perdiz, de modo que creyó que todo había sido un sueño; cerró su ventana y se decidió a regresar al lecho pero, antes, se dirigió a la cocina de la casa con la cual su cuarto comunicaba, es seguro que para tomar un poco de agua, que es lo que se suele querer

hacer en esos casos, cuando uno se despierta de pronto y siente que la realidad, a causa del extraordinario silencio que envuelve todas las cosas, se reduce a ruidos y movimientos que tienen lugar en el propio cuerpo, zumbidos en los oídos, sustancias que recorren las cañerías viscerales; el vaso de agua, se ha observado en infinitas circunstancias, reconecta con lo que está más allá de ese contacto con la realidad y que sería la realidad propiamente dicha, y devuelve el sueño o, mejor dicho, reacomoda el cuerpo y favorece su retorno al sueño pero con la Lugones no ocurrió así. Llegó a la cocina, es cierto, bebió el agua y cuando apagó la luz para regresar a su lecho advirtió que del otro lado, por debajo de la puerta que comunicaba con el salón, se filtraba una música tenue, ¿qué podía ser?, así como un rayo de luz que, se le ocurrió, estaba fuera de lugar, ya que a esa hora toda la casa debía estar en sombras –había mirado su reloj, eran las tres de la madrugada–. Inquieta, quiso pasar al salón para saber qué estaba pasando pero la puerta estaba trabada y, por más esfuerzos que hizo, no pudo abrirla; el sueño, como es natural, se le fue completamente, de modo que pensó con más calma y se le ocurrió que podría entrar por el otro lado, ya que tenía llave de la puerta principal a la que había acceso desde el jardín; pasó por su cuarto, se puso una bata, tal como lo prescriben los relatos policiales, recogió sus llaves y, enfrentando la oscuridad, tal vez sea mejor decir la tenue claridad de la

noche del verano, entró en la sala iluminada y lo primero que vio fue a Roberto Fresedo sentado en su sillón predilecto y como si escuchara con distraído afecto la música, suponemos que una versión bastante edulcorada, con sobrecarga de violines y prácticamente sin bandoneón, de viejos temas como «Vida mía», «Por una cabeza» y «Volver». Supo, de inmediato, que estaba muerto sin siquiera haber visto que un flujo pequeño de sangre salía de su pecho, ni el orificio de donde salía, ni que tendía a disminuir, como ocurre con el flujo sanguíneo en aquellos que acaban de morir. Se desesperó, puesto que Roberto había muerto estaba sola en la casa –no necesitó pensar por exclusión para advertirlo–, y llamó, como siempre lo hacía cuando había necesidad, a la casa del «señor Luis», pero como no le respondían –recordó que el «señor Luis» debía estar, con las dos hermanas, en Buenos Aires– y despertaría a los niños –todos, los cuatro, la gran fiesta, dormían allí– decidió llamar a la policía, no le quedaba otra, no podía permanecer, como se dice, con los brazos cruzados.

Los detalles que el expediente consignaba a continuación tenían un carácter más específico y sería tedioso reproducirlos y aun resumirlos: había un informe de balística, la bala, era previsible, había salido de un arma modificada, no se habían encontrado huellas digitales ni de lucha, todo lo cual probaba que los asesinos eran profesionales y que el negocio les había resultado de sencilla eje-

cución pero también sugería algo inquietante acerca de la circunstancia de su ingreso a la casa: ¿entraron por la puerta principal y se encontraron con Fresedo sentado en su sillón favorito esperándolos? Podría ser, pero también, es otra conjetura, el propio Fresedo les abrió la puerta no se sabe por qué razón y los hizo pasar –pero la puerta estaba cerrada y no faltaban llaves– o bien, es posible suponerlo, entraron por otra parte, sorprendieron a Fresedo, no en su dormitorio –la cama no estaba desarreglada por más que él estaba en ropas de dormir– sino en su escritorio –papeles más o menos desordenados indicaban que había estado allí– y lo habían instado a ir al salón, dependencia de la casa que algunos llaman «living» (palabra cuyo significado a la larga no resultó, pues allí murió, pudiéndose presumir que, tal como la palabra autoriza, mucho deseaba vivir en ese sitio), lo habían hecho sentarse en su seguramente favorito sillón y lo habían ejecutado.

Esta última parecía la mejor hipótesis pero aun así no era tan plausible porque las ventanas estaban cerradas, no parecían haber sido forzadas y por más que los asesinos hubieran entrado y salido por ahí la falta de huellas complicaba mucho todas las cosas. Por suerte, fue el propio inspector Malerba quien tuvo, en las horas que siguieron al hecho, durante la mañana, que dirigir las primeras investigaciones de modo que al releer el expediente recuperó algunas sensaciones tal vez intrascen-

dentes pero ya se sabe que en múltiples situaciones policiales mínimos detalles constituyen la clave del misterio y que basta dejar que se desarrollen para que de pronto, remedando al genial presocrático griego, alguien exclame «¡Eureka!», sin pronunciar, por cierto, esa palabra, cada vez menos usada en la jerga policíaca, que ha sufrido, por amnesia lingüística o por ampliación de horizonte semántico, numerosos cambios. En su caso, y ésos fueron tal vez los únicos progresos que hizo en la investigación luego de que el jefe de policía le solicitara con tantos miramientos y guiños que la reiniciara, hubo dos detalles que sufrieron tal proceso, aunque todavía no se habían transformado hasta el punto ni de que lanzara el inmortal grito griego de triunfo ni de que tuviera algo para informarle a su mandante que, como ya se dijo, al cabo de algunos meses parecía haber perdido interés en el tema, urgido sin duda por otros y más graves asuntos como, por ejemplo –y ya es hora de que se diga–, la desaparición múltiple de personas propia de esos tiempos, situación que desbordaba a los policías y llenaba sus recintos de familiares ansiosos y desesperados que reclamaban investigaciones y respuestas a quienes, estando obligados a hacer unas y a dar otras, no podían ni hacer ni dar, o no querían, ya sea por propia voluntad ya porque habían recibido órdenes en ese sentido –se sabe lo que es para la policía la idea de las órdenes recibidas y la correlativa de obediencia–, ya por miedo;

después de todo, dado que la policía existe para reducir el miedo en quienes lo sienten, sus integrantes siguen siendo seres humanos sensibles a sus propias debilidades cuando carecen de los medios adecuados para superarlas. Y, para no dar la impresión de que el inspector Malerba miraba el expediente, leía fragmentos, lo abandonaba y lo toqueteaba sin ánimo ofreciéndose a sí mismo el espectáculo de una desidia o de una ruina moral, corresponde decir que de a ratos se levantaba de su desvencijada silla, daba unos pasos en dirección a una cocinita anexa, miraba con decepción lo que había, ya no había más cervezas porque algunos de sus colegas habían acudido a la misma heladera con iguales propósitos refrescantes, y terminaba por aceptar un humilde mate que hacía circular, también sin esperanzas de ninguna revelación, un suboficial más emprendedor o criollo, para el criollo cualquier situación es buena para tomar mate, recordemos que estamos en un 31 de diciembre y, por lo tanto, que un mate, por más estimulante y diurético que sea, no es la mejor respuesta que se pueda dar a las fantasías que suscita un día semejante. Más a esa hora, entre las siete y las ocho de la noche, cuando aún la plena claridad del día, en ese día, debía conducir con toda naturalidad a unos previos a una cena importante, en algunos países se los llama «aperitivos», en otros «botanas», en otros «zakouski», y no a ese recurso tradicional de la pobreza, por más digna que sea.

Pero como en ciertas personas se trata de administrarse estímulos que obran fuertemente sobre el intelecto y no de satisfacciones fantasiosas, el mate, hay una extensa tradición en ese sentido, le sirvió al inspector Malerba para ver ahora con más claridad dos situaciones muy precisas, poco espectaculares es cierto, pero tal vez decisivas, como el resto de la historia intentará ponerlo en evidencia ya que, como nadie puede engañarse al respecto, aquí se trata de entender cómo se llevaron a cabo ciertos actos criminales, no de construirlos en su ejecución y si el intento auténtico debe por fuerza recurrir a la descripción no es menos obvio que si hubiera decidido el otro camino debería recostarse sobre la psicología, terreno difícil si los hay, el alma humana es insondable y sus relatos son imposibles pero, reconozcámoslo, hay ejemplos de aproximaciones magistrales en textos decisivos de la narrativa de todos los tiempos.

Si esas situaciones obraron en el espíritu del inspector Malerba lo hicieron lentamente; en su momento había percibido algo, lo recordaba muy bien, pero no pudo elaborarlo, condicionado sin duda por su propio sistema, o sea por lo que, en virtud de dicho sistema, estaba en condiciones de percibir; no se le puede reprochar, por lo tanto, que no le hubiera dado importancia consciente o la que ahora le damos a un cuadro algo torcido, no mucho pero torcido, que estaba colgado en una pared del escritorio de donde, quizás, habían

sacado a Fresedo para hacerlo sentar en su sillón predilecto a fin de ejecutarlo con toda frialdad, creando una escenografía que podríamos designar como «normalizada» y, por lo tanto, de difícil interpretación. El inspector Malerba dejó esa irregularidad de lado tal vez sólo porque ni en la comisaría –salvo el retrato del presidente de la república– ni en su casa ni en las casas de todos sus conocidos y amigos, había cuadros, lo que no lo predisponía a concederle importancia a uno torcido, sin contar con el hecho de que su frecuentación a museos y galerías era nula *de sua sponte* aunque alguna vez hubiera debido ir a alguno de ellos por razones policiales. No vio, por lo tanto, el cuadro torcido cuando hizo la primera visita a esa casa ahora enlutada por un acto criminal y, en cambio, se puso a ver los papeles que estaban en el escritorio remedando, sin saberlo desde luego, gestos de policías literarios, seres diseñados por sus autores para pensar, no seres de carne y hueso, determinados por sus penosas circunstancias.

Pero, en cambio, es censurable que no haya reparado en el primer momento, ahora lo empezamos a pensar, en un tornillo flojo que estaba junto a una ventana, en el salón, que, a su vez, daba al jardín; es cierto que no sobresalía mucho, apenas su cabeza asomaba un poquito fuera de su nivel pero es imperdonable que no lo hubiera visto ya que ese tornillo aseguraba la ventana y, por lo tanto, era la clave del ingreso de los asesinos del

exterior; más aún, explicaba que hubieran podido esfumarse dejando la puerta de ingreso perfectamente cerrada desde dentro, tal como la encontró la mucama, y creando, por eso mismo, un enigma fatal, irresoluble. Tanto más grave esta inadvertencia cuanto que advertir ese detalle hubiera implicado preguntarse acerca de quién había aflojado dicho tornillo permitiendo así la entrada de los asesinos, siendo harto improbable que fuera Fresedo quien lo hiciera, de modo tal que debía haber sido otro pero, lo más importante, desde dentro. Ahora bien, ¿quién?

Es claro que el inspector Malerba se había hecho esta pregunta, que parece la más obvia, y también que se había sentido bloqueado y molesto porque, en verdad, no había tenido ni para empezar, tratándose de asesinos tan pulcros. El expediente, que ahora recorría como tratando de resumir sus sensaciones y pensamientos, nada decía de sus perplejidades pero, sea como fuere, le servía para reconstruir su propio proceso que no había sido sin variantes. Recordó, así, con desesperación, que al día siguiente, al volver a la casa para seguir buscando, se pudo haber dado cuenta, pero no ocurrió así, de que el cuadro del escritorio no estaba torcido y de que el tornillo estaba bien ajustado en su sitio. Tampoco entonces lo había razonado pero en cambio lo sintió, era como haberse hecho sensible a los cambios sutiles y silenciosos, que ni siquiera podía elaborar, y en esto hay que tener

cierta benevolencia con él, porque es muy difícil para cualquiera, por más avezado que sea, darse cuenta de que había existido anomalía cuando todo parece normal no obstante que, como lo venimos diciendo, no esté normal sino normalizado, lo que quiere decir un agente normalizador, alguien que intenta dar una apariencia de normalidad: es un esfuerzo que casi podríamos llamar de desconstrucción que no es para nada sencillo, siendo así que esta palabra, desconstrucción, lo es relativamente.

Ahora, casi un año después, se daba cuenta, ¿cómo?, tal vez porque el espíritu gesta imágenes que brotan de pronto, sin que se sepa cómo se fueron conformando, pero de nada le servía porque el asunto estaba estancado y, en cierto sentido, la vida había, por lo que sabía, retomado en los meses siguientes –y hablamos de meses porque una investigación policial no se hace de la noche a la mañana, sería frívolo afirmarlo– una triste normalidad en esa casa sin dueño, en la que una viuda joven hacía lo que podía para seguir criando y educando a sus hijitos que lloraron mucho en el momento en que el padre les faltó pero luego lo fueron olvidando y volcaron su incipiente caudal afectivo en otros objetos menos dolorosos. Decir en «esa» casa no quiere decir «esa» casa sino el hogar, que, después del crimen, se desplazó a otra casa, libre de tan malos recuerdos.

El inspector Malerba no tuvo de inmediato

ninguna evidencia de que hubiera habido una recuperación; como es previsible, la tuvo poco a poco y con desgano, a su manera y en su estilo que, según nos los permite señalar la posición desde la que vemos todos estos aconteceres, se explica por su formación –profesional por decir así–, muy pragmática y algo ruda, de policía paleolítico, consagrado a su labor, por cierto, pero poco a poco menospreciado por las nuevas generaciones, que vienen de las escuelas en las que él no era ni sería jamás profesor, y por su salario, cuyo monto era más despreciable aún, lo cual legítimamente podía –y de hecho lo hacía– desanimarlo e inducirlo a ocasionales deslices apropiatorios, eso que, en escala mayor, se suele designar como corrupción, de la cual él mismo había advertido los mecanismos en su propia comisaría y ni hablar en el aparato represivo general del país en ese tiempo, del que las comisarías eran un apéndice modesto, un modelo reducido pero, en sus límites, tan eficaz como otras dependencias mejor equipadas para esa labor. Sirva este desvío respecto de la retrospectiva para explicar un poco su alicaído estado de ánimo el día 31 de diciembre en que comienza el relato que lo tiene como actor, no podríamos afirmar si principal o secundario pero en todo caso decisivo.

Así pues, al día siguiente del crimen o, mejor dicho, el día mismo pero más tarde, hay que recordar que el cadáver fue descubierto a las tres de

la mañana, pudo tener algunas impresiones cuando la viuda llegó a la casa, flanqueada por su hermana, tan solícita con ella como aturdida por la desgracia, y por Luis Lepera que protegía a ambas, afectadísimo por la terrible novedad. «No me explico», decía el concuñado y socio a cada rato, en tanto que las hermanas sollozaban y buscaban protección en los padres, tanto los del muerto como los de ellas.

No obstante la conmovedora escena, el inspector Malerba que, como dijimos, no había observado dos detalles vio, en cambio, lo grueso, a saber cómo eran esas personas tan afligidas. Las hermanas le interesaron pero poco se podía sacar de ellas en semejante situación. En cambio, Luis Lepera lo atrajo, quizá por contraste con el muerto; en efecto, era un hombre de pelo muy rubio, casi dorado, mientras que Fresedo era moreno, podía decirse que su cabeza era azul. Los imaginó juntos, distribuyendo sus respectivos encantos –se sabe que hay mujeres que aman a los rubios por serlo y otras, las nórdicas, famosas por ello, que se mueren por los morenos–, y halló que la combinación era perfecta, se regía por la suprema ley de los complementos. Pero no sólo en eso eran diferentes: Lepera era alto y Fresedo de talla mediana, sin ser pequeño; no pudo comparar el color de los ojos por obvias razones de *rigor mortis* pero sí la piel, blanca en un caso, muy olivácea en el otro. El inspector Malerba hubiera podido concluir que

la asociación de los dos tipos era no sólo muy argentina sino que encarnaba, cada uno, un ideal nacional o racial que viene a ser casi lo mismo, muy propio de ciertas exigencias fenotípicas, aristocráticas o seudoaristocráticas, no hay que olvidar que el pigmento claro no es el fundante de la raza de este país, sino el oscuro –véase si no los retratos, pocos pero existen, de Rivadavia– del que quedan restos en mucha gente perteneciente a los más estirados estratos de esta sociedad, como característico y propio, mientras que el otro, que fue minoritario en el siglo XIX –hay que tener en cuenta, por excepcional, la extraordinaria blancura de Juan Manuel de Rosas y su linaje– se robusteció con el aporte genético europeo, mucho rubio y de ojos claros hizo de las suyas con la criolledad, hasta en las remotas regiones correntinas, con más razón en Buenos Aires y aledaños. El hecho, para no extendernos en consideraciones pictóricas y raciales, es que Fresedo y Lepera eran muy diferentes en lo físico, cosa que no es de extrañar ya que no eran parientes, y quizá lo fueran en el carácter o la idea que podían tener del mundo.

Esto no lo había sabido Malerba sólo comparando un cadáver con un supérstite doliente, que parecía muy agobiado por el destino o por la fatal desgracia, sino por investigaciones laterales que había emprendido no sólo por celo profesional que, como lo hemos señalado, debía estar muy amortiguado, sino más bien por una puntita de resenti-

miento social, esa gente no era su gente y su desgracia tampoco la suya, su desgracia era de otra índole, ante todo trabajar sin esperanzas en lugares infectos, testigo de las peores cosas del ser humano, conviviendo más con abyectos criminales, violadores y ladrones, que con dulce esposa y tiernos hijos, en el colmo de la degradación sin sentirse degradado y, por fin y por añadidura, cómplice pasivo de ese sistema de represión instalado en el país y por el cual no sólo brigadas violentas, grupos o comandos secuestraban gente y la hacían desaparecer, previo paso por esas nefandas comisarías, sino que había transferencias de bienes puramente materiales, desde muebles hasta casas, en favor de los jefes de tales brigadas, grupos o comandos, que a lo sumo otorgaban la gracia de una propina a los ejecutores efectivos de sus designios. Todo un puro asco que, por alguna razón oscura, el inspector Malerba desplazaba sobre esa lastimada familia, como si sus gestos o su modo de vida, que se adivinaba en los muebles y objetos, hasta en el majestuoso gato, siamés casi seguro, que rondaba por los sillones, estuvieran vinculados a su propio y gris destino. Y si bien, lo recordaba manoseando el ya sobado expediente, había querido saber algo sobre las posibles diferencias que podían haber existido entre el muerto y su concuñado y socio, tampoco dejó de tener algunas sensaciones relacionadas con las dos hermanas; dos bellas muchachas, eso no se discute, altaneras en su dolor, apetecibles como

pueden ser las burguesas bien alimentadas pero ajenas, por Dios, tan ajenas como si fueran figuras pintadas de una revista de actualidad.

Esa era la incomodidad porque en algún rincón de su corazón sentía que hacer algo con burguesas de esos empujes no era tan improbable, a burguesas así les gustan los hombres reales y aun rudos, ellas desafían muchas convenciones para tener hombres así, por lo general ocasionales y, tal vez, ese sentimiento, de posibilidad y al mismo tiempo de frustración, había contribuido, reforzando lo que de por sí no lo ayudaba a percibir nada relativo a la representación pictórica, a no advertir, cuando llegó al día siguiente para investigar, aunque algo había quedado en su espíritu, que el cuadro torcido estaba derecho y que el tornillo de la ventana ya no sobresalía como cuando hizo la primera recorrida y ambos detalles se le habían escapado.

3
Un crimen rudimentario e imperfecto

Cierto tiempo después de esos hechos, bastante se diría considerando lo que estaba en juego en ellos, en el momento en que sin pensarlo el inspector Malerba se dejaba atravesar por la parte que le estaba tocando, suerte perra, de las fiestas de fin de año, de turno (ya se mencionó) en su comisaría marplatense, recompensado folklóricamente al atardecer con un modestísimo mate cada vez más lavado, agotadas las cervezas, mientras trataba de establecer sin mucho entusiasmo alguna conexión de sentido entre hechos que no parecían tenerla entre sí –el crimen de Mar del Plata, lo poco que se pudo investigar, el interés del jefe Pracánico, las diferencias físicas y tal vez caracterológicas entre los cuñados, el estilo de vida de las familias y sus propias restricciones, ideológicas se podría decir aunque él, como todos sus compañeros, inferiores y superiores, se habría horrorizado ante esa palabra, y eso que no debía estar al tanto de la precaria situación en la que estaba, esa palabra, en el mundo en general, y más todavía si alguien hubiera decidido aplicarla a alguna de sus

conductas para ver cosas que, sin embargo, estaban ante los ojos–, pudo, pero no lo hizo, llegar a la sencilla conclusión de que alguien había aflojado ese tornillo, antes del crimen, y lo había ajustado después, al día siguiente, y no los asesinos sino una persona de dentro que, de este modo, preparó el terreno para que los asesinos ingresaran y se fueran cuando quisieron.

Pudo concluir, correlativamente, desde luego que no lo hizo, que por ahí esa misma persona reacomodó el cuadro que por alguna razón había sido desacomodado, ya que es muy raro que un cuadro se tuerza por sí solo y mucho más que vuelva a ponerse derecho por sus propias energías: como todo objeto físico, una vez que ha cedido a la ley de la gravedad no podría volver atrás en contra de ella, salvo un providencial temblor de tierra que, dotado de cierta voluntad, tendiera a rectificar algo mal hecho, como lo hacen a veces los traumatólogos que rompen huesos mal soldados para recomponerlos como se debe después, y no deseara, movido por esa misma voluntad, desarticularlo todo, que es lo que ocurre casi siempre con los temblores telúricos. Mar del Plata, en ese sentido, no tiene historia aunque la suya propia y específica registra que ha padecido desastres de gran magnitud, pero de origen desde luego marino y no territorial, tal vez maremotos, fenómenos que pueden ser tanto una cosa como la otra.

¿Sería todo lo que no hizo, pertinente pregun-

ta, lo que lo ponía tan desabrido frente al expediente que, por otra parte, no podía abandonar? Lo abría, lo manoseaba, leía sin leer, de esos papeles salía un olor desagradable, a papel viejo y a mentira, lo sabía pero no lo podía dejar. En todo caso, basta enunciar que frente a ese ruinoso conjunto de papeles se sentía cada vez más desanimado, y dar ese sentimiento por hecho, aunque sin ánimo de reproche más que en sus justos términos, para que los hechos se integren a una comprensión de otro orden, mayor si se quiere, y es por eso que lo decimos. También por eso esas fojas no se le caían de las manos, parecían tener un pegamento que las ligaba a sus dedos en tanto que en su espíritu quería sacárselas de encima, despegárselas.

Sentimiento raro el del inspector, más afectivo que profesional y poco útil en este momento para salir adelante. El no lo podía hacer, no podía salir adelante, pero nosotros sí y el único modo es volver atrás, recordar lo que él mismo podría recordar si se lo propusiera, recordar no tanto lo que entró en el expediente sino también lo que fue dejado de lado, cosas así suceden en las investigaciones policiales, no obstante haber sido establecidas, explícita o implícitamente, durante los procedimientos que se llevaron a cabo, enseguida, después y también en los meses que siguieron. Mucho de bueno y de útil, mucho, también, de accesorio, datos, por cierto, pero también afirmaciones, qui-

zá no muy relevantes en cuanto al fondo del asunto pero que, a la distancia podrían integrar un conjunto mayor y más completo, lo que de ordinario se dice un cuadro o un panorama, según la perspectiva que se adopte.

Siempre es así, la experiencia lo indica en materias judiciarias: de la nada, por generación espontánea, de pronto brota gente que cree saber cosas y que a la hora de mostrar lo que sabe hace conjeturas realmente audaces, por no decir descabelladas; la razón de que surjan a raudales detectives improvisados es que un crimen siempre es excitante pero como también es el paraíso del lugar común, todos creen tener vela en el entierro y los puntos de vista (la expresión «a mi juicio» es en estas situaciones abundantísima) hacen una especie de danza desenfrenada, alocada, que se calma de pronto cuando todo queda esclarecido sin que los que opinaron parezcan tocados, no digamos arrepentidos, por todo lo que dijeron y que, ahora es evidente, nada tiene que ver con la verdad. La opinión pública puede, es lo mejor que le puede pasar, confundirse, si es que no se hace cómplice de esa nube de estimaciones y se pone a repetirlas a tontas y a locas, pero no la policía que suele en ese sentido tener una posición más conservadora, o tan sólo prudente, si no lo veo no lo creo, cómo le consta lo que dice, usted limítese a contar lo que sabe y así siguiendo.

Pues bien, muchas de esas opiniones –un ver-

dadero desfile de testigos que en verdad no lo eran– habían sido consignadas en el expediente y lo abultaban pero se notaba, en el modo de la escritura misma, plagada de erratas y de descuidos, el valor que los investigadores les daban; estaban ahí porque debían estar pero no porque contaran demasiado. Y no vale la pena detenerse en ello porque hacerlo sería perder el tiempo o internarse en un pantano costumbrista y paródico, lo que dijo tal o cual y qué expresiones usó, hasta la náusea.

En cuanto a opiniones y afirmaciones, excluidas las más delirantes o evidentemente irresponsables, los más proclives a hacerlas, los más dicharacheros, suelen ser los periodistas a quienes se considera, no siempre por razones fundadas, especializados; validos del poder que les confiere el manejo de la letra escrita, pese al descrédito que la acompaña, véase si no lo que ocurre con la literatura, sus opiniones tienen el tono de seguridad que da el poder publicarlas, y movidos por la ansiedad de darle al público respuestas de alto alcance teatral –tales como proclamar que el asesino es el electricista, se ha visto que casi siempre suelen apuntar a los eslabones más débiles de la cadena social, es raro que conjeturen, decimos por decir, «el asesino es el jefe de la Guarnición Naval», y damos este ejemplo, por la negativa, porque estamos metidos en un enigma marplatense y no cordobés, donde si bien se hablaría del mismo electricista o de un plomero para señalar a

un criminal, no se lo haría, para dar un ejemplo equivalente, de un jefe de regimiento– no tienen escrúpulos en arriesgar nombres y situaciones, se meten en intimidades, hacen interpretaciones inconsistentes y, como su máxima y orgullosa carta de triunfo, difunden que si los investigadores no prestan atención a lo que ellos creen que hay que considerar, nada de lo que haga la institución policial valdrá o dará resultado, situación que aunque tenga un fondo de verdad, en cuanto a una estadística de resultados, ya nos parece esquemática a fuerza de saber que en efecto eso sucede, cuántas veces se habrá verificado, por un lado, de qué modo la policía se deja estar y no actúa si no la empujan y, por el otro, cuánta literatura existe a propósito de ello, acusaciones de inepcia o de corrupción o justificaciones de inoperancia por razones salariales, poca paga, o escasa preparación técnica, hasta los diarios y la televisión no se privan de denunciarlo, siempre que, desde luego, la denuncia no les haga correr demasiados riesgos.

Uno de esos periodistas, Ambrosio Cobián, cronista destacado en policiales del diario local llamado, casi se diría que con redundancia descriptiva, *El Oleaje*, se empeñó en mostrar con profusión de adjetivos todo lo que la policía no lograba determinar, detalles en el fondo, sin importancia porque todo el mundo sabía, si era cuestión de importancia, que sólo dos cosas eran importantes

en ese drama: la primera, quién había matado a Fresedo y la segunda, tema nada trivial, por qué.

Sin embargo, tampoco puede decirse, con estricta objetividad, que Ambrosio Cobián, pese a su estilo encendido –rasgo que podía enfurecer al inspector Malerba pero cuyo sentido general se le escapaba, o sea por qué cierta gente escribe de un modo tan estruendoso–, sólo hiciera ruido y no aportara ningún dato. Lo aportaba pero, dadas las condiciones en que lo hacía, el dato no podía verse como tal ya que escribía desde fuera de la investigación, sin tomar contacto con los protagonistas –la policía lo tenía a raya y no le dejaba ver nada ni le daba informaciones, la familia, encerrada en su duelo, no hablaba con nadie–, en el puro vacío del escándalo sin sentido que solía, tal vez necesitaba, armar.

Podemos conjeturar que ese ruido era sustitutivo, pero, en general, pocos periodistas se pueden salvar de consideración semejante, y si bien tal vez no haya derecho a incluir a Ambrosio Cobián en ese juicio, no se conocen actuaciones suyas tan densas como ésta para generalizar, sí se lo puede hacer en relación con el periódico en el que nunca había dejado de publicar su candente sección, el cual, disponiendo de datos –no sobre este crimen sino sobre otros órdenes de la realidad– solía disfrazarlos sin mayor sentimiento de culpa, los ocultaba o los eliminaba, nos referimos a desapariciones y secuestros, asesinatos que se cometían casi a

la vista del estimable público, pero en instalaciones *ad hoc,* algunas de las cuales estaban, como se supo después, en el interior de la Base Naval misma: en la redacción de los diarios, pero sobre todo en las oficinas de los directores o redactores en jefe, se sabía muy bien lo que allí ocurría pero no se publicaba. Podrá decirse: «¡eran los tiempos!» o bien «era mucho riesgo» o bien «publicarlo no hubiera cambiado nada» pero argumentos semejantes son insuficientes para condonar el abandono de la responsabilidad atribuida por una sociedad sana a los medios de prensa; éstos suelen jactarse de vivir en la verdad y correr grandes peligros por ello, a punto tal que han creado un modo de proclamar esta jactancia, siguiendo, todos, cada uno con su frase hecha predilecta, aquella famosa sentencia socrática que decía «¡Dios me ha puesto sobre vuestra ciudad, como el tábano sobre el noble caballo para picarlo y tenerlo despierto!», ostentada durante decenios por el legendario *Crítica.* Como si no pasara nada con su función y su ejercicio concreto, seguían requiriendo, en foros nacionales y aun en los congresos de la misma S.I.P., para escandalizar y para silenciar, dos caras de la misma moneda, todas las prerrogativas, garantías y respeto, situación escabrosa si las hay por cuanto era casi público, pero al menos notorio, que algunos de sus propios empleados, o sea ese grupo humano no sólo identificado con la ya mencionada posición de los diarios en la sociedad sino que la lle-

vaban prácticamente a cabo, habían sido víctimas de los mismos actos criminales a los que nos referimos y que ocultaban. Historia lúgubre que no vamos a contar ahora pero que explica por qué tanto énfasis y tanta finura aplicados a un crimen civil, por más doloroso e inexplicable que fuera.

Pero tampoco sería justo que el mencionado Ambrosio Cobián, un exasperado y pretencioso aunque también superficial periodista, fuera considerado como el máximo exponente de esa culpa colectiva; él se limitaba tan sólo a exagerar cuando escribía sobre policiales y eso es todo, sin que lo que escribía descubriera, por más que empleara fórmulas tales como «indagaciones realizadas por este diario», nada diferente de lo que la policía misma había descubierto, ni hiciera interpretaciones tan geniales como la que hizo en su momento alguien como Rodolfo Walsh o el inmortal, porque nunca existió, detective Lonrött que, pese a su oficio, escudriñaba como un encuestador, como un periodista o como un lógico, siendo sus conclusiones erradas, pero brillantes, no hay contradicción entre ambas cosas.

Y, para volver al asunto, los artículos que sobre el asesinato de Roberto Fresedo fue publicando Cobián en *El Oleaje* fueron incorporados al expediente policial pese al escepticismo con que los miraban los investigadores, distraídamente, actitud por la que pagarían un precio pues, como lo señalamos, si bien Cobián no decía nada nuevo ni

ponía en evidencia un aparato deductivo superior, consignaba algunos detalles que deberían haber llamado la atención y que, si no lo hicieron, fue a causa de tal distraída mirada, cuyas consecuencias, como ocurrió con el inspector Malerba, que no vio el cuadro torcido y luego enderezado ni el tornillo flojo y luego ajustado, tuvieron tanta importancia.

Sería en verdad muy fastidioso reproducir en su totalidad todo lo que Cobián escribió en esos días, pero no sería vano, en relación a esta historia, destacar algunos puntos; no porque él hubiera visto más lejos, o que su mirada fuera en verdad crítica, sino, es simple, porque, falto de sustancia, puso lo que vio, se diría con ingenuidad, pensando sin duda en el lector de su diario, interesado más en esos detalles que en una verdadera radiografía de un crimen, un crimen es singular, sin duda pero siempre, en algún punto, delata otra cosa, más amplia y significativa, nada menos que la forma de las relaciones sociales en un momento determinado; un crimen, para decirlo evocando muchas doctrinas criminalísticas, sociológicas y políticas, siempre es un hecho social.

De modo que debemos agradecer a su furia panfletística que haya arrojado alguna luz sobre por lo menos tres aspectos ignorados o dejados de lado en los informes policiales. Por ejemplo, y es más que un ejemplo, de alguna manera supo, tal vez interrogando a una doméstica, tal vez porque

compartía el médico que había atendido siempre a Fresedo, que desde hacía años éste tenía dificultades para dormir y que nunca dejaba de tomar una pastilla y aun más de una en momentos de tensión, cuando había tenido algún problema o se sentía inquieto por una razón cualquiera, trascendente o intrascendente, eso no importa ahora. Como es fácil de comprender, esta información no es insignificante, Cobián la consignó para ostentar su mucha perspicacia pero no le extrajo todo el jugo que tenía. Son escandalosamente obvias las inferencias que de ello se pueden hacer: en primer lugar, Fresedo pudo haber tomado no sólo su pastilla habitual sino dos o tres esa noche porque podía estar preocupado o angustiado o porque se encontraba solo, su mujer, recordémoslo, estaba ausente, sus hijos igual y bien podía haber deseado evitar, por medios artificiales, la visita de esos fantasmas que vienen con la soledad y su inevitable acompañante, el insomnio; por lo tanto, si fue así, se habría sentado en su sillón preferido, es posible que para meditar un poco y se habría dormido de golpe, sin tiempo para irse a la cama pero, y eso es lo esencial, sin haber estado sentado en el escritorio. ¿Y la autopsia? Probablemente no mostró nada pero eso no contradice la hipótesis porque hay somníferos que no dejan rastros, quizás el que solía tomar Fresedo era de ésos. Si hubiera sabido esto o hubiera hecho un razonamiento semejante a partir del dato proporcionado por Cobián, el ins-

pector Malerba, nos permitiremos señalar, habría debido descartar la idea de que Fresedo fue sorprendido en el escritorio, y por lo tanto, que los papeles que allí estaban pudieran proporcionar una pista.

Pero, en segundo y más destacado lugar, hay que decir –y cualquiera se da cuenta– que para quienes entraron para matarlo no fue una sorpresa encontrarlo dormido pues sabrían que Fresedo se ayudaba con pastillas, más aún, que las tomaba a cierta hora de la noche y, dado su componente principal, le hacían efecto a otra, fácil de determinar. Nadie, en efecto, se preguntó, ni siquiera después de que Cobián razonara con arrogancia sobre este costado de la persona de Fresedo, que una caja de somníferos debía estar en algún lugar preciso ni estableció si había sido movida o no, o si faltaba, no hizo en consecuencia la cuenta de las pastillas ni tomó las impresiones de práctica, omisiones todas que, puestas unas después de las otras en un papel, constituirían una verdadera acta de acusación contra la técnica policial y que, si no se deben en este caso a una incompetencia, sólo podrían explicarse por el escaso o nulo interés que los policías ponían en ese tiempo en los meros y clásicos hechos criminales, entorpecidos en su quehacer específico por la criminalidad institucional, con la que colaboraban, a veces con un entusiasmo espontáneo, fruto de viejas convicciones, por qué no decirlo, otras por fuerza como, casi podemos afirmar-

lo, era la situación del inspector Malerba, queremos creerlo.

Podemos imaginar que al igual que las otras inadvertencias ésta debió caer encima del inspector Malerba como una culpa monstruosa, sobre todo después de que el suntuoso jefe de policía Pracánico lo hubiera incitado a ver si había nuevos elementos de juicio, estimulado quizás a hacerlo por esa mentalidad policíaca, loable, que se protege en la invocación a la responsabilidad –Pracánico no dejó de tocar esa cuerda– pero no está excluido que también fuera por un propósito más oscuro que el inspector Malerba podría haber detectado, aunque es poco probable que lo hubiera hecho, en el frenético guiño de sus ojos, en la aparente complicidad que establecía con él, pese al trato de subordinación que le dispensaba y en la orden, porque fue una orden, que le dio de no comunicarle a nadie más que a él el descubrimiento de tales nuevos elementos; en ese instante, convocado con tanta solemnidad, todo el procedimiento mal llevado a cabo, con tantas imperfecciones, debió caerle encima y si bien no era tipo, se lo atribuimos, de andar torturándose por errores –en la policía se cometen infinitos– tampoco se excluye que se haya producido en su fuero interno una brutal actualización de todo, lo que se vio y lo que no se vio, en sensaciones por supuesto, no en comprobabaciones.

Y, para concluir con el punto, como Malerba

no iba a considerar como nuevos elementos todo lo que había dejado de ver y sobre lo cual, aunque sin darse cuenta, había echado luz un superficial periodista, nada pensó, nada comunicó acerca de pastillas para dormir, ni de cuántas faltaban o cuántas quedaban en la caja respectiva, ni si había o no había caja y aun si había recetas de las mismas y quién las había prescrito.

Pero no es sólo eso lo que le debemos a los artículos de Ambrosio Cobián y a su inefable entusiasmo. Porque, hay que decir a este respecto, que en realidad se enardecía con los delitos que se producían en una ciudad dispuesta más al placer que al crimen aunque se sabe que cuando se busca el placer sin límites se suele caer en el delito, la literatura, y el sentido común, están llenos de tales situaciones. En especial en Mar del Plata, una ciudad en la que el juego de azar es algo así como el corazón central de su existencia. Detengámonos un instante en esta idea, desechemos las anécdotas sobre ganancias impresionantes, de la tradición, algo diabólica, de Matías Pascal, y las pérdidas suicidas, dostoievskianas, y preguntémonos por qué sucede esto, pidiendo perdón por las digresiones a que esta pregunta nos arrastra; la respuesta es que el juego de azar provoca el placer intenso de la presencia y la acción del destino porque condensa esta acción en un instante; si el trazo del destino es largo y su sentido se establece lentamente, a medida que transcurre la vida, en el juego da la

impresión de que se apura y decide algo para quien es su juguete, como se suele decir: ganar o perder. Es la posibilidad de ver esa decisión de frente, en todo su esplendor, lo que lleva a un sujeto, que no es ni bueno ni malo, ni talentoso ni mediocre, tal vez todo eso junto, a acodarse en el borde de las mesas verdes y a mirar con una fijeza sobrehumana adónde va a alojarse la bolilla, qué número trae la carta que sale de esa caja metálica con final de tobogán. Si hay ganancia, la satisfacción que se experimenta no es tanto por el dinero que se obtuvo: es porque el destino nos fue favorable; si hay pérdida es cosa de no creer porque raramente se acepta con mansedumbre que el destino no haya estado de nuestro lado y apoyándonos; en ese instante de incredulidad toma forma un sentimiento potentísimo de rebeldía que, a su vez, se traduce en insistencia, volver a jugar. Es fácil de comprender lo que sigue: se gasta todo, hasta el dinero para comer, se vende todo, hasta las joyas de la abuela y, cuando ya no queda nada, se roba. El asesinato y la frivolidad son el lógico corolario de este sistema que no por conocido deja de ser destructivo. Y el destino, si lo hay, se sonríe satisfecho en su trono, se cumplió.

Pero no es esta disquisición muy pertinente, en esta historia el juego no desempeña ningún papel efectivo; lo que sí lo hace es quizás una cierta forma de frivolidad, pero como forma de vida propia de una ciudad que tiene en el juego uno de

sus fundamentos –no todos, ya se observó que también hay gente que trabaja de sol a sol, hay pescadores que se internan día a día en el mar, hay tejedores que tejen sus telas, hay industriales y comerciantes y, sobre todo, un ejército de empleados de servicios que, como observadores atentos, si los hay, de la vida de los demás, ocupan la platea de la vida–, y también el asesinato, en este caso de alguien de quien se puede pensar, por lo poco que el expediente policial comunica, que no era un político capaz de poner patas para arriba el sistema ni un pensador abrumado por graves cuestiones filosóficas sino un simple hombre exitoso que querría tan sólo vivir bien, con agrado, aun en un contexto social desfavorable, no para él, pleno de indiscutibles desigualdades, tal vez también para él pues nadie, por más que la fortuna lo haya favorecido, cree que lo ha hecho suficientemente.

Pero tampoco se puede decir que la frivolidad ambiente aparezca condenada y ni siquiera expuesta en los artículos de Cobián, aunque sí está insinuada, con toda prudencia, como una contaminación obligatoria, en la medida en que deseando ir más lejos en los aspectos enigmáticos del crimen también debía hacer una crónica social ya que, no lo olvidemos, la víctima era persona considerada en la *petite societé*. En efecto, Fresedo había sido –y era todavía, no se expulsa a nadie por muerte– socio del Club Náutico, solía tomar sol con sus hijos y su bella y joven mujer en una playa

exclusiva, lejos de las abigarradas del centro (no caeremos en la tentación de evocar esos cuerpos tendidos en la arena, de grupas perfectas, capaces de incendiar los corazones de cualquier curioso mortal, ni diremos que alguna vez le ocurrió algo significativo en relación con alguna nalga tentadora, se sabe que en esos lugares tan finos la belleza corporal de las mujeres es apreciada como objeto suntuoso y decorativo, no como desencadenante de físicas pasiones), su nombre aparecía no tanto impreso sino mencionado con frecuencia en fiestas y festivales, en fin la persona reunía cualidades a ser tenidas en cuenta por un periódico que, como lo dijimos, era tan sensible a ellas como cuidadoso para quitar de sus páginas cualquier alusión a lo que ocurría un poco más allá de la superficie, ya sea en lo que concierne a los inútiles hábeas corpus presentados a jueces y tribunales por desaparición de personas, ya en lo que respecta a las maniobras económicas llevadas a cabo por ministros que hacían lo que querían con el patrimonio nacional como, por ejemplo, nacionalizar la deuda externa privada, gesto benéfico del Gobierno, que sin duda conmovió en su momento a los lectores de *El Oleaje* y que comprometió al periódico a ceñirse a esos centros de interés tan principales. La persona de Fresedo, como se puede inferir, y el crimen de que había sido objeto, entraba en ese orden y, en consecuencia, ese diario debía atender, para hacer lo cual Cobián era un maestro, a la cró-

nica de cómo cayó, es obvio que mal, esa muerte en el círculo social en el que el muerto se había movido.

No es de extrañar, por lo tanto, que para satisfacer ese objetivo, Ambrosio Cobián relatara, cosa que en otras circunstancias no habría hecho, cómo fue el sepelio, tal vez la forma en que se desenvolvió importaba más al diario, y presuntamente a sus lectores, que lo cruel e incomprensible del hecho.

La escena, en síntesis, tal como la vio y la describió ese deliberado testigo –lo podemos imaginar atentísimo a los menores detalles–, fue la previsible: junto a la fosa, luego de un doliente desfile, las dos hermanas cubrían con sus brazos a los cuatro niños y, sobre ellos, protegiéndolas, estaban sus padres y los padres del muerto; no muy lejos, compungido, Luis Lepera, el socio y concuñado del muerto, estaba acompañado por un marino, el vicealmirante Lomuto, cuyo título principal, destacado en la nota, era el de, como se dijo, jefe de la Base, ese otro corazón de la ciudad: valía la pena mencionar esa presencia porque en esos tiempos los militares, sea cual fuere su graduación, actuaban mucho en la sombra pero rara vez aparecían en público. Hubo otras personas, desde luego –las vinculaciones de Fresedo eran innumerables– pero como para Cobián no eran importantes, no subrayó su presencia. Señaló, en cambio, que Lepera y Lomuto estaban juntos aunque no dijo que se hacían comentarios en voz baja, cosa que de ninguna

manera afirmamos que sea un hecho, pero sí algo más que una probabilidad teniendo en cuenta, como se dijo, que ellos dos y el muerto habían sido compañeros de colegio y que Lepera y Lomuto habían continuado la relación amistosa pese al diferente rumbo que uno y otro habían dado a sus vidas. Si bien Cobián se limitó a mencionar esa importante presencia en el entierro, aunque también dio muchos otros detalles algo rutinarios y fastidiosos, tales como las palabras que pronunció el cura, el llanto de los familiares cercanos y aun la ropa que llevaban, muy propia de la triste circunstancia, no cabe duda de que la mención bien valió la pena pero la fotografía decía mucho más, decía, nada menos, que Lepera tenía una actitud como implorante y Lomuto una altanera, enhiesta, tal vez como cabe a un militar.

Exhumando, y no es un juego de palabras, el expediente, el mismo inspector Malerba tomó en cuenta la mención y volvió a mirar la foto, no era habitual en esa época que un militar de tan altas responsabilidades hiciera un acto de presencia evidente en una ceremonia privada, por más relieve social que tuviera y por más lamentable que fuera; al releer el artículo de Cobián el inspector revivió su sensación de entonces y se sintió otra vez humillado, tal vez no mucho, por lo menos tanto como cuando el jefe Pracánico lo tuvo de pie en su despacho soplando cual fogonero esforzado sobre el fuego casi extinguido del caso: la sensación era de

frialdad; no en Lepera, visiblemente alterado, eso lo había visto, sí en Lomuto. La frialdad era tanta que Malerba pensó que el marino había venido no para acompañar sino tan sólo para ver. ¿Ver qué? se preguntó ahora y no pudo responderse porque en esos niveles sociales, se sabe, circula mucho menos el afecto y la emoción que otros valores; para decirlo de manera tajante, hay que estar en el sitio pero también hay que comprobar. Con su uniforme y sus entorchados, el vicealmirante Lomuto se oficializaba, se exhibía en su cargo, no en lo que se supone que hacía en realidad y que no exigía uniforme, a lo sumo exigiría uno de fajina, que podía admitir suciedades diversas, sudores acumulados, grasas, y, por qué no, sangres que podían saltar de un cuerpo luego de haberle dado un golpe o aplicado algún aparato o por simples hemorragias espontáneas, producto de algún desarreglo corporal de las personas a su cargo, no en las mejores condiciones de preservación.

Con esa presencia uniformada el asesinato de Fresedo adquiría un valor, podía ser inexplicable en los hechos, o al menos por el momento, pero era incluido en un orden de asuntos relevantes nada más que porque un marino de fuste asistía al entierro sin disimulo y porque miraba y veía y, tal vez, interpretaba.

El punto no sirvió, sin embargo, como para que Malerba reivindicara a Cobián. Y le damos la razón porque el modo de presentar las cosas del

periodista era insoportablemente trivial. Malerba se hastiaba con sólo ver los títulos de sus artículos y leer el nombre del autor al pie, lo irritaba ese ridículo, queriendo fingir, con caracteres que imitaban una firma, que le ponía una rúbrica a lo que había afirmado cuando en verdad nada afirmaba. Pero, viendo el material sin prejuicios, algo afirmaba y, no por lo que afirmaba sino por quien era el que afirmaba, lo que afirmaba no se veía, no alcanzaba a distinguirse. Eso sucede casi siempre con los diarios: como se supone que lo dicho es una cosa, una afirmación, más allá de cómo se diga, cuando el modo de decirlo, por estrategia, por designio, tiende a disolverla, esa cosa empieza a perder peso, muy pronto el lector patalea en la insignificancia; un lector perspicaz, en tal situación, sería el que tuviera paciencia para atravesar las zonas de vacío y pescar algo, un residuo acaso, pero valedero; a eso se lo llama «leer entre líneas», designación a todas luces errónea porque entre líneas lo que hay es puro vacío o, si se prefiere, blanco, y, en verdad lo que ocurre cuando se dice eso es que se lee lo que está ahí pero el escritor hizo todo lo posible para que no se leyera.

Y si al volver a leer la crónica del entierro de Fresedo el inspector Malerba revivió sus insatisfacciones de meses atrás, ahora ni el inglorioso mate que sorbía sin ganas, ni la ginebra que, obligatoriamente –la incluimos ahora en el elenco de mínimas satisfacciones obtenidas–, pagando tributo

a una tradición narrativa según la cual esa bebida es pertinente para ánimos alicaídos que deben emprender grandes combates, le restituían el orgullo. Aclarémoslo: no era hombre de jugar su imagen con el descubrimiento del verdadero asesino –la mayor parte de los casos que esclareció, y que luego los jueces volvían a oscurecer, porque nunca dejaba de haber algún defecto de forma o de procedimiento en los sumarios que establecía, dejando en libertad a esos culpables que él había aprehendido con sobrehumano esfuerzo–, ni el enigma le importaba mucho en lo intelectual, si es que no es injusto atribuirle disposición semejante; se trataba, tan sólo, de un fin de año sin ninguna perspectiva ni esperanza, de guardia por añadidura, sin que nadie tomara la menor iniciativa para celebrar, sin que nadie, en similar medida, le sirviera de punto de referencia para pensar que el mundo existía más allá de esa oficina gastada y sucia, en la que los muebles y las máquinas de escribir parecían estar en acorde con los temas encerrados en esas carpetas pesadas, cuyas hojas –folios– estaban escritos a la buena de Dios, plagadas de una jerga tan tediosa como inútil. Y si eligió una para leer era porque no pasaba nada, no había nada que hacer ni con quien hablar y ni siquiera existía la posibilidad de emborracharse para celebrar la muerte de un año repulsivo y el advenimiento de otro del que no se podía esperar nada mucho mejor.

Reconozcamos, sin embargo, que al conceder ahora cierta importancia a la crónica que Ambrosio Cobián hizo del entierro de Fresedo recuperó una impresión fuerte; la había tenido y no la había desarrollado, pero eso se explica porque para un modesto policía la mera presencia de un militar uniformado suspende toda posibilidad de inferencia. A lo sumo puede decirse a sí mismo, sin que nadie lo escuche, «qué hace este hombre aquí», pero luego es probable que se produzca un bloqueo y la pregunta se disuelva sin más, sin que no obstante se disuelva definitivamente la impresión que la suscitó. Ahora la revivía y hasta con intensidad: ¿por qué Lomuto tan frío, rígido hasta cierto punto y Lepera, a su lado, cuchicheando con él, ambos no demasiado lejos de la familia y de la fosa, tan alterado, tan confuso, tan implorante?

De pronto, otro artículo de Cobián brotó del expediente; en él estaba el tercer punto a considerar. Como al pasar, al hacer una revista de los actores de este drama, Cobián se refería a los negocios de Fresedo que, recordémoslo, tenía en sociedad con Lepera. La información era interesante y Malerba la recordaba porque, antes de que Cobián la publicara, él mismo había interrogado sobre esos aspectos a Lepera; como es obvio, había que tener en cuenta, para descartarlo de inmediato del crimen, una vulgar motivación económica.

Con rabia, con resentimiento, volvió a verificar que no había reparado en un punto que Co-

bián mostraba pero de la misma manera débil, por así decir, sin extraer conclusiones, con que había expuesto otros elementos concurrentes. En este análisis, la jerga era un galimatías económico, un decir y no decir, como si se quisiera desinformar al mismo tiempo que evitar cualquier acusación de haber omitido datos importantes. En suma, se trataba de las empresas, más de una, que ambos socios poseían y que, según informes recogidos por el diligente Cobián, eran sin vacilación prósperas, sobre eso no había duda ni inquietud, lo que hemos llamado «implementos navales» era muy requerido; si se hubiera podido ir más lejos en la investigación económica se habría verificado que un cliente importante, decisivo, era nada menos, ya lo indicamos, que la Base Naval misma, que invertía grandes sumas en la renovación del material que le debía ser indispensable para funcionar, y las invertía, no se sabe mediante qué procedimiento de compra, en las empresas de Fresedo y Lepera. ¿Dependía de esas compras la prosperidad de los cuñados?

Pero no todo era miel sobre hojuelas para ellos y sus negocios: algún tiempo atrás, había habido algo, una tentativa, era la palabra que empleaba Cobián, nosotros podemos designarla como aventura, en el Brasil, que terminó mal al parecer, Lepera que se había instalado en Santos y que había regresado, por así decir, con la cola entre las patas, sólo habiendo contraído deudas, lo que no podía

haber constituido motivo de reproche, cosas así, cuando se es joven y emprendedor, pasan, expandirse es de pronto necesario y por qué no en el Brasil, a quién de los dos debe habérsele ocurrido –eso lo pudo haber pensado Malerba–, pero no importa, una idea compartida que salió mal y que dejó, lo podemos presumir, un agujero considerable, una deuda, como se dijo en todo el mundo durante una década, externa, con todo el peso que tenía entonces esta expresión. La suerte, lo decía Cobián en su comentario, fue que el Gobierno, santo gobierno, acudió, como ya se dijo, en auxilio de los deudores grandes y se hizo cargo de la deuda mediante complicadas operaciones y compromisos, cristianamente este Gobierno, no los acreedores del Brasil que no perdonaron a sus deudores porque, no por brasileños sino por acreedores, ignoraban lo que es ser deudor aunque alguna vez lo hubieran sido, humillado u ofendido, fracasados los sueños de grandeza. No debemos olvidar, tal vez a Malerba no se le ocurrió el argumento, que el Gobierno hizo esa obra de bien porque la Argentina se destinaba entonces a ser «potencia» y muchos soñaban con ser ejecutores de los actos que, por extraños caminos, la llevaría a ser eso, o sea potencia, situación de lógica invertida porque al revés se entiende mejor, de la potencia al acto.

Era evidente, de la deuda se hizo cargo el país entero y los socios respiraron pero en ese preciso

momento, en esa transición, he aquí que aparece formando parte de las empresas el mismísimo vicealmirante Lomuto, dato no mencionado en las crónicas policiales del momento pero sí en las empresarias, sección del diario cada vez más interesante dada la impronta que trazaba el universo de los negocios en el alma nacional en ese entonces, encarnada la tendencia en un ministro con cara de hurón, un as para los negocios, una especie de jeque de la estabilidad monetaria.

El dato, como lo podemos ver, era fuerte y no sólo porque ratifica la figura de una amistad muy vieja, de colegio, de francachelas y de club, entre tres amigos, sino porque indica cierta liberalidad de concepto en un marino que, al mismo tiempo que conduce pesados barcos de guerra e interviene con ánimo bien definido y gran capacidad de decisión en la llamada Guerra Sucia, puede compartir los destinos de una empresa, próspera como lo señalamos, y las vicisitudes de su regencia. No digamos, porque va de suyo, que ser el principal comprador en una industria de la que se forma parte no sea una relación interesante, lo mismo que pertenecer a un gobierno que nacionaliza la deuda de una empresa a la que se pertenece, al menos daría qué pensar si todos los hilos estuvieran en una sola mano. Pero no es así: algunos, para quienes la muerte violenta es suficientemente atrayente, sólo pensaban en motivaciones personales, ése era Cobián; otros, más limitados, no soña-

ban ni siquiera con que podía haber claves en otros campos de la vida, ése era Malerba, y ambos prefirieron no leer lo que, sin embargo, estaba ahí y hubiera debido ser incorporado a un conocimiento más profundo del hecho particular.

Así como había fecundado las páginas de *El Oleaje* a propósito del crimen de Fresedo durante varias semanas, el entusiasmo de Cobián por el caso fue languideciendo y, de pronto, como si el asunto hubiera concluido, dejó de hacer notas al respecto. Puede ser que otros crímenes lo hayan requerido, también es posible, suele ocurrir en los diarios, que alguien le haya dicho que ya no cabía seguir insistiendo con esa clase de detalles. La advertencia no dejaba de ser razonable: si seguía escribiendo debía internarse, por fuerza, en terrenos delicados, por ejemplo la vida familiar no sólo de Fresedo sino de todo el grupo y de todos y cada uno de sus integrantes, y para eso la sociedad marplatense, así debió considerarlo la dirección de *El Oleaje*, no estaba preparada, hay una idea muy fuerte acerca de que la adultez argentina es provisoria, para muchos no se ha alcanzado un estado definitivo en ese aspecto y, por lo tanto, se debe tratar a la opinión con estilo infantil, para no lastimar su inmadura sensibilidad. No por nada Cobián había hecho sus primeras armas literarias en la ciudad de Tandil, a la sombra de un escritor polaco refugiado en esa ciudad, experto en temas de madurez e inmadurez, muy claras eran

sus teorías acerca de ello para la sociedad argentina; el polaco veía niños en todas partes y, no cabe duda, logró infundir sus teorías en sus discípulos y seguidores, Cobián uno de los más destacados aunque se hubiera alejado cada vez más del universo literario que el maestro polaco exaltaba con tozuda impavidez.

El inspector Malerba, aunque no era muy de él, pudo hacer estas reflexiones pero el punto en el que se había detenido Cobián le sugirió otras carencias; compartimos las conclusiones a las que llegó; lamentó, al ver que el periodista no indagaba demasiado en ese aspecto, no haber indagado a su vez en la vida y milagros de Mónica Franchini; tampoco nosotros lo hicimos y es una lástima, todo un campo se nos quedó de lado, nada nos costaba imaginar quién era y cómo actuaba, cómo había vivido antes del asesinato de su marido, con su marido, y cómo vivió después; era joven, hermosa, en dónde había quedado su sensualidad, que sin duda la tenía, qué pasó con el sexo, que también tenía. Lástima, las imágenes son interesantes pero a esta altura imposibles, nadie puede hacer nada para remediar lo que no se produjo y si lo hiciéramos emparcharíamos el relato, completaríamos lo que se relaciona con todos los personajes y, en consecuencia, deberíamos hacerlo con todo lo demás. ¿No es eso lo que se llama «novela río» o las series de novelas que eran tan habituales en el siglo pasado y aun a comienzos del actual? Pero

ésta no lo es, eso es claro; es más, está tan llena de conjeturas y de verbos en potencial y en subjuntivo que, con franqueza, no podría pretender que pinta a la sociedad, ni siquiera a uno de sus fragmentos.

4
Informe nada académico

Esos y seguramente otros detalles –la palabra es demasiado modesta para la importancia que estas observaciones pueden tener– se le habían escapado al inspector Malerba. Es muy probable, si no abandonamos la idea de seguirlo en esa gris peripecia en la que está metido o, para ser sinceros, en la que lo hemos metido, que haya que acostumbrarse a que tal cosa suceda y, por lo tanto, no sorprenderse de que suceda, nadie ha pretendido hacer de él un Holmes, un Marlowe o un Poirot que, hay que admitirlo, son caricaturas positivas, porque siempre develan los enigmas, del oficio de investigador, es obvio que debe haberlas negativas, las de los que nunca descubren nada. Pero, en su descargo, hay que considerar que lo que un policía no ve con sus propios ojos es muy posible que no pueda verlo por el hecho, que puede sentir como forzado o que le es impuesto, de que otro lo haya visto, más todavía si ese otro es un sujeto del que se desconfía o al que, digámoslo con franqueza, se desprecia. Hasta tal punto los policías se niegan a que nadie les muestre el camino que a veces pare-

cen no comprender, como si fueran estúpidos, por más que se les diga y se les muestre la realidad tal cual es. Se obstinan, se anquilosan podría decirse, y cuando por fin la verdad se abre paso tienen, como a veces los médicos frente a enfermos que no tenían la enfermedad que les habían diagnosticado sino otra y muy diferente, argumentos que sacan de la manga de modo tal que nadie logra nunca tener razón frente a ellos. Esta es una verdad de a puño que ha sido muchas veces comprobada tanto en la esfera policial como médica, con la consiguiente irritación de encausados y pacientes que no tienen por dónde agarrar para romper esos bloques de palabras.

Pero como, de todos modos, tampoco ahora, releyendo esas sobadas fojas, el inspector Malerba veía lo que al parecer vemos nosotros, que no trataremos de convencerlo de que hay más entre cielo y tierra de lo que nadie, no sólo él, podría imaginar, hay que decir que es como si leyéramos por encima de su hombro, inocente costumbre nacional que se puede observar en los autobuses, subterráneos y aun en los cafés de cualquier ciudad argentina, lo cual no implica menosprecio por nuestra parte ni sentimiento de superioridad respecto de sus cualidades de investigador sino, tan sólo, una situación de ventaja: él, como personaje, tiene los alcances que queremos darle, depende de nuestra benevolencia, nosotros, como narradores, podemos afirmar o negar sin que nadie nos lea a su vez por enci-

ma del hombro y no tan sólo porque carecemos de hombro –no vamos a invocar este extraño argumento, nadie nos puede decir que algo estaba ahí y nosotros no nos hemos dado cuenta, por la simple razón de que nosotros mismos lo pusimos ahí y, si bien podemos ser objeto de interpretación por lo que pusimos o no pusimos o dejamos de poner, eso será siempre en otro sentido, no relacionado con cegueras o errores o actitudes de soberbia profesional o de miedo a la competencia– sino a causa de la materia misma de la narración que, dicho sea de paso, es algo muy complejo, menos por lo que se cuenta que por todos los planos que sostienen lo que se cuenta, en sí mismo a veces muy sencillo. Se dirá que procedimos de tal o cual manera, se nos juzgará por ello, pero es imposible que se nos diga que no debimos proceder como lo hicimos porque hacerlo está en la índole misma de nuestra función.

Y así como podemos leer por encima del hombro de un modesto inspector de policía que, a falta de otro asunto más apremiante, revisa con desgano un expediente relacionado con un caso conmovedor, pero no resuelto, sin progresar demasiado en la inteligencia de lo que contiene, contenido que conoce muy bien porque intervino en su confección, o sea en la preparación de los documentos de que consta –informes, pericias, inspecciones, declaraciones de testigos– o porque hizo ingresar otros elementos de juicio, en especial artículos periodísticos, también podemos, sin ad-

vertírselo ni fingir que, de pronto, por sorpresa, toma conocimiento de algo que nosotros sí conocemos, irnos más allá de los elementos que componen el expediente y tomar en cuenta, para la elucidación del misterio, otras circunstancias conexas, de cuya ignorancia no nos atreveríamos a acusarlo ni censuraríamos, tampoco, que hayan sido dejadas de lado por la elemental razón de que a nadie se le ocurrió que fueran vinculantes, como suele decirse en los últimos tiempos en los círculos legales. Para nosotros lo son y lo serán todavía más cuando se enuncien.

Tal vez por un más que justificable mecanismo equilibrador nos surge el impulso descompensatorio; es un sentimiento que no se puede poner siempre en el lado de la crítica, mecanismo, como ya se admite aun en círculos muy exigentes, hasta filosóficos –que los hay pese a que se vive en una época marcada por el pragmatismo–, que es a todas luces, si no hay redundancia, racional; la crítica es otra cosa y no se apela a ella para comprobar tan sólo que muy poco se ha dicho, en ese sobrevuelo o lectura por encima del hombro, acerca de personajes que sin embargo han sido mencionados en la recuperación tardía del crimen de Fresedo que hace el sombrío –eso ya es decir algo– inspector Malerba, en una tarde de 31 de diciembre, más apta, por todo lo que le falta, para el mal humor que para la celebración.

Por empezar, se ha dicho poco sobre el propio

inspector Malerba, cuyas inadvertencias y errores podrían descalificarlo como policía –no somos quién para hacerlo– pero no, no se puede saber, como personalidad. Seguro que personalidad tiene si se considera no sólo cómo actúa, no sólo su figura, esos rasgos de irritada insatisfacción, su manera brusca de manejar el expediente, el gusto que le podía sentir al escuálido mate que pasaba por su garganta como la evidencia misma de un fracaso, sino, y sobre todo, si se tiene en cuenta las figuras de otros inspectores de novela que, aunque nada tengan que hacer en un oscuro caso marplatense –una lejana ciudad, Mar del Plata, muy rara y a la vez simplona, en el sur del país más lejano del mundo, si por tal cosa, mundo, se entienden las consagradas oficinas de investigaciones de Manhattan, Los Angeles, el Bronx o París, sin contar con la famosísima Scotland Yard–, sirven como contraste, son modelos para pensar en quien investiga, sea en donde fuere: difícil es no comparar con policías «como» Sam Spade, Pepe Carvalho, Dupin o Mrs. Marples, exitosos o existencialmente turbios, pero muy constituidos, muy personales, llenos de hábitos o de manías, unos usan determinada ropa para llegar a conclusiones, otros toman haschisch, otros son capaces de asociar, como neuróticos, otros son brutales y arrancan confesiones sin pudor. Describir, o crear de la nada, su personalidad, conduciría, por lo tanto, a remotas regiones de indagación psicológi-

ca, si tiene esposa quién es y cómo le va con ella, tal vez, sin que nos animemos a declararlo, no muy bien a juzgar por su descuido vestimentario, la total falta de referencias o alusiones a esa persona en los diálogos oficinescos, una llamada telefónica, un nombre al pasar, una obligación impositiva o de avituallamiento, o a una casa en la que, incluso estando de guardia, lo estén esperando, para comer así sean los restos fríos de un pavo en esa noche del 31 de diciembre o, más humildes, de pollo o de lechón, casi nunca de vaca, por no se sabe qué ley no escrita pero muy fuerte la vaca se ausenta de las mesas de fin de año en los hogares argentinos; si no tiene esposa acaso tenga hijos a los que descuida por su trabajo pero también por cierto irreprimible resentimiento con la vida originado en injusta viudez o separación, se puede comprender tal estado de espíritu; o bien si tiene, viudo, separado o soltero, unos ancianos padres, ya retirados pero todavía temblorosos, o más todavía porque son muy ancianos, por los riesgos que pueda correr ese hijo que no porque quiera no los protege o bien los protege un poco, cuando puede, recuerda siempre sus fechas y aparece, cuando ya no lo esperan, con unas flores o un regalo cualquiera, probando que existen fidelidades y valores en este mundo; o, es una hipótesis, ya no psicológica sino sociológica pero de fuertes consecuencias en el orden de su psiquismo, nunca tuvo padres, se crió en un asilo, nunca tuvo esposa a quien se le

ocurriera morirse o separarse de él, ni hijos a los que cuidar sino que se tuvo que hacer solo, acaso protegido por alguien que supo ver en ese niño abandonado posibilidades de realización personal y que, tal vez siguiendo un modelo humano que le resultaba fascinante o tan sólo tranquilizador, lo indujo a ser policía; o bien nada de eso sino que, como tantos seres abstractos, tales los personajes de las novelas, en la función que se les atribuye reside su personalidad, no en sus antecedentes personales o familiares ni en la historia de sus traumas infantiles, la institución policial no prevé todavía servicios de psicoanálisis que contemplen este importante problema ni se interesa por las sutilezas de carácter, la institución es más bien vasta y lo que le importa es que sus integrantes sobrevivan a los riesgos que fatalmente deben enfrentar, para lo cual más que solicitar exige que no se indague demasiado, o con los parámetros con que se indaga en otros sitios, en otra gente, en los comportamientos que con diferente grado de delicadeza suelen tener y que tantos libros y artículos han hecho escribir en todos los tiempos.

De modo que, así las cosas, y a pesar de todo, de él sólo tenemos hasta ahora una idea clara, por las que hizo, acerca de las lecturas que no hizo, de los cuadros que no vio y de los errores que, casi siempre por prejuicio, cometió, así como de la tarea que se le encomendó y que no llegó a llevar a cabo del todo; no vamos a hacer un inventario de

todos esos rubros, se comprende que pueda resultar insignificante a fuerza de ser potencialmente abrumador: nos contentaremos con esa primera imagen y no pondremos en él, como no lo hemos hecho hasta ahora, otras esperanzas que las que toman forma en un más allá de sus cualidades, muy comprometidas, por otra parte, con la suerte misma de la institución policial en la que toda clase de aberraciones sustituían su sagrada misión protectora de la sociedad. Esa limitación, es decir lo que debiendo poder hacerse no se podía hacer en la policía, lo podemos decir con toda franqueza, penetraba sin duda en el espíritu mismo del inspector Malerba, se lo remodelaba, suponiendo que en algún lugar hubiera sido otro, y ponía en la cuenta de su conciencia innumerables omisiones, cegueras momentáneas respecto de secuestros, robos y apropiación de niños por parte de grupos llamados, con expresión muy culta, paramilitares, el hacerse el tonto frente a reclamos desesperados de familiares de desaparecidos y el sordo frente a tanto aullido de desesperación, queja o denuncia de atropellos constituidos en política estatal. A lo sumo, y por generosidad, que algunos podrían considerar excesiva pues tienen sospechas, fundadas, acerca de la homogénea connivencia policial con las monstruosidades llevadas a cabo en sus recintos y fuera de ellos, podemos atribuirle un mal sabor de boca, duradero, quizá, pero también pasajero, así es el alma humana, así es la conciencia,

primero, frente a los hechos, parece anestesiarse deliberadamente, luego, no se sabe a ciencia cierta cuándo, despierta con dolor y, al cabo del tiempo, vuelve a adormecerse hasta que poco a poco se va perdiendo en esta etapa la memoria del mal que se ha hecho y, en su lugar, empieza a reinar lo que podemos llamar la justificación o la explicación o, en el mejor de los casos –pero es raro que ocurra– el arrepentimiento. A esta carga podrían sumarse otras varias, muy previsibles, una de las más frecuentes es el involucramiento con delincuentes, por el lado del sexo o el del dinero, ambas cosas suelen tener los delincuentes, en cuanto a sexo no cabe duda, con todas las variantes y posibilidades del caso, en cuanto a dinero a veces mucho y muy tentador, las posibilidades reales son variadas y no vamos a elegir ninguna, los senderos de la corrupción se bifurcan y es difícil decidirse por uno u otro, ya hay muchos ejemplos en el cine y los habrá muchos más a medida que se sepa que lo que ocurre en las policías no es sólo lo que concierne a los delincuentes o a la justicia sino a los agentes mismos de la ley, seres humanos y falibles, en toda una gama de virtudes y debilidades que se pueden suponer sin que sea posible prever de qué modo esa gama puede ampliarse y en qué momento.

Y como lo que se está narrando, sin exagerar, es un crimen, la figura del investigador, personaje importante pero subsidiario –¿cuál será el protagonista?–, gracias a esa capacidad que posee la narra-

ción de buscar lo que más le conviene para poder proseguir, puede ser dejada de lado porque también hay otras figuras que merecen ser puestas de relieve. Pese a que han sido mencionadas, lo han sido de modo tan accesorio, obvio y natural, que detenerse en ellas será no sólo útil sino esclarecedor. Como ya se ha dicho, en un detalle, en un matiz puede residir una explicación ya que muy pocas veces se produce un crimen en el cual se enuncia, a la manera de los bandos públicos, «he aquí el criminal: mató por tal o cual razón». Y, si se hace, la experiencia indica que es para confundir, para engañar, ya que la esencia del crimen es su secreto, que es lo que, casi ni vale la pena decirlo, se trata de esclarecer.

En consecuencia, y no será el último aspecto a considerar, se trata de llamar la atención sobre las mujeres, en especial las hermanas Franchini, tal vez no las únicas con incidencia en esta historia. Como se recordará, algo se dijo de ellas al comentar o reseñar el expediente que recuperó el inspector Malerba. Se señaló que eran algo así como dos avecitas muy unidas y que esa unidad indisoluble unió a los respectivos maridos en empresas que, por esa razón, podrían tener un carácter muy familiar. Amantes esposas se dijo de ellas, que completaban con candor no exento, es harto probable, de sensualidad, un cuadro idílico interrumpido de manera brutal por el injustificable asesinato de uno de sus integrantes. Se las

mencionó, en relación con la noche del asesinato, como ausentes, de alegres compras en la Capital, escoltadas por el marido de una de ellas, Luis Lepera, el día previo y el siguiente y se las vio cuando regresaron y debieron enfrentarse con la tragedia, destrozadas, sobre todo Mónica, la esposa de Fresedo y, luego, en el cementerio, abrazadas las dos y abrazando a los niños y, a la distancia, a Lepera, curiosamente lejos, él que las protegía tanto, muy enfrascado en una conversación con el jefe de la Base Naval, vicealmirante Lomuto, el viejo amigo. Pero nada se dijo, para no recargar las tintas, de la coincidencia, por qué justo ese día se fueron de compras los tres, aunque sea prejuzgar que podían haber adivinado, nunca sabido, que el hecho se iría a producir.

No es éste un tema que preocupara a nadie, ni al inspector Malerba –pero ya es como un hábito que él no repare en detalles– ni al periodista Cobián. A nosotros, en cambio, nos preocupa, tanto que acelera la máquina de pensar que pareciera ser un rasgo de narrador y alimenta la atención flotante que reivindicamos, que causa incertidumbre y angustia, es cierto, pero sin la cual ninguna idea real toma forma, ni en filosofía, ni en poesía ni en policía. Porque, en verdad, si el narrador no «se deja» pensar en todo, ¿quién lo hará, acaso los personajes, modelados por él, podrán sentirse impulsados a hacerlo cuando todo los lleva a ser tan sólo objetos de narración? Y este pensar es insatisfecho,

es lo menos que es, porque si no lo fuera tomaría las apariencias por realidades y, en consecuencia, no llegaría a saber nunca nada más de lo que los hechos quieran o dejen hacer saber acerca de lo que son. Por lo mismo, ya que los hechos, tal como aparecen, suelen apaciguar, el pensar es también nocivo, crea una perturbación y por eso suele ser perseguido a veces con saña, cuando no con el arma de la turpitud, o del fuego, y el argumento de la dificultad de entender.

Así pues, señalada esta coincidencia, y pasando a otros aspectos que terminarán por explicarla, se diría que las hermanas Franchini, más que ingenuas burguesitas que sólo piensan en pasarla bien en la vida, gozando de las buenas cosas que se pueden tener teniendo buen dinero, tranquilidad inclusive, bien podrían ser lo que por lo común se denomina mosquitas muertas, expresión mediante la cual, dada la experiencia que existe en la materia, se quiere decir que detrás de esa dulzura y mansedumbre puede estar rugiendo un embravecido y turbulento mar de deseos y pasiones no tan bonitas; en el caso de Mónica –y es un ejemplo de una posibilidad (enunciarla no honra a quien lo enuncia)– quizás había observado en Fresedo, su hasta ahora que lo decimos fiel y devoto marido, cierto desvío, no por fuerza lo que se conoce como tedio conyugal sino una distracción que sucedía a sus ausencias por viajes de negocios; podría ser, es una mera suposición, que no hiciera esos viajes en

la más absoluta soledad y que, por el contrario, estuviera siempre acompañado, mera y ocasional suplencia podría ser, tal vez una continuidad de compañía que no podría dejar de acarrear consecuencias. Si así fuera, nada sería más normal que Mónica Franchini, siempre en el papel de esposa amante, entregada e ingenua, tomara sus recaudos, el primero de los cuales podría ser confiar sus sospechas a su hermana y a su cuñado que, sobre todo después del mencionado y poco exitoso viaje al Brasil, debía tener razones para tratar de guardar alguna carta oculta frente a su socio y concuñado y, en cierto sentido, acreedor, por más que los errores de Lepera hubieran entrado en la cuenta de la «deuda externa nacionalizada», a la que nos hemos referido sin exceso de tecnicismos.

Cuáles podrían ser las otras precauciones tomadas por Mónica ni si las hubo no lo podemos saber, pero parece más que lógica cierta preocupación empresaria, no es imposible que se pusiera a pensar, esa cabecita que en apariencia estaba ocupada por ideas bastante simples, el cumpleaños de la mamá o de los niños, su ropita, de los niños y de ella misma, el arreglo de la casa y salidas, muchas salidas, que podría darse el caso de ser despojada de su parte, ya se sabe la furia con la que la «otra», antes aún de que tome forma y concreta identidad su ser de «otra», es una amenaza, suele precipitarse sobre lo que es de una. Y si todo eso hubiera existido, ¿se la podría condenar por haber-

se ido de compras a la Capital, sabiendo, ella, que hacerse acompañar por su hermana y su cuñado podía darle la seguridad y la calma indispensables para volcar su preocupación y reflexionar acerca de lo que podría ocurrir si la «otra» pasaba a la acción y convertía el por ahora desvío de Fresedo en una política de despojo? Fresedo habría sido un excelente marido, eso no se discute, pero ¿lo seguiría siendo eternamente? Se trataba después de todo de su vida y su vida era una sola, no podía descansar confiada en un ser que vaya una a saber hacia dónde dirigía sus pensamientos y sentimientos: una vez perdida la comunicación no queda nada, no se puede pedir que subsista la confianza.

De modo que nada de bromas ni de regocijo, nada, incluso, de compras sino, más bien, una sombra que nublaría su hermosa frente y que no conseguía disiparse por más que Claudina Franchini y Luis Lepera intentaran, lo damos por obvio, minimizar la situación. ¿La ayudarían frases como «no lo creo a Roberto capaz de...»? ¿La tranquilizaría que Lepera declarara, como si asumiera un compromiso, «siempre te vamos a proteger»? No es imposible, tampoco, que tales frases de consuelo implicaran una insinuación de culpabilidad –a veces ocurre, se quiere disipar una inquietud y se la refuerza–, como si fuera un hecho probado que Fresedo se estaba desviando y, sobre ese hecho, se quisiera proporcionar solidaridad o complicidad o simple afecto a su víctima.

Sea como fuere, lo que pudo, ya en la Capital, en medio de conversaciones cuya temperatura podemos imaginar, si no tranquilizarla al menos distraerla, fue la presencia sorpresiva y sorprendente, quién lo hubiera supuesto, del vicealmirante Lomuto, y en el mismo hotel –¿cuál sería ese hotel?–, un verdadero milagro, ni que se hubieran puesto de acuerdo, pero no, el puro azar entre cuyas cualidades está la de producir encuentros tan insólitos como gratos porque, la verdad, el marino no sólo tenía el enorme placer de pasar unos momentos de distensión con su mejor amigo, así lo diría, sino de homenajear a las hermanas, a las que conocía, desde luego, pero sin haber tenido la oportunidad de exhibir ante ellas, en especial ante la presuntamente afligida Mónica, sus indudables cualidades de seductor, en el prístino sentido de la palabra, que es el sentido corriente pues, eso se sabe, cuando un hombre de mundo, bien plantado, bien vestido, elegante y hasta cierto punto hermoso, quemado por el sol, saludable y respirando vigor, consigue que una mujer le escuche con algún interés sus historias de navíos, borrascas y travesías, y de los personajes curiosos a los que conoció durante una carrera tan intensa, lo que en verdad quiere, aunque no lo diga, ni necesidad tiene de hacerlo, es acostarse con ella, si no en el momento en que narra sus aventuras en algún momento, la oportunidad puede producirse y ese primer y agradable encuentro en el que todo el mundo está

de acuerdo –por atrás puede sonar una suave música de salón, y cada uno se siente cada vez mejor consigo mismo y con los demás, alguna copa en la mano– es tan sólo un preludio, el designio está trazado, la tela se cierne sobre la mosca, ya no muerta sino muy alerta y vivificada, Fresedo está lejos y piensa en otra, planea despojarla y abandonarla, ese hombre no tiene corazón ni moral ni memoria.

¿Pasaría por esa cabecita que sujeto tan importante podía acercársele con intención aviesa, tanto en el sentido de lo que quería de ella como de la maniobra que había hecho con la connivencia a esta altura evidente de Lepera? Aviesa desde un punto de vista ordinario pero normal, se supone, desde una lógica masculina, que no repara en medios tanto para lograr lo que puede ser un triunfo efímero como, no se sabe, un objetivo de mayor trascendencia. Por el momento y en ese hotel no, nada semejante pasaría por su cabeza, enfurecida, decepcionada acaso y, lo peor, sin poder admitirlo por la simple razón de que ignoraba el alcance de sus propios sentimientos pero también en virtud de una conocida reacción de orgullo, según otros podían pensar, que la llevaba a no saber dónde estaba parada en la vida creyendo saberlo, qué valor real tenían los valores de su vida. Pero la astucia, que es como un doble fondo de la razón, suplanta a veces al talento y a la perspicacia, y es lo que puede estar haciendo aparición en este marco tan

agradable, copas, música, discursos melosos y seductores, la vigilante presencia de la hermana y el solícito cuñado: la astucia hizo que pudiera haber empezado a gestarse, en esa cabecita, una intención aviesa, de ella, no ya del vicealmirante Lomuto. Démosle alas a la astucia, habría empezado por decirse, y ya se verá, o Dios dirá, dos formas de entregarse al futuro, aquel otro se lo merece, aunque no está probado su desliz, así sea en pensamiento, pensamiento, a la vez, en tal aviesa disposición, socarrón, base de una fantasía por ahora sin mayores consecuencias pero quién puede saberlo.

Lo más probable es que lo de la falta de corazón de Fresedo sea, a esa altura de la noche, un hecho indiscutible o, dicho de otro modo, que mientras la aparición providencial del vicealmirante está haciendo el milagro de cambiar el lúgubre humor de Mónica Franchini, Roberto Fresedo esté siendo asesinado con toda escrupulosidad, por expertos del crimen, mediante un tiro en el exacto pecho, sin dejar rastros ni nada que permita saber por qué le ha tocado esa suerte, de la que no podría decirse que sea buena, merecida tal vez desde el punto de vista de alguno, eso está por verse, pero siempre aciaga desde el suyo propio y desde el de una justicia que excluye la muerte como salida intelectual a los daños que un ser humano hubiera podido inferir a otros. Y aun eso está por comprobarse, quién lo puede afirmar.

Como se ve, nos hemos ido desplazando de la intención de recuperar y acaso describir la figura de Mónica Franchini y sus interesantes rasgos a lo que hizo o dejó de hacer el día del crimen. En cuanto a hacer, lo más probable es que los avances de Lomuto no pasaran a mayores, seguramente él no lo intentó y ella no se valió de una más que probable lánguida disposición para hacerlo, pero eso no cambia la índole de las cosas, así que santamente, deliciosamente, pudo haberse ido a dormir, acunada por palabras o perspectivas tan bonitas como su bonito cuerpo debía merecer. ¿Es eso un rasgo de carácter, una psicología? No importa mucho, lo que sí importa es que la tendencia a cambiar de plano, empezar por una cosa o situación e irse por las ramas, es constante en este relato y puede ser objeto de reproche: se justifica, quizá, porque no se trata, y eso está claro, de ir hasta el fondo en la índole de ciertos personajes, sino de progresar en el esclarecimiento de un crimen. Por lo tanto, y asumiendo que estamos ya en la plena inquietud de Mónica podemos decir que no estamos en condiciones de afirmar nada acerca de cuál podía ser su estado de ánimo. Lo que sí decimos es algo muy modesto, apenas un detalle, y es que nadie preguntó por los paquetes que previsiblemente ella y su hermana debían haber descargado como resultado de su viaje de compras, es inimaginable, por más apurado que fuera el regreso, ya sabemos por qué, que dejaran

sus paquetes en el hotel, eso sólo ocurre cuando se quiere abandonar algo pesado o cargoso o inútil, que alguien igualmente pesado y cargoso, libros de autores desesperanzados, cerámicas Lladró, videos del cumpleaños de la hija mayor, ha endilgado, y no cuando constituye el objeto mismo del viaje. En suma, ni trajeron paquetes ni nadie preguntó por esa irregularidad.

Tal vez nadie lo hizo porque no había tales paquetes, pese a que había habido tiempo más que de sobra para saquear las tiendas, frase indispensable en la mitología familiar, meta que ambas mujeres habían declarado tratar de alcanzar el día en que viajaron a la Capital, tal como lo refirió Juana González de Lugones, informada, como era habitual, de ese propósito por obvias razones de servicio. Ayuda a explicar que nadie formulara esas preguntas el hecho de que, cuando volvieron, convocadas de toda urgencia, la cosa no estaba para preguntas de ese tipo, había un cadáver todavía en la casa, caliente se diría, sometido a penosas pericias policiales, quién se hubiera animado a decir «¿qué tal lo que compraron, qué tal los precios de los sweaters o del calzado en la Capital?». Una persona así habría sido considerada de inmediato una frívola de la peor calaña y, por eso, aunque a alguien, en el pleno uso de su espontaneidad, se le hubiera ocurrido preguntar no lo hizo y no hizo ninguna otra pregunta, con lo cual, en el mismo acto, pasó a último y remoto término otra pregun-

ta muy pertinente: «Si porque nada trajeron nada compraron, ¿qué hicieron durante el viaje emprendido para hacer compras?».

Sin querer exagerar el valor de esta pregunta y, mucho menos, sin querer insinuar en el comportamiento de Mónica Franchini nada reprochable ni vinculado con la muerte de su, a esta altura del relato, probablemente desapegado y tal vez infiel marido, queda como una impresión muy fuerte que ella tuvo la suerte de no estar en la casa cuando los asesinos entraron, de modo tal que le fue evitada esa terrible violencia, no tuvo, además de lo que implica la muerte de un ser después de todo próximo y que, quién lo puede dudar, fue muy querido, que luchar cuerpo a cuerpo contra ningún despiadado invasor ni que llamar a la policía ni que asumir difíciles respuestas a preguntas policiales tan espantosas como el mismo asesinato.

Desde luego, no sólo a ella se le evitó esta sombría situación: su hermana, el marido de su hermana y socio del muerto y el amigo entrañable de todos, alto jefe de las fuerzas navales, estaban en similar situación y el papel que se les atribuyó sin mayor dificultad fue el de deudos compungidos, dolorosamente sorprendidos por tan espantosa noticia, cuasi espectadores, muy concernidos, no obstante, por ese drama tan conmovedor.

Todos esos sentimientos se pusieron de manifiesto no tanto en la casa, donde reinaba la tribulación y el desorden, la veda inclusive para transi-

tar por determinados lugares, como a los dos días, en el acto del sepelio, y no tenemos más remedio que volver a esta escena, en la que esos rasgos fueron notables –y esto no es una conjetura sino una descripción, tal como queda registrado en el expediente mismo–, en el momento central del entierro, después de la misa y, sobre todo, en el instante desgarrador y patético en que el reluciente ataúd descendía con lentitud, como se debe, en el interior de la fosa que será, a partir de ese momento, la última morada, si la expresión no es ya muy remanida, de un hombre que había logrado cierto éxito en la vida: las dos hermanas abrazadas cubriendo a sus niños, los padres por detrás cubriéndolas a ellas, otros parientes y amigos, en fin, una gran desgracia llorada por muchas personas sobre las que no vale la pena detenerse porque entre ellas, sin duda, no estaría el asesino, sería difícil concebir tanta maldad por parte de, al fin y al cabo, un ser humano que después de ejecutar a un prójimo viniera con todo cinismo a sumarse a quienes lloraban las consecuencias de su acto fingiendo curiosidad o, peor todavía, compasión.

Ya señalamos, comentando este momento del relato, pero saliéndonos del tímido y genérico acercamiento a las hermanas Franchini, que en este grupo de dolientes Lepera y Lomuto no parecían del todo integrados, que con algo de espíritu crítico se podía ver en su disposición física algo peculiar, estaban como encerrados, en una campa-

na tal vez, se los observó –habría que ir atrás en el relato y verificar si fue esta expresión la que se usó para definir cómo estaban– hablándose uno al otro, Lepera ansioso, Lomuto más compuesto y armado, se diría con metáfora castrense, algo pálido el primero, altanero, como corresponde, el segundo, pero los dos un tanto al margen de las mujeres, hecho notable porque, habiéndose siempre visto a Lepera en situación protectora para con ellas, ahora, cuando más lo debían necesitar, estaba lejos, como en otra cosa aunque o porque, eso lo podía invocar si se lo hubiera interrogado, estaba con otra persona.

Recordemos, en homenaje al modesto policía, que al inspector Malerba no se le había escapado este curioso comportamiento del grupo de familia pero también que de su mirada no había sacado ninguna conclusión, ni siquiera como una insinuante línea indagatoria. No fue el único: tampoco al periodista Cobián, y sobre todo al fotógrafo del diario, como ya se señaló, se les escapó el detalle pero, del mismo modo que Malerba, se limitaron a consignarlo, no fueron mucho más allá, ocurre muchas veces que no se presta atención a los gestos de las personas, sobre todo cuando no se ponen en evidencia y contienen sus expresiones exteriores.

Pero lo que a todos los mencionados se les escapó es que entre los apenados acompañantes había otra persona que seguramente quería no hacer-

se notar, una mujer enlutada no ofrece término de contraste en un entierro, sí en otras situaciones, y que no lo hizo, o sea no se hizo notar, a los ojos del policía, como decimos, pero debe haberlo hecho a los de la llorosa Mónica Franchini; tal vez la conocía, no se puede saber, tal vez la intuyó, las mujeres reconocen de inmediato a otras mujeres que pudieron haber tenido algún contacto con sus maridos, las huelen en el aire, es como si olieran en ellas un infinitesimal resto del perfume característico de un cuerpo que conocen bien y que, aunque no lo hubieran recorrido ni olido en los últimos tiempos, tanto lo hicieron en otros que saben su olor de memoria, lo aprendieron por la nariz y por la lengua, se les introdujo en la vagina y por la piel y es muy difícil que lo puedan olvidar. Lo mismo ocurre con los hombres, distinguen a la distancia a otros hombres que han frecuentado a sus mujeres, incluso si ni siquiera pueden imaginar hasta dónde pudo llegar tal frecuentación y si dijéramos que la vía de ese reconocimiento es nasal caeríamos en un fisiologismo muy reductivo y condenable; debe ser muy otro y más complejo el mecanismo, algo así como que una parte de un ser que uno o una conoce bien se pega en un tercero o tercera que de pronto llega a la vida de una u otro produciéndose un traspaso inevitable y reconocible, salvo el caso, cuantitativamente predominante por cierto, de negación, actitud que se manifiesta en un no querer saber repugnado, es como si el olor conocido,

o ese algo que puede no ser olor de piel, que habiendo sido objeto de delicia porque era apropiable, al ser reconocido en un traspaso siempre considerado injustificado y deleznable, se degradara de inmediato, se corrompiera y, por eso, provocara en quien lo percibe o lo descubre ahora un movimiento de odio a sí mismo ya que esa misma corrupción está instalada en él.

De modo tal que esa mujer, de la que no se sabe nada, ni siquiera el nombre, y cuya presencia no es advertida durante la ceremonia mortuoria, salvo presentida por Mónica Franchini que, además de apenada se siente, es seguro –hay que comprender lo que es eso, un marido muerto y por añadidura asesinado en la propia casa–, molesta sin saber por qué, hasta irritada, pudo haber sido la causa de los desvíos que Mónica detectó en Roberto Fresedo unos cuantos meses antes de su muerte. Es claro que es un abuso señalar estas posibilidades, atenuado –el abuso– porque siendo difícil para cualquier testigo imparcial y razonable aceptar como válida aquella imagen primera y preliminar de una idílica perfección en la vida de quien terminará asesinado, es necesario, en virtud de un espontáneo movimiento del espíritu, encontrar una explicación, entender por qué ciertas cosas se producen, previendo que tal explicación no llegue a nada extraordinario sino tan sólo al punto simplemente humano de la imperfección, de los deseos incontrolados, de las pasiones negativas que

de pronto destruyen todo lo que antes habían querido construir, en especial los matrimonios, más todavía si se trata de gente algo liviana, sin otros intereses que vivir alegres y satisfechos en un lugar y tiempos siniestros, nadie ni el más frívolo se engañaría al respecto, que quieren ser bellos y elegantes y poseer bienes disfrutables apartando de esas cabezas bien peinadas toda preocupación que no gire en torno, y con obstinación, de ese preciso ideal de perfección perfectamente vacío, comer en los mejores lugares, vestir ropas caras y únicas, circular en coches perfectos, reproducir el modelo de persona que promueve y preconiza una sociedad que no sólo quiere no saber lo más importante que le está sucediendo sino que intenta ignorarlo de manera activa, propiciando una negación homogénea y perversa, como si la negación fuera un modo de vida.

Todo lo que ese entierro pudo ser fue, y las fotografías así como las crónicas que se publicaron –incorporadas al expediente– registran los datos mencionados y, examinándolas con atención, se pueden detectar las omisiones referidas. No vale la pena extenderse sobre otros detalles, que no serían nuevos, ni describir sentimientos o comportamientos: cada quien los podrá imaginar de acuerdo con su experiencia en la materia, ritos son ritos y los que corresponden a esta sociedad se han simplificado tanto que bien podría sospecharse que el hecho mismo de la muerte ha perdi-

do un tanto de la importancia que los humanos le concedieron en otras épocas. Lo que importa, en cambio, es seguir imaginariamente los pasos de esa misteriosa mujer que, confundida entre los deudos, sin ser conocida de ninguno de ellos, quizá, porque nadie, menos una mujer joven y bastante hermosa –lo que podía apreciarse pese a las ropas fúnebres que siempre diluyen el erotismo–, asiste a estas cosas porque sí, como si fuera un agradable paseo al aire libre, tiene en ese conjunto una presencia significativa, tanto que bien puede ser que sea una pieza importante, así se dice con frecuencia, en el juego que han emprendido esos seres. Lo que, sin embargo, cuesta creer, es que Lepera, tan cercano a su concuñado y socio, al menos antes de su desdichado viaje al Brasil, no hubiera reparado en ella y, más aún, que no lo haya hecho Lomuto; en cuanto al primero porque es previsible que Fresedo lo pudo haber hecho su confidente, se sabe que la infidelidad conyugal hace sentir muy solos a los implicados, lo cual genera a su turno una inevitable tendencia a la indiscreción, en alguien hay que confiar, aunque eso no quiere decir mostrar o presentar o complicar las cosas pidiendo favores que después se pagan caro. En lo que respecta a Lomuto, hay que recordar, cosa que hemos hecho *ad náuseam,* que era jefe de la Base Naval y que mucho tenía que ver con ese sistema de control político que se denominó «lucha contra la subversión», razón por la cual

conocía, o debía conocer, vida y milagros de todo el mundo, a saber qué habían hecho los integrantes del grupo social que por ahí andaba, siempre sensibles a las penetraciones ideológicas, cuando se trataba de personas jóvenes, a quiénes frecuentaban ahora y en qué pensaban y qué sentían, y si en la práctica esa capacidad de información pudo tener fallas y de pronto se cometieron errores muy lamentables, tales como secuestrar a uno u otro ciudadano fuera de sospecha –cosa dudosa porque cuando la sospecha sienta sus reales nadie es redonda y homogéneamente insospechable–, en general y en lo que concierne a los conocidos cercanos por razones sociales u otras, es difícil que ignorara algo tan elemental como que Fresedo tuviera una relación clandestina, máxime si, como a poco se habría de saber, Lomuto aparecería como socio de las empresas que hasta ahora suponíamos que eran de la exclusiva propiedad de los amistosos concuñados. Ambos, en consecuencia, debían saber, incluso si no la conocían, quién era esa mujer, pero ya sea por no hacer escándalo, gente educada y discreta, eso no se discute, ya por no hacer ostentación de tal conocimiento –a nadie honra saber cosas de ese tipo– no hicieron ningún gesto, fueron indiferentes a su presencia o fingieron serlo –entre gente así el espacio que separa ambas cosas es imperceptible–, de modo tal que la mujer pudo esfumarse de la ceremonia, ni miradas ni gestos se dirigieron a ella y, en ese caso, el inspec-

tor Malerba no tuvo, por lo tanto, ningún motivo para alertarse así que sólo a nosotros, en el ya habitual gesto de leer por encima del hombro, nos queda la responsabilidad, y el trabajo, de darle un significado, no para acusar a nadie ni para adelantarnos a los hechos sino para, saliéndonos de la atmósfera embriagadora, por las flores, del cementerio, y triste, de la casa, establecer un elemento que alguna importancia puede tener en el drama al que nos enfrentamos.

Por supuesto, no se trata de pretender que se sabe todo –es decir todo lo que los demás interesados, Mónica y Claudina Franchini, Luis Lepera, el inspector Malerba, el vicealmirante Lomuto, ignoran– respecto de las acaso, seguiremos insistiendo en que se trata de conjeturas, palpables relaciones clandestinas de Roberto Fresedo con la bella enlutada, viuda negra, o cuasi viuda o acaso, extremando las cosas, verdadera viuda. Es más, sólo nos interesa indicar que podían existir como otro dato que podría, si se verificara, mostrar no ya por qué Mónica Franchini estaba lejos de su casa la noche del crimen sino por qué también pudo ver con simpatía, no es preciso insistir sobre eso, las cortesías del vicealmirante Lomuto; puede, también, hacer comprender por qué éste las tuvo y, quizá, por qué pudo alimentar ciertas esperanzas en relación con esa buena mujer; acaso sus estrategias seductoras, apoyadas en el conocimiento de la existencia de esa otra mujer, tenían como funda-

mento la eventual libertad que empezaría a tener su presa, acaso otros motivos lo llevaban a tratar de seducirla. En todo caso, si Lepera favoreció esas operaciones fue porque compartía esos motivos que, sin ser suyos, se recostaban sobre otros motivos que podía tener y para apuntalar los cuales la certeza de que Fresedo tenía otra mujer operaba muy positivamente.

Como el papel que esa mujer desempeña en esta historia es sólo probable no será necesario acumular más detalles: la conjetura tiene sus reglas y sus límites y si los desborda se convierte en delirio por más que tenga el aspecto del razonamiento. Nos detendremos, pues, aquí y no le atribuiremos a una presencia fugaz, apenas una sombra, más cualidades ni más posibilidades pero no haremos eso tan sólo para evitar el mencionado delirio y dar la impresión de sensatez narrativa sino, sobre todo, para no dejarnos atrapar por estructuras de esclarecimiento demasiado apegadas a una tradición, a saber las relaciones extraconyugales y sus incidencias, la amante embarazada o ya con algún hijo del muerto, derechos sucesorios que estas personas hubieran podido adquirir y que, de pronto, podrían dar motivo a un crimen.

También conviene suspender esta línea de razonamiento que involucra a otros actores del drama, por ejemplo a Lepera que, si seguimos en esta línea, aparecerá en el polo opuesto, así se suele decir, de su lugar inicial, ya no más como concuña-

do y socio inseparable, como el viejo y confiable amigo sino como alguien que, conociendo un secreto de quien seguramente podía seguir confiando en él como viejo amigo, concuñado y socio, se aprovechó de alguna manera de él.

5
Una fiesta en diciembre

No se sabe por qué extraño sortilegio se produce en todas partes del mundo y a la misma hora, el día 31 de diciembre, una especie de declinación de la energía a partir de cierto momento de la tarde, al caer la noche más bien. Tal vez sea un fenómeno espiritual, tal vez sea un fenómeno puramente material basado en el hecho de que casi todas las actividades habituales cesan y la atmósfera no conserva de ellas sino un resto de rumor que se atenúa a medida que los minutos pasan y la tarde se precipita. Las actividades humanas que sin embargo prosiguen se apaciguan y, por lo tanto, los sonidos o los ruidos que se pueden percibir se atemperan, son lejanos, semejantes a los que preceden, aunque se produzcan avanzada la jornada, el amanecer de un día cualquiera, lánguidos y un poco tristes. Luego, un poco más tarde, cubierta la ciudad de sombras, cuando todo el mundo, como un ejército a punto de combatir, está listo para celebrar, la atmósfera cambia, la energía declinante se recupera bajo una nueva forma que durante algunas horas da la impresión de que va a ser eterna.

Eso también ocurre en Mar del Plata pero con características especiales dado el conflicto permanente que existe en esa ciudad entre normalidad y excepcionalidad. Es una ciudad como todas, no hay duda, pero es también una ciudad balnearia. Y si, como en todas, sus habitantes huyen en la proximidad del final del día de sus actividades –que por eso, al cambiar el ritmo, dejan de producir el ruido habitual– y buscan refugio en sus casas para disponer de lo que va a ser la celebración, modesta o suntuosa, los que visitan la ciudad, los veraneantes, ya sea en sus propiedades ya en hoteles –muchos se equivocan y los sienten como suyos–, desean celebrar pero sin desaparecer de las calles, se mueven bastante antes de recogerse, producen un ruido reconocible que actúa en diapasón con el silencio progresivo y general que cubre a la ciudad. Calles como San Martín, Rivadavia o Córdoba son las predilectas de este tipo de gente y, si se observa bien, en su modo de desplazarse en ese momento de transición del día hay algo así como una voluntad, una obstinada disposición a no entregarse a lo que la índole del momento pide; caminan con mucha animación, entran en los comercios y salen con paquetes, constituyen un voluble desfile que los permanentes de la ciudad declaran sin ambages detestar, sobre todo el abejorreo, el rumor, el frotamiento de los sonidos unos sobre otros, chirridos más bien que irritan a quienes deben padecerlos. A este fenómeno auditivo

hay que añadirle, y volvemos sobre un tema profundo de este texto, el visual: la luminosidad propia y peculiar de la ciudad en esa época del año.

Ya se había hecho mención de este importante elemento; de ningún modo, conviene prevenirlo, se le quiere atribuir un carácter decisivo, en el sentido de que sea una causa que pudiera explicar ciertos hechos a la manera de esas locuras transitorias que tanto gustan de presentar, con una entonación algo pagana, los escritores boreales, el mitológico 25 de junio nórdico, día en el que el límite entre la luz y las sombras desaparece alterando, ese fenómeno, los nervios de los seres humanos y llevándolos a ejecutar los actos más extremos, suicidios, fugas, desfloramientos o ataques frenéticos incontrolables, tal como lo muestra un escritor nada policial pero muy famoso, Strindberg, en su inmortal o al menos muy conocida *La señorita Julia.* Si se invoca la luz marplatense, por lo tanto, es sólo por razones escenográficas, ambientales y atmosféricas. Poéticas incluso se diría: esa fosforescencia tan extraña se prolonga hasta lugares lejanos y recorre las calles de los barrios más viejos de la ciudad –no digamos la zona portuaria, en la que los brillos del mar saltan sobre las construcciones náuticas y los galpones de pesca y los inundan de pálida melancolía–, donde mansiones en apariencia abandonadas, ésas que convocan la palabra «decadencia», hablan de viejas pretensiones de grandeza, y aun de los barrios más ricos, calles

arboladas de naranjos que prolongan afuera los jardines bien cuidados de adentro y, la fosforescencia, hace nítidos los perfiles de la poca gente que se desliza a lo lejos acompañada por vagas aureolas y tenues registros sonoros.

En la comisaría en la que el inspector Malerba masca su tedio y un sentimiento creciente de hostilidad contra quién sabe qué o quién, la susodicha luz, que no podía hacer una excepción con la burocracia, entra también ahí pero no consigue, suponiendo que se lo propusiera, alegrar esas oficinas sucias de tanto dolor acumulado, más bien las entristece. La suya, en la que lo vimos revisar un expediente a falta de otra cosa mejor que hacer y acaso movido a hacerlo por una asociación de ideas que lo llevó a comparar el más que modesto ambiente al que parecía condenado con el increíblemente suntuoso despacho del jefe, comisario general Pracánico, recibía un poco de esa luz a través de una ventana abierta por la que, parándose junto a ella, se podía ver –Malerba no lo intentaba– un pedazo de mar pero nada de maravillosas playas ni fantásticas rocas, ésas que hacen la fama de la ciudad. La visión, que se iba apagando con el paso de las horas, no lograba remover, seguramente, la tristeza del momento ni la sordidez de ese lugar, atiborrado por añadidura de papeles gastados y manoseados que un ventilador de techo agitaba con suavidad.

Ya aludimos al criollo suboficial que, con más

resignación que entusiasmo, ceba un mate cuya densidad va decayendo, sin que eso sorprenda a nadie, es de la índole del mate lavarse y deprimirse, nada hay menos efímero que la espuma que copetea el cuello del mate. También mencionamos el retrato del presidente que adorna una pared, como única nota contrastante: un rostro de labios finos y un bigote perfecto, se diría, con espíritu ácido, lo único perfecto en ese hombre, ojos de ésos que taladran y la expresión, en general, de alguien con quien no ha de ser fácil discutir, de música por ejemplo. No digamos de otros temas, ni hablar de desapariciones, tan frecuentes en esa época, o de atropellos a la persona humana, ya se sabe que esa gente no es proclive a las conversaciones sin tema fijo ni a las divagaciones, son personas que van al punto cuando no tienen por qué guardarse ninguna carta y, cuando no pueden hacerlo porque no tienen punto al que ir, callan con una perfección absoluta, no dicen nada cuando hablar puede no ser lo más conveniente, personas que por ahí leyeron el célebre y casi invariablemente citado apotegma de Wittgenstein, «cuando nada hay que decir es mejor callar», aunque es poco probable; esa sabiduría, si lo es, no anula el hecho de que hay silencios más repulsivos que la más insustancial de las chácharas pero, además, esa estrategia del silencio les viene por instintiva astucia y difícilmente confesable temor, no porque hayan leído libros que enseñan esas cosas.

Pero, excepción hecha del retrato presidencial, ningún otro ornamento en la oficina, ni siquiera una cerámica proteiforme con una inscripción, «Recuerdo de Mar del Plata», pero sí, en cambio, muebles, un par de escritorios a punto de convertirse en tales, o sea en ornamentos, a fuerza de ser viejos y gastados, hay una ley por la cual los objetos de uso pasan a ser, con el tiempo, a veces décadas a veces siglos, objetos de arte, muy caros y hasta inaccesibles para gente que antes de ese variable transcurso los tenía a su disposición poniendo encima, como en este caso, papeles en desorden, tazas de café, cigarros aplastados, máquinas de escribir, sellos y almohadillas, alfileres y esas extrañas creaciones de alambre llamadas clips, trombones en francés, con tal acumulación que nadie podría decir que allí se podría hallar nada, menos en una urgencia, y vaya si por ahí pasaban graves y urgentes asuntos.

Lo que conviene aclarar es que, al menos, el lugar donde ese 31 de diciembre el inspector Malerba podía estar caviloso y hasta cierto punto desencantado, si esta palabra aplicable a grandes procesos psicológicos contemporáneos puede ser de utilidad para comprenderlo, su oficina, no comunicaba directamente con las celdas y ni siquiera con lo que suele llamarse «mesa de entradas» pero sí, a distancia, con los despachos importantes de la jerarquía de la institución; tampoco con los accesos semisubterráneos en los que desembarcan, de-

sencajados y clamando inocencia, los pecadores o presuntos pecadores y transgresores de la majestuosa Ley. Como se comprende, había ventajas en esta posición: por de pronto se podía, si se quería, no ver caras de jefes, siempre en posición de firmes, ya sea, en el mejor de los casos, relamidos y dándose importancia, en el peor a los gritos o refunfuñando de esa inhumana manera que suele tener la autoridad cuando algo no va bien o su territorio está amenazado. Se podía, igualmente, yendo por partes, no enterarse de la gente que ingresaba sin ingresar –porque no era registrada–, y no ver, por fin, a los pobres presos o presas, que de todo hay, habiendo alguna de ellas que, interrogada específicamente en una oficina, ésta por ejemplo alguna vez, podían lograr un favor haciendo un favor mediante la dádiva de un cuerpo algo gastado pero no del todo descartable ni en desuso.

Todo lo que se ha dicho tiene una intención descriptiva y la descripción prueba que entre el ambiente y el ánimo la coherencia era muy grande, no es para sugerir algún uso indebido de la autoridad en detrimento de los derechos sexuales de los presos: el inspector Malerba no estaba francamente de humor para esperar algún solaz oculto en esas celdas o con esas gentes. Por empezar, había que ir hasta donde estaban, verdaderas cuevas, y ver qué se había recolectado en los últimos días, el día 31 de diciembre no siendo propicio para ello pues hasta la más puta se va para su rincón y piensa no

en los tipos sino en el pavo o, en su defecto, el pollo o puerco que, adobado y horneado, le permita sentirse ciudadana de Año Nuevo, categoría universal si las hay, lo que no implica que todos entren en ella pero sí que todos pueden aspirar a entrar, hasta el más desgraciado de los desheredados de la suerte. Nada, en consecuencia, podía provenir de ese lugar, lo que quería decir que sólo quedaba esperar que el turno concluyera de una vez, y ni hablar de reconcentrarse, ausentarse y recordar, no hay en ese momento nada que Malerba quiera recordar, nada que quiera oír, salvo lo inevitable de los ruidos menesterosos de la estación de policía. En suma, lo comprendemos bien, Malerba no puede hallar fuera de sí nada que le permita dejar por un momento de lado la angustia del tiempo, sobre todo del tiempo vacío, muchos lo llaman muerto cuando no ocurre nada que llame la atención o excite los nervios exhaustos.

Sentado, mirando cómo la noche no logra derrotar el vaho resplandeciente y fosforoso, resiste a todo. Ahora resiste a los rumores y a cualquier tipo de armonía estelar o terrestre. Digámoslo en homenaje a la sinceridad: si bien el inspector Malerba podía jactarse de su resistencia a las emociones –había llegado a pegar y a dañar sin que nada lo afectara aunque por suerte no le había tocado la prueba inversa–, entre éstas debía figurar, en destacado lugar, la música, a la que era casi tan resistente como a la pintura, sólo que esta resistencia

podía ocasionarle problemas más graves que la otra, como se pudo observar a propósito del cuadro ligeramente torcido sobre la pared del escritorio del recién muerto Fresedo. En cuanto a la música, como sucede con muchas personas, sean o no del oficio, incluso los asiduos a los conciertos, no es que se negara a escucharla, sino que se desarrollaba en sus oídos sin relieves, todo era igual, si él hubiera querido pensar en este tema habría llegado a la conclusión de que la recibía como pura continuidad, sin diferencias, de tono, de acordes, de ritmo, de todo eso que es justo lo que hace la música. Y no hablemos de los clásicos, por ejemplo de los organistas de la escuela de Buxtehude, sino aun de los modernos como Stravinsky, en quien cuesta, con franqueza, no advertir los saltos, las fracturas, su sintaxis de la quebradura en la que descansa su maravilloso efecto. Pero, en honor a la verdad, ese desinterés debía ser algo muy personal porque en la oficina no faltaban fuentes de música. Había no un aparato de radio, sino aun dos, el primero, portátil y algo golpeado, era muy corriente, ordinario inclusive, y de su ronca bocina salían voces atropelladas que se gastaban en tandas publicitarias, se conoce su efecto: van carcomiendo el cerebro de quien escucha sin que éste, quien escucha, se dé cuenta y sin que pueda, inclusive, aprovechar la información que se ofrece; cuando –y no hablamos sólo de esta particular circunstancia puesto que ese efecto se produce siempre– la

emisión de radio así concebida y realizada está a punto de concluir su destructora obra, se detiene el flujo verbal, se interrumpe la demencial publicidad y es sustituida por algo que es denominado música y presentado con pompa como tal; a causa de lo que es ella misma pero sobre todo del aparato, que mezcla graves y agudos y los superpone impiadosamente, no es esperable que el inspector Malerba, de por sí indiferente, saque de ese objeto ningún fruto que pudiera enriquecer su vida o levantar su ánimo, el inspector Malerba ignora los milagros que se producen en tal orden de cosas, tanto el amansamiento de las fieras –un lugar común– como ciertas revelaciones extraordinarias que un oído fino experimenta entregándose a ese universo.

De modo que nada por ese lado, y no sólo por eso sino, además, a causa del otro aparato, el de la radio policial, cuya transmisión constante se asemeja a un ruido parásito interrumpido por voces que aunque no sean rudas, es difícil pensar que las de los locutores policiales no lo sean, así suenan, dando informes que se pueden considerar inútiles si se piensa en el lego o el aburrido o el que está a la espera de un mensaje que tenga una forma definida y un contenido accesible pero que tal vez no lo sean para quien los entiende y descifra.

De manera que entre algún distraído tango o cuarteto o chamamé, las jergas crispadas de la publicidad y la incesante y monótona apelación a pa-

trulleros, la oficina, llena de rumores, se iba llenando de sombras y el año se extinguía en la espera de algo, quién puede saber qué. Tal vez, puede haber pensado el inspector, haya que decidirse y poner en marcha la imaginación en relación con la comida, hacer traer algo ahí mismo y, si nada, ninguna repugnancia a los ritos colectivos se opone, compartirla con el suboficial del mate o, exceso de liberalismo, cosa así nunca vista, con los pocos presos por hechos menores a los que estar encerrados el 31 de diciembre les puede servir de lección y en algunos casos de coartada para no tener que enfrentar parientes reprochones o la simple aparición de un nuevo año. Abroquelado en la oficina pero habiendo comido, acaso el turno, palabra equivalente a noche, pudiera transcurrir sin pena ni gloria, con ventajas evidentes en ese modo de transcurrir, pues podía implicar un respiro en la ya varias veces mencionada función de chupadero que constituía el alter ego de la institución.

No digamos que de pronto, porque emplear esta expresión adverbial implicaría una inesperada confianza en el suspenso narrativo, la radio policial, después de limpiarse un poco de molestias en su garganta, indicó que algo estaba pasando en alguna parte y que alguien, que no vale la pena designar, entró en la oficina, no pareció sorprenderse por la penumbra, la ventana abierta, las radios funcionando y, de manera neutra, sin decir que eso acarrearía un movimiento del inspector Maler-

ba pero diciéndolo, anunció que, precisamente, la radio había anunciado que en la esquina de Quintana y Viamonte, sin añadir que se trataba del mero Los Troncos, barrio interesante si los hay en esa ciudad, había un hombre herido, tirado en la plena calle. «Se habrá caído en el pozo que está abierto hace meses», comentó Malerba como si el probable sufrimiento de ese hombre caído no le concerniera pero haciendo gala de un exhaustivo conocimiento urbano. «Sí», dijo el informante, «pero también hay un tumulto», imagen que contrastaba con la discreción de la vida en ese lugar, al que nos hemos referido en las páginas iniciales de este relato. Sea como fuere, desconcernido o no el inspector Malerba, esta noticia, este hecho, que lo obligaría a salir de la cueva resolviéndose de paso el tremendo problema de la cena de Año Nuevo a causa del cumplimiento inexorable del deber y suspendiendo los raros ruidos de ambas radios que, juntas, podían reducirlo a la nada, aparentemente sin conexión, ni en todo ni en partes, con lo que había evocado en las horas precedentes, esta noticia, decimos, iría a imprimir un giro nuevo a la narración, violento manotón al volante y giro brutal, que obliga a reformular el modo que ha seguido hasta ahora pero que, no obstante, no nos lleva a abandonar el camino narrativo que hemos seguido y que no ha sido, tal vez, la peor de las soluciones, en vista de las difíciles condiciones de narración que este relato ha debido afrontar.

En principio, el hecho nuevo no era en sí mismo importante: un hombre se había golpeado al caerse en un pozo mal tapado, es cierto, pero que ningún vecino desconocía –esta lamentable condición de la calle había motivado protestas que tuvieron cierto alcance, por eso el inspector Malerba conocía su existencia–. La escena, que pudo estimar por sí mismo, pues el aviso que le habían hecho implicaba que debía ir a ver qué había ocurrido, cosa que hizo montado en el servicial pero ya anticuado automóvil que la institución le brindaba, un Opel que había conocido momentos mejores, se completaba con los siguientes elementos: un grupo de personas rodeaba el sitio del accidente tratando de auxiliar a la víctima, las puertas y ventanas abiertas de las casas aledañas, cosa que indicaba el egreso apresurado de sus moradores, dejaban salir luz y ruidos domésticos diversos, una ambulancia se aproximaba y, sobre todo, había en el ambiente una indiscutible atmósfera de emoción violenta, se sentía que lo que había ocurrido era algo más que una vulgar caída, por más lamentable que fuera. Cuando el inspector Malerba se le acercó, oyó que el hombre decía, en un supremo esfuerzo para evitar el desmayo, «se están matando», y los vecinos, como si establecieran una relación entre esa fórmula y el lugar en el que tal situación se había producido, miraban o señalaban la casa más cercana, de la que, los vecinos lo podían saber porque lo conocerían, el hombre debía

provenir. En efecto, había salido a la carrera de la casa, sostenían, y era tal su ansiedad, seguían sosteniendo, que no vio el pozo, por suerte no era profundo, y se cayó, golpeándose no obstante fuertemente. Sólo con eso ya había para empezar y, al oírlo, el inspector Malerba comenzó *in mente* a confeccionar su necesario informe que iría a completarse no mucho después con más aportes, ya veremos con qué y de qué modo.

In mente, el informe prosiguió con nuevos elementos sobre los que habría que indagar: el primer dato, quién era el hombre, luego por qué su alteración y, por fin, quiénes eran y dónde se estaban matando, más que si se cayó porque no vio el pozo y si el pozo debía haber sido rellenado por la Municipalidad hacía ya mucho tiempo, trivialidades que no iban al asunto.

El inspector Malerba omitió, por el momento, ocuparse de las dos primeras cuestiones y a la tercera, puesto que era dónde, se encaminó casi espontáneamente intuyendo, por instinto, que era el punto más urgente y que lo demás podía esperar. Procedió de una manera admirablemente pragmática porque, por lo general, los policías empiezan con cuestiones bizantinas de forma, leen documentos, de víctimas, contraventores o sospechosos, con desesperante lentitud mientras todo el mundo clama por su rápida intervención y cuando por fin llegan al núcleo del incendio ya no pueden hacer nada. Acompañado, por lo tanto, de su suboficial

–nuestro ya conocido experto en cebar mate– y seguido por algunos vecinos que, excitados, no querían perderse nada del drama que se había desencadenado frente a sus narices, entró en la casa y se encontró con un cuadro espectacular, es lo menos que podría decirse: dos hombres jóvenes, uno rubio y el otro morocho, jadeantes, ensangrentados y mirándose con una cantidad de odio como pocas veces se había visto, una mujer vieja, desgreñada y lagrimeante, crispada, la imagen misma de las brujas de película, que gruñía o gritaba o rogaba «matálo al desgraciado» y, más atrás, como en una réplica de los dos hombres, dos niños, uno rubio y otro morocho, no juntos sino mirándose con un odio semejante, al acecho, a punto de lanzarse uno contra el otro. El inspector Malerba tuvo la fulgurante sensación de que estaban esperando el momento para hacerlo, un momento futuro, ocupado el presente por la lucha entre los mayores cuya tregua, cuando el inspector entró a la casa, estaba forzada por la fatiga pero también se podía percibir que estaba a punto de romperse. Indescriptible el grado de destrucción: sillas caídas, platos rotos, lámparas tiradas y, lo más irónico, un arbolito de navidad todavía con sus lucecitas de prenderse y apagarse y en la mesa un pavo entero, virgen todavía de trinchamiento pero, en el conjunto, excepción hecha de las manchas de sangre y la expresión alienada de la mujer que no paraba de gritar «matálo», clara incitación contrastante con el modo

aterrado en que el hombre caído se había expresado hacía un instante, un ambiente mediocre, si se lo mide con las pautas que gobiernan las restantes casas del mismo barrio, con un sofá pobrecito y sin cuadros en las paredes, salvo alguna ilustración, pero sí con un aparato de televisión que, encendido, parecía irradiar tranquilidad en comparación con toda esa evidentísima batahola, aunque si se hubiera reparado en lo que transmitía se habría percibido un elevado nivel de histeria oral, muy característica de ese medio de comunicación en esa época, motivada, acaso, por la inminencia de un conflicto bélico o futbolístico, no se sabe bien.

El inspector Malerba no intentó razonar; ordenó, lacónicamente, que los dos sujetos que, acezantes, no lograban recuperar la respiración, lo acompañaran pero la mujer no era de esa opinión, al menos en lo que concernía al hombre rubio, del cual se agarraba con una desesperación que sólo podía explicarse con el argumento de que era la madre pero, como se supo enseguida, también era la madre del otro hombre, observación de la que se podía extraer dos consecuencias: la mujer, como madre, prefería al hijo rubio en detrimento del moreno, y ambos estaban embarcados en una empresa fratricida que, dada su magnitud, explicaba el espanto del hombre que había salido corriendo a la calle y se había caído de mala manera en un pozo mientras clamaba o auguraba «se están matando». Todo indicaba que ese hombre era el pa-

dre y el conjunto dibujado, mujer furiosa, hombre desesperado, dos rubios, uno mayor y otro un niño, y dos morenos, uno mayor y otro un niño, constituía una familia atravesada por un grave problema, es lo menos que puede concluirse de este brevísimo resumen.

Para remitirnos a los hechos fundamentales pero con el fin de no dejarnos atrapar por los infinitos detalles que son propios de una situación semejante, no seguramente la única en los anales de la institución policial, diremos que, por fin, el inspector Malerba logró llevarse a los dos hombres, aunque sin poder llegar a establecer qué había pasado, ni cómo empezó la gresca ni por qué; hubiera querido –es una broma– llevarse también el pavo que, intacto, parecía irradiar, de su superficie dorada, una incomprensible perfección, pero no lo hizo, tampoco se llevó a la furia desencadenada en forma de mujer ni a los niños que, quizás, habían esperado un final diferente al que tuvo el combate del que parecían haber sido espectadores –espectáculo no muy edificante desde el punto de vista de su educación–, provisorios a juzgar por las miradas torvas que se estaban dirigiendo cuando el inspector Malerba entró en ese aquelarre: de toda evidencia se habían quedado con ganas de reproducirlo, pero no tuvieron oportunidad, no es que les hubieran faltado deseos, se notaba en sus rostros filosos, sus lomos arqueados y sus puños lívidos a fuerza de estar apretados.

Al salir con sus dos detenidos, la puerta de la casa se cerró a sus espaldas con un ruido definitivo, la ambulancia ya no estaba, ni tampoco, obviamente, el accidentado; la gente, que había estado esperando el resultado de la intervención del policía, comentaba con definido apasionamiento los hechos pero se veía que ya tenían bastante y que querían irse, es curioso que nadie dijera nada respecto a entrar a esa casa y ayudar, en el vago y genérico sentido de esa palabra. Malerba expidió a los detenidos, el suboficial se los llevó en un auto *ad hoc,* uno adelante y otro atrás, rígidos como animales impedidos de agredirse, y se quedó todavía un poco, estudiando el lugar, husmeándolo, queriendo entender algo que podía haber quedado flotando en el aire; al rato, cuando por fin se fue, la calle fue recobrando la calma y las casas, salvo una, volvieron a ser el escenario de acontecimientos menos violentos y excepcionales a los que, pese a su limitado alcance, nadie renunciaba, como comer, por ejemplo, exquisitas comidas con toda morosidad preparadas dada la excepcionalidad de la ocasión, entregarse los regalitos previstos y comentar los hechos recientemente vividos, cuyo salvajismo –no es exagerado señalarlo– había desplazado temas de conversación más apacibles aunque si se mira bien nada muy apacible había para comentar, salvo negación o complicidad, el ambiente todo del país y de la ciudad, si algún rasgo indiscutible tenía, ese rasgo era una brutalidad

evidente que no se podía dejar de ver ni de tener en cuenta pero tampoco se podía asumir porque si se lo hacía, muchos debían pensar de ese modo, no se podría seguir viviendo.

Cuando, después de dejar bien separados a sus presos, cuestión de que se serenaran, habiendo secuestrado en uno, el rubio, una pistola importante, fácilmente reconocible para un experto, el inspector Malerba regresó a esa esquina de la bronca con el fin de indagar un poco, como era su obligación, la casa de la que había extraído a los dos hombres estaba a oscuras y cerrada, ya no seguía la fiesta que ni siquiera había comenzado, en el agujero, por cuya existencia el hombre damnificado podría exigir una indemnización a un municipio desaprensivo, unas maderas semirrotas intentaban disimular el accidente o prever otros nuevos, pero eso no era lo importante, lo importante era un tufo de ansiedad o de desgracia que se levantaba de la calle vacía y hacía sentir que en ese fin de año no había en verdad nada como para festejar.

Subjetividades se dirá. En todo caso, decir, para retomar el hilo, que la violencia cuyos restos había visto le había dado un mal sabor de boca sería internarse, en lo que respecta al inspector Malerba, en una delicadeza inapropiada para este relato, tal vez no para algún otro que habría que escribir, ésa es otra cuestión. Pero como, a la recíproca, tampoco sería justo reducir a ese, después de todo, casi íntegro policía al vértigo de lo inmediato –en

el sentido de una acción con la que se enfrentara y resolviera, como si ese modo lo entusiasmara enajenándolo al mismo tiempo respecto de algo más trascendente–, se puede suponer o imaginar que el episodio de la pelea fraternal, por decir así, le resonaba de una manera particular, como si tuviera que ver con algo diferente a lo que se puede llamar «crisis de la familia», que también de este modo se puede entender lo que había ocurrido un rato antes en esa casa ahora apagada y silenciosa, algo vinculable a otras inquietudes.

Por eso, más que por celo profesional, regresó a esa esquina de Quintana y Viamonte, en pleno corazón de Los Troncos, sin haber interrogado a los hermanos –que se serenaran fue sólo una fútil razón para darse tiempo a sí mismo a fin de explicarse esas sensaciones– y mucho menos al padre, no habiéndolo hecho con la madre ni con los niños, de modo tal que su intervención primera podía parecerse más a un baño de aceite sobre un oleaje embravecido que a la instancia enceguecedora de la ley encarnada en sus atribuciones. Quería, al volver ahí, suponemos, hacerse una idea del ambiente, quería saber qué relación podía haber habido entre ese interior de casa modesta en un barrio rico y un arma hallada en el bolsillo de ese hombre rubio que se había peleado ferozmente con su hermano morocho, con el apoyo afectivo e intelectual de su madre que, con tal de verlo ganar, se desinteresaba de los platos rotos y del mal

ejemplo dado a los menores y aun de la desesperación de su marido, un anciano que debía haber contemplado, en esa pelea, el derrumbe de una casa que tal vez había logrado construir con ímprobo esfuerzo, como se suele decir cuando se quiere rendir homenaje al anónimo heroísmo de tanta gente cuya meta es sólo llegar a vivir en paz y con bien merecida tranquilidad.

No puede dejar de pensarse que el inspector Malerba se sintió atraído por la situación; es imposible que no se hubiera detenido en lo que la actitud de esa madre podía significar: ¿defendería tan sólo a su preferido nada más que por eso, porque era su preferido, o había otra cosa en juego? El odio, se sabe y se dice, es ciego pero no gira en el vacío, siempre hay algo que desencadena su oleaje, palabra evocadora por cierto, y tiende a alguna finalidad, eso debía tenerlo presente Malerba; pero si por un lado lo que lo desencadenó podía ser muy bien una trivialidad, quién trincha el pavo por ejemplo, su tendencia como odio no debía ser algo equivalente y trivial, debía, quizá Malerba se lo decía, ser algo fuerte, una complicidad visceral entre madre e hijo, un lazo o vínculo sagrado y, por lo tanto, como entre las fieras, la mera existencia, o cierta acción, del otro hijo, implicaría una amenaza para ese lazo pero cuál, qué cosa estaba en juego en esa pelea tan salvaje, más todavía por haberse dado entre hermanos cuya ley primera, no decimos nada nuevo, es ser unidos, al

menos en esta cultura, vaya uno a saber si en todas.

La casa, se dijo, estaba silenciosa y oscura, parecía abandonada, tan sólo una hora, a lo sumo, después de tan tremenda gresca; por otra parte, como el inspector no había tomado la precaución de hacerla vigilar –inútil empeño en una noche como ésa, con casi todo el personal de franco, festejando en sus casas–, lo que no parecía ser importante, ya que el asunto era objetivamente de poca monta y podía ser puesto en la larga cuenta de hechos menores del último día del año, nadie le informó, ni podía hacerlo, acerca del momento en que esa madre salió llevándose a sus dos hijos menores, mucho menos del lugar al que se encaminó. De modo que, después de mirar la casa por todos lados y de apreciar su construcción, en el caso no se podía hablar de arquitectura, sin poder ir más lejos que la oprimente sensación que suele producirse, aunque no se tenga una exacta noción de lo que sucede, cuando se establece contacto súbito con un ideal concretado de la clase media, cuando se lo ve ahí nomás y uno no puede engañarse acerca de su sentido, cruzó la calle y se puso a observar la casa de enfrente, muy contrastante, en la esquina misma, con un cerco que daba a dos calles. Un vasto jardín cuidado por un perro a primera vista algo celoso, buenas luces bien distribuidas entre árboles vigorosos, algún cedro inclusive –la zona marítima es apta para las especies coníferas–, un

césped brillante y sano y, más adentro, la casa propiamente dicha, de estilo ¿californiano?, en la que un grupo de personas, se las veía desde la calle, se desplazaba con brío, viejos y jóvenes por igual, entre los muebles que, vistos a lo lejos, entrevistos desde el exterior, expresaban reposo o firmeza, no precariedad.

El inspector Malerba se dio a conocer y enseguida lo hicieron pasar pero, cosa curiosa, los dueños de casa no lo condujeron a un escritorio o biblioteca ni adoptaron ese tono entre confidencial y temeroso que se suele adoptar cuando la policía llega a una casa en medio de una fiesta y se hace anunciar cortésmente, sino que lo integraron a la fiesta, como si fuera un invitado más que sólo llegaba tarde y, al demorarse, podía perderse algo de una magnífica comida. Malerba, nos ponemos en su lugar, debía estar asombrado, sólo dos horas antes había creído que no le iba a quedar otra que entretenerse, sólo por calmar los nervios, con alguna loca encerrada en una celda sucia como modo de celebrar el paso de un año a otro y, de pronto, estaba en una sala iluminada y brillante, rodeado de gente decente y hermosa, mirando con ojos de niño huérfano montes de alimentos cuya sola visión satisfacía todas las expectativas que en esa materia se podían tener y no sólo él, de gusto muy moderado y popular, sino cualquier conocedor, gastrónomos refinados inclusive. Se dirá que estas reflexiones tienen poca grandeza y que no es

posible que, teniendo que resolver crímenes espantosos, toda la preocupación, y el desasosiego y el sentimiento de frustración del investigador se centraran en la cena de fin de año; pero si no es así en todos los casos lo es en éste, el ser humano es una mezcla de afectos triviales y acciones heroicas y el inspector Malerba era un buen ejemplo de esa forma de humanidad.

Y si nos pusimos, en uso de una prerrogativa indiscutible, no una sino varias veces, en el lugar del inspector, también podemos hacerlo en el de los dueños de casa –Pugliese por el lado del marido, Simone por el de la mujer–, que si invitaron al policía a compartir la fiesta no procedieron así por compasión navideña ni por simpatía ideológica, pocas personas admiran tanto la labor de esos servidores del orden como para invitarlos a compartir sus mesas, a veces con razón, otras por una repugnancia innata que puede ser un residuo anarquizante difícilmente erradicable, sino por curiosidad –ver qué efecto producía esa presencia entre los miembros de la familia– o por esa veleidosa y errática pretensión de hacer cosas inesperadas, tan propia de gente afortunada y, por qué no decirlo, aburrida de sus propios y personales conflictos y, sobre todo, de las conversaciones familiares o sociales un tanto repetitivas y estúpidas, aunque en esta ocasión lo que estaba instalado era el episodio callejero del que esa casa fue un resonador activo, fueron los Pugliese-Simone los que escucharon al hombre

viejo, lo vieron salir disparado de su casa, llamaron a la policía y por fin lo auxiliaron hasta que vino la ambulancia y todo se encauzó.

La reunión, informal y alegre, con autoservicio –en una mesa grande, iluminada con velas floridas, brillaban fuentes llenas de comida, paté de pescado preparado como mousse y pescados, sin duda salmones, reconstituidos y colocados en fuentes ovaladas, aspics, pavos rellenos con ciruelas y acaso castañas, ensaladas verdes resplandecientes de aceite de oliva, ensaladas rojas saturadas de pasas de uva, carnes en adobo, helados de sambayón y tarte Tatin y, para asombro de los inexpertos, calabacitas en pesadumbre y caracoles bordeleses que, a fuerza de hojitas de perejil nadando en manteca, parecían desplazarse en sus recintos de plata, atravesados por los reflejos de colores que venían de esos extraños candiles de flores pegadas en los robustos cilindros transparentes–, permitía, sin embargo, que se conversara acerca de esa violencia, sobre todo Elizabeth Simone, la señora de esa casa, que hizo la mayor parte de los relatos que necesitábamos conocer, por un lado el inspector Malerba para redondear sus informes y explicarse, si lo que ella contaba corroboraba sus difusas sensaciones, por el otro nosotros para poder seguir narrando esta historia y poder articular lo que hasta ahora pueden parecer situaciones inconexas, sin otra vinculación que haber tenido como escenario esta ciudad y como encargado de entenderlas al oscuro inspector Malerba.

Como si no hubiera venido a investigar, lo vemos ahora comiendo, escuchando y observando un ambiente en el cual un viejo reloj de pie, en pleno funcionamiento, indicaba cierta fuerza selectiva y un gusto certero por las cosas bellas, cualidades propias de un sector social al que, desde luego, el inspector Malerba no pertenecía aunque ahora compartiera los deliciosos volovanes rellenos de mariscos que sobraban, se diría, por su abundancia, en esa mesa.

El inspector Malerba no observó, y en eso le damos la razón, los comportamientos de ese conjunto que tan regiamente celebraba; tampoco las colecciones de extraordinarias conchas marinas encerradas en armarios iluminados por focos escondidos que arrancaban del nácar matices sutiles y profundos. Tampoco la maravillosa salamandra, apagada, que, construida por lo menos un siglo atrás, indicaba al mismo tiempo su marca de fábrica y los avatares que como objeto de uso y luego de adorno había sufrido. No hablemos de los anaqueles de libros encuadernados, cuyos títulos, grabados en dorado, se podían captar a la distancia, ni los múltiples adornos, exóticos unos, de modernísimo diseño industrial otros, adquiridos, de eso no hay duda, en las mejores tiendas, en los anticuarios de Florencia unos, en las boutiques del Soho los restantes.

Si todo, objetos, ambiente, personas, importaba por lo que era, por su valor intrínseco, no ocu-

rría lo mismo a los efectos de la narración, de modo que dejamos atrás la descripción de ese conjunto, lo consideramos simplemente como componente de la atmósfera o el ambiente, un tanto insólito teniendo en cuenta dónde y cómo se hacen las cosas policiales, en el que los Pugliese-Simone proporcionaron información sobre el grupo humano que un par de horas antes fue visto con espantado estupor, tanto porque un hombre viejo sufrió lastimaduras en el cuerpo a raíz de que las estaba sufriendo en el alma y dos hermanos estuvieron a punto de matarse o uno de matar al otro mientras dos niños se acechaban para hacer lo mismo y una mujer azuzaba a uno de aquéllos en contra del otro, los dos sus propios hijos. Visto de este modo, una auténtica tragedia griega, sólo que los dioses estaban ausentes y los hombres, por misteriosas razones, parecían encerrados en sus términos trágicos.

No queremos dar la ilusión de un relato verdadero ni tenemos el prurito de la exactitud, mucho menos de la fidelidad a ciertos modos de hablar, pintorescos o no, nos referimos al habla de los asistentes a esta fiesta; además, pintorescos no debían ser. En consecuencia, pasando por alto quién contó y cómo lo hizo, qué muletillas o qué entonaciones empleó, qué interpretó o recibió el interlocutor y qué le quedó de lo que le fue transmitido –su atención no estaba, tampoco, después de haber comido espléndidamente, en su punto

más alto–, ignorando, inclusive, personalidades e historias de esta familia y aun conflictos o mitos acerca de su riqueza o tal vez sólo bienestar, nos concentraremos, sin dejarnos distraer, en los elementos que pueden confluir en la historia que desearíamos recomponer yendo más lejos, a veces, en el orden de las consecuencias, que sus propios actores; por otra parte, damos por hecho que lo que ahí se dijo se incorporó al conocimiento que de ello podía tener el inspector Malerba por haber visto tan sólo en qué lamentable escena terminó.

6
Un auto lleno de hombres

Retomamos, entonces, los relatos acerca de esa familia visitada ahora por una desgracia que si no llegó a mayores fue por la oportuna salida de su jefe, civil al menos si no de hecho, a la calle, lo cual convocó intervenciones que, finalmente, evitaron alguna muerte sin impedir que continuara su destructiva obra la disolución moral, que acaso sea más grave que la muerte, que la aquejaba. Y, para ordenar esos relatos, se impone la imagen de un origen, que es como comienzan siempre los relatos clásicos.

¿Llegó esa gente alguna vez a esa casa o estaba allí desde siempre? La pregunta, que recuerda antiguos versos, semiolvidados, adecuados para iniciar sagas heroicas, aunque tenga un tono mitologizante no es vana porque un día, de pronto, se los vio, es como si hubieran hecho una aparición en esas calles, el hombre más viejo saliendo temprano y volviendo tarde, la mujer en la casa, mostrándose apenas, lo suficiente sin embargo para que se le notara un gesto de enojo y fiereza. A lo mejor orgullosa, o retraída, pero ¿de qué y por qué? En el

primer caso podría ser de una prosapia, en ese barrio abunda la gente así, o culpable en el segundo, en todos los barrios abunda gente así. En los primeros tiempos, es decir cuando apenas se tomó conciencia –cuando los vecinos la tomaron– de que ahí estaban, sólo parecían tener dos niños pequeños, uno rubio y hermoso, ágil y vivaracho, el otro morocho y desgarbado, acaso tímido frente a la desenvoltura del primero; muy pronto, aquél, el rubio, ocupó la calle a la manera en que ciertos niños –hay una tradición al respecto– ocupan las de los barrios peligrosos de ciudades más grandes, antes ocurría en Buenos Aires, ahora se nos muestra que ocurre en Nueva York, no es frecuente que suceda en este reducto marplatense, tranquilo y armonioso, donde nadie se hace ver, se sabe que hay niños porque vienen autobuses escolares a buscarlos para luego traerlos pero no se los ve afuera, no acostumbran a formar pandillas ni están inventando modos de demostrar que son los propietarios de ese espacio común llamado calle. Sería tan sólo un chico movedizo, hay que beneficiarlo con el principio de la duda, pero pronto se vio, narraban los vecinos, que en su modo de estar presente o, mejor, de hacerse ver, lo suyo era algo más que mera inquietud juvenil, era, hay que decirlo redondamente, un chico malo pero, no está reñido con ese concepto, también era seductor. Y quienes lo afirmaban evocando los primeros momentos de la, por así decir, relación, los Pugliese-Simone, sa-

bían de qué hablaban. Todo empezó con sus llegadas a la casa, de los Pugliese, a pedir, como todo niño argentino, con cara de inocente y una desarmante amabilidad, una pelota que había caído en el jardín, era difícil que él la pudiera recoger a causa del perro, inocente pero impiadoso animal que bien podía devorar a un intruso, así fuera un candoroso niño; pero después de un par de veces a cada rato tocaba el timbre y si no era la pelota era alguna otra cosa, daba la impresión de que su capacidad de pedir era inextinguible, en realidad, conjeturó en su momento Elizabeth Simone, y lo dijo ahora, la casa lo atraía, lo que no dejaba de halagar a sus habitantes o de exaltar sus sentimientos piadosos, por contraste con los que se le podían atribuir a su perro, o patrióticos, a veces la gente sensible a las diferencias sociales se siente patriota cuando percibe que lo suyo propio, que vive como una suma de privilegios, considerándolos, de buena fe, por ser buena gente, arbitrarios, es estimado o admirado de tal modo por los pobres que esa estima o admiración constituye una oportunidad de darles cauce compartiéndolos, los privilegios, un poco, mediante el sencillo expediente de invitar a entrar a quienes lo manifiestan creyendo que con tal abierta actitud reducen un tanto la mencionada arbitrariedad.

Poco tiempo, como es corriente en estos casos, pasó y, sin mayores consideraciones populistas ni infantilistas, también sin mayor análisis, fue invi-

tado a jugar con los niños de la casa, claro que no en la calle sino dentro, cosa que el invitado no sólo aceptó con entusiasmo sino que no tardó en convertirse en el autor de las iniciativas más brillantes; algunas, como empezar a matar pájaros con una honda hábilmente dirigida o ponerle cosas feas en el agua al perro, cucarachas o ratones, asustaron a los pequeños pero el chico rubio –ya se sabía que se llamaba César Contursi– no se frenaba por ello ni dejaba de producir nuevos engendros lúdicos: una energía superior guiaba su imaginación. Visto desde afuera, era como si tuviera un plan o un propósito: convertir al grupo de angelitos en una banda muy audaz o algo así, de la cual pretendía ser el jefe, acaso para un poco después, completada la etapa de la organización, lanzarse a empresas mayores. Su hermano, ahí se supo que era un poco mayor que él y del que se burlaba cruelmente con sarcasmos no muy comprensibles para los niños, como decir que era tarado, estúpido, negro y puto, que se llamaba Daniel, no venía nunca, nunca, obedeciendo la norma implícita del barrio, estaba en la calle, si se observaba un poco se advertía que salía temprano, junto con su padre, no lo venía a buscar ningún autobús, seguro que iba a la escuela, y que parecía triste y solitario sin que, visto a lo lejos, los adjetivos antes enumerados por su hermano menor parecieran serle aplicados con justicia en lo intelectual, en lo pictórico ni en lo sexual. Extraña situación la de

estos hermanos: la relación fraterna, ni qué decir que en suspenso, y que los Pugliese padres conocían por relatos de los Pugliese hijos, daba lugar a toda clase de conjeturas acerca de lo que podía estar pasando en esa casa. Nadie, por más desprevenido o desprejuiciado que fuera, podía dejar de pensar en que en esa casa ocurrían cosas raras, particulares, casi se podían sentir las malas ondas que salían de esa puerta siempre cerrada, invulnerable a la curiosidad popular, y cruzaban la calle inundándola de auras mefíticas.

El creciente temor de los niños Pugliese a las invenciones de César llevó a desalentar los juegos en el jardín y el chico, evidentemente resentido –no dolido porque después de cómo se lo vio en la noche del 31 de diciembre es difícil atribuirle ese sentimiento–, dejó de venir después de algunos desacuerdos metodológicos podríamos decir, pero empezó a merodear, se conoce la diferencia. Cada vez que alguno de los Pugliese salía a la calle se topaba con él, sentado en el umbral de la puerta de su casa, enfrente, mirando con ojos turbios y torvos, amenaza de doce años de edad, un abismo tras esa mirada, en ese cuerpo esbelto y, sobre todo, en la cabeza radiante. Al comienzo, los Pugliese se sintieron mal por la segregación a que habían sometido al chico, no por su voluntad pero tampoco del todo sin deseos de hacerlo, pero esa sensación de incomodidad se desvaneció cuando encontraron en el jardín un gato destripado, en estado ca-

davérico, y atribuyeron, sin vacilar, ese oscuro acto de justicia, valga la resonancia de la frase, a ese réprobo cada día más temible. Lo suyo era la maldad. Y si en las conversaciones pudieron tender a la generalización y suponer que la casa siempre cerrada de enfrente era un antro, bien pronto tuvieron que admitir que no era así o que podía haber algún matiz, cuando advirtieron que el otro niño, Daniel, tras su aspecto contenido, era el polo opuesto, la bondad activa, se lo vio ayudar a alguna anciana, se supo que estudiaba con ahínco, que era un buen compañero y muchas otras cualidades, tal vez un poco convencionales, de acuerdo, pero tranquilizadoras, hay que admitir que la bondad es a veces menos interesante que la maldad, pero no por eso hay que exaltar a esta última ni nadie –o muy pocos: casos ha habido de gente que exaltaba su propia maldad– se anima a declarar que su mayor aspiración en la vida es convivir con ella; por lo general más bien se la rehúye, o quizás eso sólo sucede en este país, de vocación tan pacífica, tan respetuoso, el país, de lo humano en general y de los animales en particular, como se podía apreciar en los tiempos que ocupan este relato. Esa comprobación hizo que los Pugliese-Simone repararan en esa curiosa –y anómala desde el punto de vista de los prejuicios más corrientes– distribución: el ángel rubio era en verdad un demonio, el criollito moreno, más bien feo, un ángel.

La sorpresa por este resultado del examen no

se detuvo en los comentarios, se había producido una rara, adjetivo pobre para calificar lo que ocurrió, verificación; uno de los niños Pugliese, la niña más pequeña, cuando todavía César los visitaba y trataba de ejercer su maléfico liderazgo, empezó a extrañar un juguete, en sí mismo algo poco importante pero valioso para ella y, sin dificultad, se llegó a la conclusión de que César podía habérselo llevado, en ese momento por distracción, los niños se apropian de las cosas que les gustan, todos son un poco amorales en materia de propiedad, tienen de quien aprender, conclusión que, tratándose de niños y del mundo en el que vivimos, no tiene, pese a la palabra «amoral», gran trascendencia, son así y nada más. Por lo tanto, la señora Pugliese, *née* Simone, como ya se dijo, se propuso recuperar el objeto cuya falta afligía a su hijita y, sin pensarlo dos veces, como se suele decir, cruzó la calle, llamó a la puerta y, atendida por la persona que llamaremos «la madre», se vio de pronto, azorada, metida en una verdadera batalla: la madre le gritó, la insultó, era lo más parecido que se podía encontrar, en la vecindad por lo menos, a una furia clásica, una mujer alterada dispuesta a arañar para salvar el sospechado, pero para Simone y para nosotros, sospechoso honor de su hijito, rubio y ladrón, asesino de gatos, potencial cabecilla de una gavilla, todavía no organizada, de jóvenes delincuentes.

En el relato de esta anécdota, que Elizabeth Si-

mone hizo acentuando ciertas palabras en detrimento, quizá, de otras, por ejemplo «batalla», «furia», «gatos» y «delincuentes», el inspector Malerba halló una evidente semejanza con la situación que había presenciado un par de horas antes: la mujer se había indignado en aquella lejana ocasión porque alguien, una señora incapaz de acusar a nadie porque sí pero al mismo tiempo con toda la firmeza que otorgaba una auténtica sed de justicia, ponía en cuestión a su hijo pequeño y rubio y también, en otro contexto, a punto de trinchar un reluciente pavo para que todos comieran, rubios y morenos, a nadie se le niega pavo en Año Nuevo así sea moreno, parecía dispuesta a matar para que no le arrancaran de sus brazos a un hijo grande y también rubio, dispuesto, a su vez, a matar a su hermano moreno; era evidente que la balanza afectiva de esa mujer se inclinaba en favor de unos y sus pigmentos y en detrimento de los otros y sus pigmentos: ¿sería igual de odiosa respecto del moreno pequeño, el llamado Daniel? Que amaba a los primeros, no cabe ya duda: debía odiar, en virtud de un geometrismo implacable, a los segundos. ¿Todos serían sus hijos? Malerba no estaba en condiciones de inferirlo pero, sin duda, en esta distribución, amar con locura a unos e intentar, no con menos demencia, eliminar a otros, reaparecía en lejanía algún mito clásico, grecolatino y, quizás, azteca, reminiscencias de la Coyolxauhqui, remota diosa que sacrificaba a sus hijos despeñándolos.

Pero los Pugliese-Simone tenían algunos datos más que no dudaron en aportar: una noche, sería en el otoño, se escucharon ruidos y voces a través del jardín y de la calle; el perro ladró con fuerza, inquieto; para calmarlo, el señor Pugliese salió de la casa y allí, entre las plantas, pudo ver que un auto lleno de hombres estaba detenido enfrente, junto a la puerta de la casa de los Contursi; reconoció ese vehículo pese a que no tenía placas, tal vez por eso lo reconoció; era, cualquiera se da cuenta, un Falcon. El señor Pugliese no empleó la expresión «caras patibularias» para designar a esos hombres porque no sabía con exactitud con quién estaba hablando, por ahí, si la empleaba, podía ofender a su interlocutor que, después de todo, por ser policía, estaba, es una conjetura, más cerca de los así designados que de él, pero, pese a sus cuidados verbales, que bien pudieron dar lugar a críticas despiadadas, apenas Malerba se fuese, por parte de sus hijos mayores, enemigos de ese estilo y, sin duda, molestos por tener que convivir en fecha tan íntima con un representante de una Ley no precisamente simpática con los jóvenes, se puede suponer que así vio esas caras y que Malerba bien pudo darse cuenta de que así pensaba, bastaba ver cómo evitaba emplear ciertos términos para darse cuenta de que sólo en esos términos pensaba. Algunos de esos caballeros, eso sí lo dijo, estaban bajando del coche cuando él los divisó, otros quedaron dentro pero lo que lo golpeó, la imagen

que se le hacía inolvidable, ahora que ataba cabos, era la de un hombre rubio que brotaba, como una lámpara, del auto, resplandeciente su cabeza bajo la pálida luz del alumbrado, tan parecido ese hombre al conocido y ahora puesto a prudente distancia César Contursi. Pugliese no había visto nunca a ese hombre y, dejando de lado las semejanzas, acaso por la sorpresa que le causaba ver en persona lo que entonces se llamaba un «operativo», creyó por un momento que, como era habitual –tampoco empleó esa expresión–, el grupo entero estaría cercando a alguien en esa casa, ¿quién sería?, ¿el señor Contursi, tan pacífico él?, que esos sujetos irrumpirían derribando la puerta, sin dar tiempo a la fuga y, rompiendo muebles, sembrarían –no lo dijo– el terror. Pero no fue así, nada de eso ocurrió: el hombre rubio se separó del grupo y dijo algo, sin duda que se quedaran en la acera porque eso hicieron, luego se acercó a la casa, sacó una llave de un bolsillo –Pugliese no dijo cuál–, la introdujo en la cerradura, abrió la puerta y entró con el aspecto de quien llega a su propia casa y, enseguida, los demás hombres se metieron en el Falcon que, como a regañadientes, se puso en marcha y se deslizó ronroneando por la calle solitaria. Era su propia casa, en eso no había error y, por el modo en que despachó a los que habían llegado con él, era alguien principal, no era un cualquiera en el orden de ese grupo.

Poco tiempo después, el señor Pugliese obser-

vó otra cosa, un cambio completo de escena; esta vez fue por la tarde, también en otoño: la luz declinante recortaba las figuras en la calma vespertina y, se puede imaginar, pudo haber habido en ese instante un acceso de tristeza marítima, algo así como un íntimo y secreto tropel de restos náuticos inundando los barrios que pretenden gozar de lo que tiene el mar sin padecer el desgaste que produce, tan evidente en las construcciones que están en la costa. Es probable que todo esto lo sintiera –conocía estas sensaciones, mucha gente es sensible al otoño, percibe sus menores melancólicos matices, pasa meses sin alegría y sin saber por qué, de pronto, cambia de talante y todo le parece diferente– y casi imposible que lo enunciara de este modo, ya se sabe, lo conocido por conocido es desconocido, cuando, al llegar como todos los días a su casa, estacionó su coche en la calle, frente a la puerta y, distraídamente, vio que enfrente, a pocos pasos, venía el hombre viejo, el señor Contursi, acompañado, sostenido se diría por la expresión benevolente que dispensaba, por un hombre joven que él nunca había visto por ahí, era morocho, y tenía un extraordinario parecido con el niño Daniel, era su versión agrandada y Daniel el objeto en abismo de su figura, réplicas en joven, por otra parte, ambos, del hombre viejo. Se detuvieron frente a la puerta y el joven abrazó al viejo, éste le dijo algo, por los gestos quizá lo invitaba a entrar pero el joven se negaba moviendo, tristemente se

en estos casos, la cabeza hasta que terminó irse, ensombrecido, era evidente, pero tampoco el viejo quedaba contento, Pugliese se dijo, y lo recordó, «era como si tuvieran una pena muy grande», pero, también, como si hubiera entre ellos afecto o amor o algo así, conclusión que no por sentimental tiene que ser rechazada o examinada con reticencias.

Sobre esta masa de informaciones, que los Pugliese-Simone le transmitieron, habían construido ya desde antes, sobre todo Simone, varias interesantes –lo decimos nosotros– lecturas que el inspector Malerba no dejó de aprovechar para armar la suya propia aunque tal vez él no le hubiera puesto ese nombre, lectura, le bastaba con denominar interpretación a un juicio que no implicaba una verificación fáctica ajustada. En esa elección terminológica, interpretación en vez de lectura, repetiría, sin saberlo por supuesto, el gesto de muchos psicoanalistas para quienes, siendo la interpretación un útil muy eficaz, de ninguna manera renunciarían a su uso, a pesar de que ciertos avances teóricos en ése y en otros campos científicos pudieran aconsejar la sustitución por la lectura. Sea como fuere, muy pronto se verá que tales lecturas, llámeselas como se quiera, no serían desechables, incluso estaban en el aire antes de empezar a configurar el relato, todo relato tiene un punto de partida aun si no se puede afirmar con fórmulas tajantes dónde está, dónde radica y si

permanece o desaparece en los meandros que sigue una escritura que, como ya está bien establecido, tiene una lógica propia, su principio a veces está en su final, a veces se oculta en algún recoveco y, por más que su desarrollo aparezca como articulado y lineal, su proceso es accidentado y transcurre entre anfractuosidades, no se puede saber cómo se desencadenó ni qué lo desencadenó.

La primera de esas lecturas/interpretaciones –contentemos a todos– era descriptiva pero sinóptica: la familia Contursi, por lo que ya se ha venido a saber, estaba compuesta por ese hombre de edad, tristón y trabajador, de sol a sol, una mujer que debía ser su esposa, temperamental y violenta, dos hijos grandes, uno rubio, que descendía por la noche de un Falcon sin placas y otro moreno, que renunciaba a entrar si no a su casa a la de su padre y, simétricamente, dos hijos chicos, uno rubio y prometido a jefe de pandilla y otro moreno, estudioso, tímido y afable, unos quince años menores, estos dos, que los mayores.

La segunda de esas lecturas, algo más penetrante, sugería que la mujer, sin duda madre de los cuatro, había dado hartas pruebas de sus sentimientos, detestaba a los hijos morenos, más parecidos al padre, y adoraba a los rubios, no siéndolo ella en particular, su pelo era, como el inspector Malerba lo pudo vislumbrar apenas cuando entró a la casa y la vio desorbitada y feroz, ceniciento, sin brillo, sin que se pudiera afirmar que había si-

do antes de tal o cual color. Los rubios, a su vez, protegidos por la madre, eran o podían ser malvados, los morenos respondían a otro patrón.

De paso, digamos que Elizabeth Simone de Pugliese experimentaba en su relato un particular regocijo al examinar esa curiosa distribución, maniqueísmo puro de la genética o del amor, y desplegaba, al respecto, una apreciable erudición literaria, de filiación naturalista, que el inspector Malerba no comprendía del todo. A decir verdad, le parecía raro que, en medio de su propia fiesta, y como si fuera no naturalista sino natural, le mencionara nombres como Eliseo Reclús, José María Ramos Mejía o Guy de Maupassant. Para excusarla, porque podía aparecer como excesiva, habrá que suponer que había pensado bastante en esa familia y por ello establecía relaciones interesantes con su propia experiencia intelectual y eso se comprende porque cuando aparecen anomalías o violencias, radicadas en tipos tan característicos, surge una inquietud que sólo una explicación científica o antecedentes literarios pueden calmar. Hecha esta exhibición, que sedujo al inspector Malerba sin comprometerlo –el punto culminante de su desconcierto se produjo cuando, después de mencionar a José Ingenieros, conjeturó que entre locura y delito la frontera prácticamente no existe, que no se puede negar cierto determinismo biofiláctico y que cuando hay degeneración el mecanismo social se ve afectado lo que, de paso, implica una teoría

de la significación que une extremos tan feroces como la obsesión genética y la norma moral–, los datos siguieron fluyendo y el mecanismo sinóptico volvió a ponerse en movimiento. Simone, hay que reconocerlo, crecía con sus explicaciones y todos, en especial Pugliese, la admiraban, él reverenciaría esas cualidades expresivas que no se oponían a otras, se añadían por el contrario, más íntimas tal vez, sin oponer un límite crítico entre ambas esferas. ¿Pensaría el inspector Malerba en el sabor añejo que radicaba, eso es nuestro, en esas expresiones y esas citas?

De aquí, la tercera lectura: los hijos grandes de esa familia que, si no fuera por tan evidentes irregularidades, podría ser una más, familia tipo, de tantas que arrastran su existencia por las ciudades, por cómo se los veía llegar o por cómo no querían entrar, esos hijos mayores, no vivían en la casa y, a la luz de lo que había pasado horas antes, no se soportaban pero, además, había más contrastes entre ellos, cosa que no escapaba a la sagacidad de los Pugliese-Simone: el rubio, por empezar, se movía por la noche sin ser por fuerza fotofóbico –no era albino–, y siempre acompañado, el moreno durante el día y solo. Como en los chicos menores los comportamientos eran relativamente similares, no calcados, lo parecido no es lo igual, se podía concluir que los personajes de interés no eran los morenos, ni siquiera se los podía observar; los rubios, notables en lo físico y

agresivos en lo psicológico –la pelea de la noche lo denunciaba para el más grande, el relato de los Pugliese para el más chico–, parecían seguir una disposición genética que les vendría por el lado materno, de cuya fiereza se habían recogido muestras, no por el del padre, cuya mansedumbre y actitudes ordenadas, al menos en lo exterior, negaban, puesto que parecía ser el padre de unos y otros, la idea de factores hereditarios implacables; en todo caso esos factores actuaban salteado, un hijo moreno bueno, uno rubio malo, otro hijo moreno bueno, otro rubio malo. ¡Qué ruleta!, pudo decir el inspector Malerba, es difícil saber qué historia está por detrás de esta alternancia pictórica y moral. ¿O el padre no sería el padre de todos?

Dejemos de lado cualquier prejuicio o toda posible mala voluntad, aun reconociendo que es difícil simpatizar con personajes que odian y quieren destruir, abandonemos toda prevención respecto de comportamientos chocantes y así y todo y pese a que tan sólo se trata de una gresca, entre tantas, de la noche del 31 de diciembre, noche que, entre las muchas magias que despliega, como las de Walpurgis en otros lugares del mundo, produce rencores y solapados enconos, la esperanza de un año que se inicia o el balance del año que se va despiertan de pronto malos sentimientos en algunos seres, ideas confusas acerca de quién tiene la culpa por algo que no anda o un dolor que se sufre, no podemos dejar de pensar con preocupación

que en ese incidente entre hermanos hay algo más, así como en esa familia en la que la adoración ciega se disputa el espacio con el desamor más extremo y aberrante.

Los datos proporcionados por los Pugliese son tan articulados que les falta muy poco –y ésta sería la cuarta lectura– para poder declarar que lo que ocurrió tenía que ocurrir, tarde o temprano, aunque tales datos no alcanzan, en particular, para entender cómo fue que al fin ocurrió. Dicho esto con toda frialdad. Pero no se puede ser tan frío y el relato lo sabe. De ahí que surja una nueva cuestión, que el inspector Malerba recoge de labios de los Pugliese, una azorada pregunta, que más tiene que ver con los abismos del alma humana que con un caso en particular. No es él quien la formula y ni siquiera se la formula a sí mismo, pero está en el aire y afecta menos al objeto de la pregunta en sí, que quedará ahí, misteriosamente encerrado en su modo de padecer el conflicto, que a quienes han tenido que acercarse a él para entenderlo, si entender es no sólo establecer una cadena causal, a lo que hay marcada inclinación en toda pregunta policíaca, sino, sobre todo, si es asomarse a un conflicto o problema o enfermedad sintiendo la fuerza de lo que es como tal, lo que en otros términos se diría su legitimidad, pero en simpatía con aquello que se pone en la mirada del que entiende, no por fuerza juzgándolo con encono. Compleja digresión, es verdad, que se vincula con

situaciones que no explicaremos pero que queremos implantar en medio de una conversación regada por buenos vinos pero dirigida, tal vez sin tener una clara conciencia, a esclarecer cuestiones en apariencia corrientes pero que se vinculan con otras más graves. No lo sabían los Pugliese-Simone, lo sabemos nosotros y el inspector Malerba estaba empezando a saberlo.

Acaso la intuición de que esto era así, y no la excelente comida, ataba al inspector Malerba a ese relato que, digámoslo en honor de quienes lo hacían, tenía mucho más sabor que el que nosotros logramos transmitir pero al mismo tiempo podría ser considerado trivial, en sí mismo, dada la insignificancia de sus elementos, salvo, claro, el hecho de que uno de sus actores estaba vinculado, y eso era más que evidente, al aparato de la represión que, aunque clandestino y solapado, tenía cierto prestigio en el país.

La pregunta, que abre a una quinta lectura, más grave, es: ¿qué clase, qué tipo de inteligencia se necesita para entender y tal vez admitir una situación familiar semejante, tan depravada, ordenada, estructurada se diría –porque tiene un orden y una estructura– por un odio sin límites? Que una madre tenga preferencia por un hijo en lugar de un amor equidistante y armoniosamente dispensado sobre todos por igual se puede aceptar y es bastante frecuente que suceda, pero que odie a uno de ellos, salido de su propio vientre, como

suele decirse, hasta el punto de impulsar al otro, al preferido, a que lo elimine, es cosa de no creer o, si existe, debe de haber una razón, sea o no admisible, una razón muy fuerte como, por ejemplo, que habiendo salido ambos de su vientre, las simientes de las que fueron frutos hayan sido implantadas, en ese vientre, por órganos diferentes, dos órganos y no uno solo. En suma, que casada con el humilde, laborioso señor Contursi, esa mujer a la que dos veces hemos visto o dos veces nos ha sido mostrada como una furia desmelenada y obscena en su agresividad, haya sido fecundada –hasta esa gente tan estéril en sus sentimientos es fecundada– por otro hombre, diverso del señor Contursi, dos veces por lo menos en quince años, tal vez más veces, alguien a quien esa gorgona filicida veneraría y adoraría –muchas personas emplean el verbo adorar para indicar una consagración absoluta de una mujer a un hombre– mientras despreciaba a quien tenía a su lado, no lo querría, le resultaría fatal estar con él, despreciándolo con tanto ahínco que también odiaba a sus hijos, despechada por no haber podido conseguir de tiempo completo a ese amante de quien tenía dos hijos, pero desplazando el despecho no sobre su causante, al que seguiría idealizando sin darse lugar para la decepción, sino sobre quien, pese a que le daba alimento y abrigo, le ponía en evidencia lo que le faltaba. Más aún, tal vez había tenido ese amante ya antes de ser fecundada por el señor Contursi, tal vez la obligaron

a casarse con el señor Contursi para tapar alguna situación socialmente inconveniente para dicho amante, y al ver que le nacía un hijo moreno se hizo fecundar por aquél, por encima de cualquier conveniencia, tal vez sólo para equilibrar y luego de quince años otra vez, por puro y cruel espíritu de proporción, como si la geometría se le hubiera introducido en los hemisferios cerebrales y cordiales, para no dar el gusto de una estructura triangular que, como se sabe, privilegia dos elementos contra uno –es una manera muy ruda de considerar un triángulo amoroso–. Y tanto era ese odio, pese a la proporción lograda –dos morenos y dos rubios que los neutralizaban– que si por un lado deseó que los rubios aplastaran a los morenos, por el otro hizo de sus predilectos dos malvados, uno el pequeño, capaz de matar pájaros y robarle juguetes a niñas inocentes, un merodeador lleno de piedras en los bolsillos –y no se diga que así son los niños porque así no son–, otro el mayor, miembro de brigadas que andan por la noche de la ciudad en autos sin placas, acechando a la gente o secuestrándola, en todo caso, y por ahora, al margen de toda existencia normal y decente, ave nocturna seguramente carnicera, sin Dios ni Ley.

Tal vez el inspector Malerba, que escuchó con atención, sostenida, la atención, por las atenciones de que era objeto en esa casa generosa en la que, por añadidura, existía una clara vocación por los relatos, no los organizó del modo en que acaban

de ser organizados: ni hacía falta ni tenía las inclinaciones literarias de Elizabeth Simone –lo que no es agraviante para con él puesto que también, como se ha visto, carecía de otras inclinaciones artísticas, pintura o música–, ni, en su opinión, necesitaría de ellas para ejercer su oficio, ignorando que todo oficio, y por qué no el policial, se vería beneficiado si se complementara con tales inclinaciones; en todo caso, esas carencias no dejaron de tener consecuencias desde el punto de vista de la interpretación, campo en el que tanto Elizabeth Simone de Pugliese como este narrador descuellan, cosa que si es sólo probable en el narrador, parece cierta y evidente en Elizabeth.

En cuanto a dicha interpretación, el inspector bien hubiera podido no dar importancia a esas peripecias matrimoniales y genéticas de la señora Contursi porque, después de todo, ¿a quién podía importarle que una mujer le ponga o le hubiera puesto los cuernos a su marido o que tuviera más inclinación por una cosa o persona que por otra?, pero no era así para Elizabeth Simone y ella se lo hizo ver con sólo poner un poco de énfasis en estas irregularidades. «¿Usted se imagina, le dijo, una doña Flor marplatense pero con resultados nefastos en la descendencia?» Rápido, el inspector Malerba se imaginó, tal vez porque pese a todo algo sabía de la historia del prestigioso Jorge Amado pero, sea como fuere, querríamos que quedara bien claro que no nos parece nada fuera de lo co-

mún su inicial y espontáneo desinterés: tantos manifiestan respuestas de ese tipo casi con orgullo, es gente que se precia de no interesarse en minucias, que insistir en el valor de lo contrario –interesarse porque una mujer furiosa le pone cuernos a su marido– suele ser considerado chocante y expone, a quien lo declara, a juicios muy adversos de los cuales el paso a la soledad es uno solo, siendo otro efecto probado el ridículo. No digamos respecto de historias de familia, que sólo arañan la superficie de la emoción –o interesan– cuando llegan a ser bien siniestras, nunca cuando son tenues y delicados bordados de relaciones sutiles, padres que se aman, hermanos que se respetan, e incluso estructuras mayores como pueden serlo las ciudades: ¿quién, por ejemplo, de los que llegan a Mar del Plata en el verano implacable para asarse en su famosa pero inhabitable Playa Bristol, se interesa por su historia o, como es nuestro caso, por las peculiaridades de su luz o por los crímenes que pudieran cometerse en el silencio de la noche y cuyo esclarecimiento está a cargo de policías aburridos que ya no distinguen entre lo que no ven y si algo ven resulta que es una masa indistinta en la que, para ellos, nada vibra, que parece carecer de significación?

Sin embargo, retomando el hilo del relato, cortado por digresiones sin fin y, para ser justos, sean desdeñables o estimables sus cualidades relacionales –las deductivas no cuentan porque son

propias de otra y superada técnica–, no se puede descartar lo que ya es un hecho comprobado, a saber que existen criaturas del sueño y verdades que produce el cansancio y aun, o tal vez sobre todo, la depresión. En el caso del inspector Malerba tal vez más el cansancio físico que la depresión, aunque quién puede estar al margen de patología semejante, tan difundida, un cansancio físico, insistimos, y quizá moral que, en ese aspecto, le prepara el terreno a la depresión, o, para resumir, las tres cosas al mismo tiempo a esa hora de la madrugada, cuando se encaminaba a su casa, ya no a la oficina de la comisaría, cumplido largamente su turno, un poco decepcionado de todo, no obstante que ni el paté de salmón ni la pavita le habían merecido objeciones. Tampoco, es verdad, la información que le proporcionaron los Pugliese-Simone con un entusiasmo encomiable, sin prevenciones y hasta con cordialidad, aunque daban, lo cual puede parecer exagerado, bastante importancia a un hecho en cierto modo trivial, la maldad de los rubios Contursi respecto de los morenos del mismo apellido, más todavía si se tiene en cuenta que en la noche de un 31 de diciembre se aflojan muchos controles y los sentimientos, malos o buenos, adoptan figuras caprichosas de todos modos reveladoras pero tantas que resultaría imposible tomarlas en cuenta. Conclusión normalizadora, no cabe duda.

Pero el sueño, el cansancio y la depresión tienen otra lógica y cada integrante de esta tríada si-

gue un plan a su modo imprevisible: lo que revela el sueño es, así, indeciso; a su turno, el cansancio suele ser equívoco en sus productos y, en cuanto a la depresión, que se arroga la lucidez, se excede, lanza a quien cree saber desde ella a conclusiones catastróficas o por lo menos desmesuradas. Pero, sea como fuere y en contra de lo que muchos creen, estos tres aparatos trabajan sin cesar y producen, por Dios que lo hacen. Esa actividad, de la que no se puede saber si dará o no dará resultados, de pronto cuaja, se concreta y permite, si quien está en cuestión es un investigador, científico o policial, emitir el famoso «¡Eureka!», cuya ausencia lamentábamos en los comienzos de esta narración. De pronto, alguien, recorrido por esos tres imprecisos caballeros como si fuera un campo inerte, tiene una revelación; eso, casi no es preciso aclararlo, es lo que le ocurrió por suerte al inspector Malerba. En función de ello, de pronto se le reveló, se le hizo claro, esencialmente al divisar a lo lejos, en el mar, un atisbo de luz en un tímido horizonte rojizo, en ese instante del amanecer, que dura muy poco, cuando el sol carece de fuerza todavía, que podía haber, que había alguna, y no escasa, relación entre rubios y morenos, no sólo entre los desavenidos hermanos Contursi, sino entre éstos y otra especie de fraternidad semejante, compuesta por cuasi hermanos, que eso son los concuñados, uno rubio, Luis Lepera, y otro moreno, Roberto Fresedo, si bien éstos, desde el punto de

vista social, muy lejos de aquéllos, Club Náutico y todo eso, pero en paralelo cromático indubitable. Se dirá que, como había revisado el expediente relativo al crimen de Fresedo horas antes, durante el final de un día muy propicio para la pérdida total del interés o, si se quieren ver las cosas de otro modo, para la atención flotante, se le había quedado en el espíritu una imagen contrastada que los relatos de Pugliese-Simone actualizaron, así debe ser, pero el hecho es que dicha relación se le estableció sólo en ese momento, no cuando escuchaba las vehementes explicaciones de Elizabeth Simone de Pugliese. Es probable, incluso, que al poner en oposición estas dos palabras, que se repetían obsesivamente –lo que también podía ser atribuido al cansancio–, rubios y morenos, se le dibujara algo así como una ley según la cual rubios y morenos se detestan y, si era así, si se cumplía en los hermanos Contursi, por qué no se cumpliría entre Lepera y Fresedo; según dicha ley no sólo rubios y morenos –como lo prueba el histórico antagonismo entre Rosas, rubio de ojos celestes, y Rivadavia, moreno y de pelo rizado, que tantas nefastas consecuencias tuvo para el país– se repelen sino que los antagonismos que encierran las respectivas coloraciones superan el nivel de la mera antipatía, después de todo manejable, para convertirse en corrosiva agresividad, al menos en el caso de los Contursi.

De ahí a aplicar el alcance de esta ley había un

solo paso y Malerba lo dio: «tal vez», se dijo sin decirlo –las verdades que son hijas del cansancio no necesitan decirse–, «todos los rubios atacan a los morenos, cosa cierta al menos como lo narra la historia en lo que concierne a las relaciones entre España y América, Europa y Africa con sus prolongaciones en los Estados Unidos y en muchos otros países que, por más que pretendan haber superado tan elemental oposición, siguen todavía atados a ella pese a que saben que es la causa de incontables desgracias sociales e individuales, la ley de Lynch es un buen ejemplo pero no el único, el apartheid en Sudáfrica, los ghettos de las ciudades norteamericanas, aunque también el origen de extraordinarios logros humanos, el mestizaje (los haitianos), la música (Jelly Roll Morton), la pintura (es posible que sobre este punto no se haya dicho nada) y la filosofía, tanto la de la negritud como la del antirracismo, aunque para algunos esto no sea filosofía siendo, para ellos, filosofía, sólo lo que trata de las esencias y los conceptos, no de los comportamientos». Y esto que pudo haberse dicho, y que seguramente no se dijo, fue importante para él, su Eureka, algo, pese a la oscuridad de los contrastes, se le aclaró, un poco antes de irse a dormir. No necesitó prender la luz, ya el amanecer se insinuaba, tampoco leer un capítulo de un libro que podría haber tenido junto a su cama, ni siquiera debió desvestirse demasiado: se echó más bien, en la penumbra, se entregó, comprobó otra

vez más que los hombres son inermes en el instante previo a cerrar los ojos para dormir y que, en última instancia, están a merced de las fuerzas cósmicas, no saben qué puede ocurrir cuando están así entregados. Pero lo que sí entrevió, como en una ráfaga, que de aquí en más la bola de la verdad se pondría a rodar. ¿Adónde iría a parar? ¿Lo sospecharía ya él mismo en ese momento?

7
Vueltas a la tuerca

Se diría que con esa idea, luminosa por cierto, el inspector Malerba se durmió, por fin, cuando ya las luces del alba empezaban a rodear y, por fin, a atrapar por completo a la ciudad. Un buen relato describiría su casa, éste, que no aspira a ser malo, no lo va a hacer porque se trata no mucho más que de un departamento interno, como hay tantos en Mar del Plata, desde que los mercaderes de techos iniciaron la conquista del aire de este lugar, un dos piezas, en la Diagonal Alberdi, nada, como de esto que se acaba de decir se puede apreciar, especialmente digno de mención, tampoco su cama, incluida la ropa, gastada y sin cambiar en semanas, qué va a andar pensando en sábanas limpias un hombre a quien el descanso no le está destinado, ni las pocas fotografías sugerentes enmarcadas o pegadas en las paredes y, puesto que se mencionó su mediocre posición en el oficio policial, menos los detalles del mismo modo mediocres de su vivienda, en la que, comparando con lo que es una casa de verdad, hay una falta total de aparatos electrodomésticos, apenas una mínima y sobrevi-

viente vajilla de cocina, imposible pensar, con este equipamiento, en una comida equivalente a la que prepararon los Pugliese-Simone y de la cual conservaba un gusto algo melancólico antes de dormirse por completo. Un buen relato aprovecharía la ocasión que brinda ver al león en su hábitat para difundir informaciones menos esquemáticas que las vertidas en otro momento acerca de si alguien lo esperaba en ese lecho, por qué no era así ya que no era así, si se trataba de una inconsolable viudez, o de una soltería teórica y empecinada, como las de los que argumentan que es mucho mejor vivir mal y solo que en la traílla conyugal, en la posición opuesta a los que sostienen, y no son pocos, que es mejor mal acompañado que solo, o de lo que fuere. Del mismo modo, y según lo aconseja una perdurable, y muy sólida, tradición narrativa, se le podría hacer tener, para completar, un sueño interesante, puesto que antes de llegar a la casa en busca del merecido descanso, sólo el cansancio y quizá la depresión lo habían inspirado, y hasta un sueño revelador respecto de su propia existencia y, de paso, del problema técnico que tenía entre manos y en el cual bien podía sentir que estaba empantanado pese a esa relación o revelación de último momento, que se le había ocurrido, acerca de rubios y morenos.

Pero nada de ello haremos y, en consecuencia, podemos decir con toda autoridad que no soñó, se limitó a dormir como un muerto, bien merecido

lo tenía. En suma, que lo haremos descansar, sin retaceárselo, y lo haremos volver, evitando fastidiosas internaciones verbales en desayunos, baño, llamadas telefónicas, lectura de diario, a su modesto y oscuro puesto de combate por la ley, no ese día, el 1º de enero, que pasó aislado, día sin pena ni gloria, ni siquiera dedicado a la reparación doméstica, a lo sumo, y sin haberlo decidido, nada más que a completar la espectacular revelación de la madrugada, sino el siguiente, es decir el 2, cuando el año nuevo muestra ya todas sus energías y su vocación de desplegarse repitiendo viejas mañas con olvido de las derrotas sufridas por el anterior.

Los dos hermanos, ya los podemos llamar los Contursi, que habían descansado de sus respectivos furores en celdas separadas de la comisaría, estaban un poco más tranquilos. Del rubio se supieron algunas cosas, que el sumariante comunicó: que la pelea se produjo porque el otro lo había insultado delante de la madre, imagínese. También se supo que se llamaba Froylán, lo que importa menos, y que se dedicaba a trabajos varios; traducido a lenguaje directo eso indicaba que no se sabía de qué vivía, tal vez de la protección de su madre o de otras protecciones, recordemos que el inspector Malerba ya sabía que descendía de un Falcon sin placas en medio de la noche; en cuanto a la pistola, era una Browning 9 milímetros, de fabricación belga, como las que usaban miembros de la Marina, pero no era exactamente igual a

ellas, ésta había sido modificada y no mal modificada. Se abría una interesante veta de investigación, tanto que quienes lo habían interrogado, oficiales de turno, nadie a incluir en el relato, dependientes de Malerba, decidieron no consignar ese dato por escrito, no le hicieron preguntas sobre el arma, punto delicado si los hay pero previsible en esos tiempos; los policías, se sabe, pueden ser muy incisivos con marginales, prostitutas, infractores de tránsito, travestis, pero intuyen cuando es prudente cesar en su socrático empeño. En cambio, para que se vea cómo funciona el sistema entre los policías, no se dejó de preguntarle acerca del insulto de que había sido objeto y que, según él, había estado en el comienzo de la gresca. Nadie niega que le preguntaron pero tampoco se puede dejar de reconocer que él, Froylán ya sabemos que así se llama, se las arregló para diluir la respuesta, cosa que creyó haber logrado gracias a que, a causa del silencio que se tendió sobre el tema del arma, el sumariante decidió ser benevolente hasta ver con más claridad o hasta recibir instrucciones bien precisas sobre la dirección que debía seguir el interrogatorio. El sumariante, ni falta hace destacarlo, tuvo la intuición de que no se trataba de un asunto de rutina y prefirió no presionar. Eso fue bueno: como además el olor de las comisarías no lo hacía llorar a gritos, parafraseando al poeta, Froylán se confió. Esperaba, sin duda, que sus amigos y protectores, a esta altura ya sabemos que pode-

rosos, se hicieran presentes, dieran alguna señal en su dirección pero eso no ocurrió. En lugar de interpretar ese silencio o tal vez porque, en su soberbia, no podía concebir que lo dejaran librado a su suerte y a sus recursos, actuó como si estuviera en casa, con cómplices y asociados. Perdió.

En cuanto a su hermano, seguía enojadísimo; dijo que se llamaba Dardo Contursi y que trabajaba como empleado en un comercio, no importa el rubro; sí importa que aceptó haber insultado al otro pero, contrariamente a lo que declaró su hermano, repitió lo que le había dicho en un ataque de furia, o sea «asesino, parásito y ladrón»; intuía, lo reconoció, al hacer tamañas revelaciones –que no eran un secreto familiar–, la tormenta que se podía desencadenar y que casi termina en fratricidio. Por las dudas, ya que primero habían interrogado al otro y estaba, suspendido en el aire, el tema de la pistola, que le podía dar cierta ventaja a los dichos de Dardo, y acaso por una espontánea simpatía hacia el rubio, el sumariante no incluyó esos calificativos en el escrito pero, cabal, de todos modos se lo informó al inspector Malerba, en ese sentido lo que estaba estaba, a saber esto, un sujeto con un arma y otro que lo llama asesino, algo de qué preocuparse.

Para el inspector, que ya sabía algo más, el conjunto se ordenaba un poco con estas magras y convencionales declaraciones: el arma de la Marina, el coche sin placas, los trabajos varios, esos epí-

tetos, las respuestas evasivas pero seguras, dichas con gran soltura y hasta arrogancia, cada uno de esos aspectos parecía un eslabón de una sola cadena, configuraban entre todos una unidad de sentido, más vale que no digamos por ahora cuál. En todo caso, Froylán Contursi no temía, la policía no lo asustaba, si en un primer momento no lo declaró actuó como si tuviera un respaldo. Lo tenía.

Como es obvio, si se considera con pragmatismo lo que detalles semejantes podían implicar, y ningún policía dejaría de imaginar las implicaciones, había que liberarlo de inmediato y meter en cambio en la cárcel para siempre a Dardo, así era la lógica, articulada sobre la impunidad como su estructura central, de esos tiempos, salvo que se hiciera caso omiso de ella sin advertir las consecuencias que un comportamiento tan estúpido podría tener: lo menos la visita, que no demoraría demasiado en llegar, de algún pelotón de la Marina, no uniformado, y más o menos impaciente por reconstituir una unidad provisoriamente fragmentada por un incidente imprevisto, que no tuvo lugar en el campo de operaciones sino en lo que debía ser un apacible ámbito familiar convertido en pandemonio en virtud de tres palabras mágicas, asesino, parásito y ladrón, el tres es un número esencial en la tradición de Occidente (Mar del Plata pertenece a ella), aun si no tiene el reconocido prestigio que tiene el cabalístico siete. Desde el punto de vista de Dardo, era evidente, a

causa de su enojo, que se habría podido llegar con facilidad al siete en materia de epítetos aplicables a Froylán, aun a setenta veces siete, para rematar con una sentencia muy cristiana, aunque también es difícil imaginar lo que se podría añadir a adjetivos tan fuertes como «asesino, parásito y ladrón», qué de más fuerte puede haber.

Tal vez el inspector Malerba hiciera lo que aquella repulsiva lógica exigía, o sea liberar con excusas y honores al presunto asesino y encerrar al honesto trabajador, así estaban de alterados los valores, pero siguiendo una corazonada, no olvidemos que la perspectiva de «atar algunos cabos sueltos» constituía no sólo una meta para él sino también una obligación, decidió esperar antes de tomar esa decisión que sabía que tomaría en algún momento, decisión que quizá no sería tan radical en lo que concernía al pobre de Dardo, pero sí en relación con su desafiante hermano.

Quería, sin embargo, aunque no lo declaró, porque nadie, ni siquiera su jefe, el comisario Vargas, conocía el compromiso que había contraído con la superioridad, ir hasta el final, así fuera para poder decirle al jefe máximo Pracánico, en su sitial de tapices y figuras (mitológicas) de bronce: «hay una novedad en el caso en cuestión, usted confió en mí y aquí está el fruto, aquí tiene una novedad, nadie más lo sabe, tal como usted lo quería». Si después se procedía o no según la ley humana y divina no era asunto suyo, desde

hacía rato había tomado partido por su sobrevivencia que, triste y todo, era el único bien que poseía, la única meta a la que, en medio de tanto desorden, podía apuntar.

Enterado de estas noticias, más bien malas que buenas, decidió no hablar todavía con los hermanos; presumimos que se tomó ese tiempo, encerrado en su escritorio, para reflexionar, para darse la oportunidad de que surgieran en su espíritu algunas asociaciones y se establecieran en la realidad, en la mejor tradición del investigador. Se dejó estar un momento, fue hasta la destartalada heladera y comprobó que nadie había renovado la provisión de cerveza; en sustitución se aproximó a la ventana y divisó los ríos de gente que se dirigían, más bien grotescamente, a las playas; algunos llevaban sus equipos en las manos y se encaminaban a la Bristol, otros esperaban autobuses para treparse y, en ambas direcciones, desaparecer un tanto del tumulto, refugiándose en playas más lejanas pero también superpobladas, Mar del Plata no era lo que había sido antes, ni siquiera junto al faro. Los lobos marinos, escoltando el Casino, impertérritos, y el mar, a lo lejos, en su eterna letanía, ahora violenta, deslumbrante bajo el sol del pleno día.

Por no sabía qué lógica o qué oscuro recorrido argumental, la expresión «arma como las que usaba la Marina», que le había sido trasmitida apenas llegó a la comisaría, él ya la había recono-

cido dos noches antes, cuando los detuvo, le evocó la imagen del respetable jefe de la Base Naval, vicealmirante Lomuto. He aquí una asociación. Y, de inmediato, otra: la foto del cementerio, cuando el desdichado Fresedo era descendido a su lóbrega fosa. Por supuesto, si esto ocurrió, quién lo puede probar, fue *in mente,* en lo interno, no andaría por ahí jactándose de sus asociaciones como si fuera un conspicuo miembro del grupo surrealista francés o, si es mucho, argentino. Y, del vicealmirante Lomuto se deslizó, en imagen desde luego, a otras regiones por las que había andado merodeando un par de días antes. ¡Extraño poder el de la asociación! Se ignora todo acerca de sus mecanismos y aunque se suele decir que su campo preferido de funcionamiento es el inconsciente –lo que es un motivo de orgullo en productores notorios de asociaciones así motivadas, videntes, telépatas, dementes, niños precoces, etcétera–, con el mismo derecho y arrogancia se puede afirmar que actúa en el consciente, la deducción sin ir más lejos, a que son tan proclives los relatos de crímenes de comienzos de siglos. El inspector Malerba debía ser más bien de éstos y no de aquéllos, recordemos que había leído a Conan Doyle y a Georges Simenon, cuyos textos eran casi obligatorios en esa «no-escuela» de policía en la que se había formado, empleamos esta expresión para contraponerla con la de «escuela de policía» en la que, sin duda, esos autores serían muy criticados

no porque fallan sino, al contrario, porque siempre aciertan.

Pero, hasta poder dar una versión de conjunto, cosa que no resultará tarea baladí ya que las mencionadas asociaciones no podían ser consideradas en ese momento como hechos y faltaba darles consistencia, nos reservaremos una opinión sobre su eficacia. Después de todo, el inspector Malerba no había tenido contacto directo y personal con los detenidos y si bien el mal humor que lo había hecho famoso en la repartición tendía a diluirse –no hay mejor remedio contra esa enfermedad que sentir que el pensamiento produce algún resultado, a veces se confunde mal humor con tedio–, todavía quedaba mucho por hacer, tanto en lo formal policíaco como en lo que respecta al mal humor. De tal modo que no lo acompañaremos en todas las gestiones que hará ese día, no miraremos por encima de su hombro para ampliar sus percepciones, no invocaremos documentos, dichos o inferencias que están fuera de su alcance, confiaremos en él para dar una versión final de lo que terminará por establecer porque, no hay duda, ya está encaminado, es difícil que nadie lo pueda parar.

Volvemos, no tenemos otro recurso, a la sinopsis y a nuestro modo de manifestarla; seguimos descreyendo de las transcripciones fieles, que parecen una ilusión y presentamos un cuadro de los resultados de lo que Malerba hizo, vio y pensó.

Por comenzar, Froylán Contursi no le gustó; tenía el tipo del matón elegante que fue surgiendo en los últimos años al calor del cambio cultural que se produjo en la Argentina; bien vestido, aun en la celda –¿quién le había acercado ropa?–, seductor, frío, pero lo suficientemente golpeado como para probar que el más bueno nunca lo es tanto como para que el más malo se salga por fuerza con la suya, repitió ante Malerba más o menos las vaguedades que había enunciado al comienzo; sobre los autos sin placas llenos de gente aludió, con franqueza, como si hablara con un camarada, a sus relaciones con la Marina, razón que le sirvió para explicar cómo y por qué poseía el arma. Relaciones lábiles, no institucionales, de pronto le pedían un favor, de pronto le hacían otro, «usted me comprende», decía. Malerba parecía comprenderlo. En cuanto a Lomuto dijo no conocerlo en persona pero pronto cambiaría de opinión; antes del cambio, sin embargo, dio a entender que sabía quién era, en verdad poca gente, sobre todo de la que anda de noche en autos sin placas, no conocía a Lomuto en Mar del plata, incluso lo debían conocer muchos fuera de esa ciudad, pero no vamos a trazar ahora un mapa del prestigio, no se discute que bien ganado, de este jefe, nos importa más Froylán Contursi, cuyo tono era el de quien supone que una guiñada en el lugar adecuado rinde más que cien declaraciones de ésas que pretenden operar con la sinceridad. Sobre eso la larga expe-

riencia del inspector no le permitía equivocarse y, por más que no dijo ni sí ni no a ese propósito, no se tragó que sólo conociera a Lomuto de nombre, de modo que hizo más preguntas, como si no entendiera, hasta con cierta deliberada torpeza pero en realidad estaba tocando el cielo de la eficacia porque, en ese sobreentendido de complicidades, terminó, era cosa de no creer, por hacerle admitir, hasta tal punto Contursi se sentía protegido y respaldado, advirtiéndole fraternalmente, desde luego, que nada de lo que se decía sería registrado por nadie, que en realidad conocía a Lomuto, es más, se veían con cierta frecuencia, que esos encuentros no eran en la oficina de aquél sino en un hotel que, si no recordaba mal, esa vaguedad podía concedérsele, podía ser el Lafayette, cada uno alquilaba una habitación y luego se reunían en una de ellas y ahí Lomuto le encargaba unos trabajitos, «usted sabe a qué me refiero», y Malerba sabía a qué se refería así como sabía cuáles eran las tareas que se llevaban a cabo durante esos viajes que se hacían en coches marca Ford, sin placas, en las noches marplatenses, algunas luminosas, como si fuera de día, otras húmedas y cargadas, tan siniestras, no es un adjetivo que Malerba deseara emplear, casi ningún adjetivo empleaba, como lo que ese grupo de hombres hacía.

La conversación con Dardo Contursi fue menos interesante en relación con su personalidad: un hombre modesto, preocupado más por su pa-

dre que por su madre, se había ido de la casa hacía bastante tiempo, no le gustaba cómo se vivía allí, no le gustaba cómo su madre trataba a su padre y se cansó de que los tiranizara, a él mismo y a su hermano más chico; en cuanto a Froylán lo consideraba un delincuente, un vago, y creía que el dinero que exhibía no podía provenir más que del robo, nadie tiene tanta suerte en la ruleta, que es el otro modo que permite ser ostentoso en Mar del Plata, dejando de lado la ostentación que hacen los poderosos, industriales, comerciantes, financistas y altos funcionarios, en ese sentido Mar del Plata es semejante a muchas otras ciudades. La noche de fin de año accedió, después de muchos ruegos de su desalentado padre, a su pedido y fue a la casa llevando, acaso, un pan dulce, algunas botellas, pero, como después se pudo comprobar, la felicidad familiar duró poco.

Froylán, que había llegado antes, las manos llenas de productos importados, se jactaba de su impunidad y de sus apoyos en altas esferas y, al mismo tiempo, se burlaba de su padre y de él mismo, los trataba de mediocres y de imbéciles, de pobretones y de putos, razón por la cual él terminó por reaccionar gritándole, como ya sabemos, «asesino, parásito y ladrón». Los dos últimos epítetos se entienden, el de parásito sobre todo, pero el primero dio lugar a una explicación más detallada: Dardo había oído decir que Froylán tuvo que ver con la muerte de un rico industrial –Malerba

no podía creer lo que estaba oyendo, casi se podría decir, sin abusar de la literatura y su palabrería, que el corazón le empezó a latir con más energía y si todavía estaba un poco pesado porque era de mañana y la vida no es fácil, la confidencia de Dardo lo aligeró–, además de las vinculadas a sus paseos nocturnos, las cuales muertes, por cierto, no se le podían probar y hasta cierto punto tenían un carácter político y social por más que igualmente fueran abominables, pero, por eso mismo, porque un crimen individual es para cierta gente, se diría que simple de espíritu, no mal intencionada pero eso, simple, más censurable, se lo dijo fuera de sí, como queriendo acabar de una vez por todas una larga historia de desacuerdos profundos. Su hermano César había sido la fuente, por él llegó a saber que Froylán presumía de ser el autor de esa proeza: orgulloso de su hermano mayor, su espejo y modelo, César, a quien Froylán, para confirmarle su calidad de ídolo, se lo había contado con toda minucia, proclamó la hazaña de Froylán ante el silencioso Daniel, el niño moreno, recordémoslo, réplica de Dardo y del señor Contursi. Como cosas así es difícil que permanezcan guardadas, el tema atravesó los protocolos familiares y se convirtió en la piedra de toque de las diferencias preexistentes; el padre y los hijos de su linaje, avergonzados y hasta repugnados –todavía hay decencia en nuestros días, la dictadura no acabó con todo–, no querían saber nada con lo que

podía ser fruto de ese asesinato, por alguna razón parecían considerarlo como el principal aunque se sabía que había otros, ni querían aceptar nada que viniera de él, ni los regalos de fin de año, tan suntuosos como adquiridos con el espurio dinero de los pagos por los «trabajos varios» que Froylán evocó en la policía como el gran argumento –de hecho esos presentes eran sólo para la madre, César y Froylán mismo, autorregalándose, satisfecho y presuntuoso–, y hasta le reprocharon a la madre que viera en ello una especie de triunfo social, se le expandía la sonrisa al mirar a su preferido, tan bien vestido, su cabeza dorada, echando luz, las manos llenas de esos estúpidos aparatos que ella creía que le cambiarían la dura existencia que le hacían pasar los otros, incapaces de traerle nada lindo ni siquiera el día de su cumpleaños. Por lo tanto, la madre y los rubios, constituidos en partido, estaban, aquélla orgullosa, casi histérica, éstos con la apostura de los bravucones, de modo tal que el encuentro familiar de fin de año no podía terminar sino en una gresca tan horrible que el padre salió desesperado a pedir ayuda, cayéndose en el pozo abierto por la compañía telefónica con el lamentable resultado que ya conocemos, contusiones, heridas y, sobre todo, el sentimiento, muy comprensible, de una derrota moral, de una desintegración de la familia para la que sin duda ese padre habría querido otra suerte.

Visto desde fuera, desde una perspectiva más

objetiva, eso que se desintegraba, como ocurre con los cadáveres de animales en el campo, pelados y semienterrados, estaba empezando a echar luz sobre otros asuntos un tanto olvidados, que preocupaban no a mucha gente, es cierto, pero a gente importante desde el punto de vista del relato: al inspector Malerba sin duda, por prurito de investigador, al jefe Pracánico, que le había pedido que tratara de amarrar «algunos cabos sueltos», y al narrador de esta historia, porque es su historia y no quisiera que se le fuera de las manos, que se le diluyera en incertidumbres o en fugas de sentido, es mucho lo que ha invertido en ella como para no tomar en cuenta pistas que, después de la conversación que el policía mantuvo con los hermanos, se abrían vertiginosamente. Ningún hecho, por cierto, pero más de un motivo de asociación, cualquiera en su lugar –tanto el del policía como el del narrador– habría hecho conexiones, si todavía no se trataba de hechos probados al menos había un *demostrandum* según el cual la muerte de Fresedo, por carambola, podía estar a punto de ser esclarecida. ¡Vaya situación!

Los pasos que dio el inspector Malerba enseguida después fueron múltiples y variados. A decir verdad se reanimó y empezó a sentir –incluso se lo dijo al suboficial que, eterno, le traía un mate de vez en cuando– que su oficina también se reanimaba y eso que no tenía plantas ni flores que le pudieran servir de testigo de esa recuperada ener-

gía; tal vez no la vieja máquina de escribir, con la cual ya no se podía estar a la altura de la complejidad de los crímenes que radicaban en esa oficina, pero sí una grabadora que tenía oculta en su cajón y que raras veces había puesto a funcionar y que, leal, había capturado todo lo que ambos hermanos dijeron, uno su suficiencia, el otro su encono, uno sus alusiones a sus respaldos, el otro sus acusaciones directas, un profundo dolor porque la familia estaba en ruinas, minada por una patología de la que él ya no sabía si se salvaba o si también era una víctima.

Analógicamente, y sin confesárselo a sí mismo, el inspector sentía el regocijo solitario que puede sentir el sabio en su reducto cuando llega a una conclusión vertiginosa, y no como producto de conjetura sino de experiencia, muchas veces realizada. Ahora sí, desde esta seguridad –muchos creen que un policía no necesita de esta garantía, que actúa porque sí y, por añadidura, casi siempre mal aunque eso no sea así en el cine y en la literatura, en el cine por lo general en base a destreza física, en literatura a inteligencia– tuvo varias conversaciones con los hermanos, varias veces por día, varias con Contursi padre y, de a poco, pero sin perder el tiempo, con las hermanas Franchini, en especial con la viuda de Fresedo y por fin con Lepera. A Lomuto, pieza fundamental en este enredo, debía verlo pero no se le atrevía por el momento; en todo caso, si se animaba debía ser en la

Base –donde podría entrar, sin duda, pero quién sabe si salir– y no en su oficina, frente al retrato del presidente labios finos y cerrados, ojos fríos y bigote perfecto, lo más perfecto que tenía, no obstante tachonado de moscas, el retrato, seres valientes las moscas a los que no amedrentan ni siquiera los golpes militares; de todos modos, era obvio que de ninguna manera vendría, ni siquiera citándolo, cosa que, por otra parte, no podía hacer, el poder del vicealmirante era incomparablemente más grande que todo lo que él y su policía, en el supuesto de que sus colegas y superiores le hicieran caso, podían hacer. También le pareció duro, por otras razones, citar a las hermanas a la comisaría, descortés inclusive, de modo que las visitó en su casa –que ya no era la casa del crimen, es comprensible que Mónica no quisiera seguir viviendo allí–, en el barrio Los Nogales y, frente a la sorpresa de todos, que suponían que el caso estaba cerrado, el inspector volvía sobre olvidados detalles, por ejemplo y en particular por qué se fueron a la Capital de compras y qué compras hicieron, para llegar a la conclusión de que no habían comprado nada y de que a instancias de Lepera emprendieron el viaje, ellas no pensaban ni querían ausentarse de Mar del Plata y él insistió y como Mónica estaba preocupada, tal vez deprimida, había tenido algún problema con el marido, nada serio pero sí una disputa, aceptaron, pero ni siquiera se pensó en comprar nada.

A su turno –el inspector no daba abasto– Lepera fue preguntado por los negocios, no por el viaje a la Capital y, porque la información tenía estado público, estaba incluida en los apéndices del expediente del crimen, explicó que su entrañable amigo, el digno marino Lomuto, tenía una participación en las empresas que, después de la muerte de su inolvidable concuñado, habían quedado bajo su dirección. Lomuto, explicó, aseguraba con su presencia, pese a que el rígido código militar no prevé que los jefes puedan tener negocios mientras están en la función (eso no lo dijo), una seguridad en los compromisos comerciales que, luego de su ingreso, se habían multiplicado. Fue un acierto ese ingreso, lo lamentable es que a Fresedo no le fue dado gozar de las ventajas que acarreaba pero, de todos modos, debía estar feliz en el sitio en el que estuviera sabiendo que tan buenos amigos gozaban de prosperidad, extendible a su joven y desconsolada, a pesar de todo, esposa. Tan sutiles eran las preguntas, Malerba estaba inspiradísimo, que Lepera admitió una inocente, si conocía a un tal Froylán Contursi; conocerlo no, pero sabía quién era, mejor dicho no sabía pero había oído hablar, ya no recordaba si bien o mal, en fin, lo había conocido por ahí, pero a qué venía hablar de este sujeto, qué tenía que ver; quizá no ignorara, al contrario, lo sabía muy bien, por qué ese nombre venía a cuento pero lo que sí ignoraba era, gran error, que aquél estaba a

pocos pasos de ahí –el episodio de la noche del 31 no había trascendido–, impaciente porque sus buenos amigos del coche sin placas no venían a sacarlo de esa celda sucia a la que, sin embargo, se había hecho traer una excelente comida, mariscos –que le gustaban mucho–, lenguados, era un buen marplatense, y cantidad de dulces y chocolates que entre Havanna y Balcarce daban placer a propios y extraños en la ciudad, convidando incluso a otros presos, menos a Dardo, y a policías que pocas veces tenían ocasión de departir con detenidos tan dispendiosos aunque, sea dicho de paso, los productos de esas dos firmas o empresas dulceras se han popularizado tanto que ya no son novedad para nadie, aunque sean como son, atractivos para todos.

Pues sí, luego de algunas vueltas verbales, preguntas puestas al derecho y al revés, Lepera conocía a Froylán Contursi un poco menos vagamente que lo que indica la frase de más arriba, habían sido presentados alguna vez, no tenía opinión sobre él, tal vez fue en el Casino, nunca en el Hotel Lafayette y, desde luego, no sabía a qué negocios se dedicaba: como, a su turno, Froylán negó sin vueltas que conociera a Luis Lepera pero había admitido conocer a Lomuto, era verdadera, prodigiosamente posible, que fuera Lomuto quien hubiera establecido la relación entre ambos. ¿Le habría encargado Lepera –decimos nosotros, no podemos atribuirle la pregunta a Malerba– uno de

esos trabajos varios a Froylán Contursi, siempre dispuesto a hacerlos? Conviene recordar que «trabajos varios» era su especialidad y, por lo tanto, es muy difícil que rehusara una propuesta, invitación o contrato.

Las entrevistas –llamémoslas así, en verdad eran interrogatorios– se sucedieron durante varios días; presunciones se convertían en certezas, cosas que parecían insignificantes adquirían relieve, para qué vamos a mostrar esa vasta trama, ese delicado juego entre lo probable, que bajo la forma de hipótesis y conjeturas ordenó y al mismo tiempo enrareció los primeros capítulos de este relato, y lo verdadero, que si para el inspector Malerba constituía una seguidilla de revelaciones, para nosotros no es más que comprobaciones, casi todo lo que ahora se va sabiendo lo sabíamos y lo insinuamos, ojalá alguien, que no ha de ser por cierto el inspector, lo haya advertido y lo reconozca.

La atmósfera, eso era evidente, se ensombrecía para algunos no obstante que el inspector hacía constar, levantando los brazos en señal de «nada por aquí nada por allá», a la manera humorística de los prestidigitadores, que no se harían registros por escrito y además no había testigos de las declaraciones, nadie estaba presente junto al inspector, salvo y en el más absoluto secreto su leal grabadora, cuando hablaba con los diferentes interesados, que tenían interés para él, ellos no estaban interesados en lo más mínimo en

esas conversaciones. Y las razones para ensombrecerse variaban según las personas pero, en todo caso, la vida había cambiado para todos: Froylán Contursi, por empezar, extrañaba la noche marplatense, no entendía por qué seguía ahí; debía evocar, en su celda poco acogedora, no era de un convento de lujo como pueden serlo las del famoso Simbión, en la provincia de Tucumán, donde los monjes fabrican mieles y jalea real, sus correrías siempre impunes, incluso ahora, por las calles de la ciudad dormida, yendo, en las madrugadas, harto de haber apaleado subversivos, a desayunar en el Cabo Corrientes, casi dentro del mismo mar, como si hubiera estado bailando en una fiesta toda la noche y necesitara concentrar las imágenes antes de que se perdieran, café con leche y crocantes medialunas mediante.

A Mónica Franchini, que había elegido olvidar, todo el drama le volvía devastadoramente, podemos atribuirle que cada vez comprendía menos aunque ya cuando el crimen se produjo no lo pudo entender y pudo sentirse culpable, así sea porque habiéndose distanciado un tanto de Roberto pensaba que ya no lo amaba más y, por lo tanto, que al morir éste era como si se hubiera cumplido un deseo, un horrible deseo; ahora no entendía que, obstinados, volvieran los nombres, Lepera y Lomuto, Roberto no dejaba descansar y Malerba tampoco, ese hombre reconcentrado y poco comunicativo, hasta cierto punto desagradable para

el estilo que ella debía considerar apreciable, o sea su propio estilo.

Luis Lepera estaba cada día más nervioso y su humor era voluble, de pronto negaba que las insistentes solicitudes policiales tuvieran alguna trascendencia, de pronto se distraía y se ponía pálido, ausente, tartamudeaba, perdía concentración, debía reprocharse, retorciendo los puños, por qué no habría podido encontrar una explicación para esa fotografía que lo mostraba en el cementerio alejado de las dos hermanas a las que debía proteger y, en cambio, había sido sorprendido mirando a Lomuto como si implorara; no había dicho qué imploraba porque no lo habían apretado pero él sabía muy bien lo que había estado implorando.

De Lomuto sabemos poco, él es quien sabe sobre todos los demás, tiene un sistema muy afiatado para ello, pero podemos conjeturar que sus teléfonos estaban activísimos aunque es difícil imaginar con quién hablaría; en cambio, podemos asegurar que no hablaría con sus tías y primas para felicitarlas por algún aniversario o éxito familiar y que seguía al minuto las andanzas de Malerba. ¿Lo estaría haciendo seguir? Medios para hacerlo no le faltaban, en todo caso Malerba siempre miraba para atrás cuando hacía un movimiento, no podemos sino aprobar ese rasgo de mínima prudencia, cuánta gente habrá tenido que lamentarse por no haber mirado para atrás al bajar de un vehículo, al entrar a la casa, al dar vuelta en una calle, gente, se

nos ocurre, que, como Malerba, podía temer con bastante fundamento una agresión o una represalia, que estuviera haciendo algo que podía molestar a otros en diverso grado de molestia.

La inquietud, en todo caso, se había instalado en un grupo de personas –mencionamos sólo a algunas pero cada una tiene a sus adláteres igualmente perturbados, es como, permítasenos la comparación, en el drama de Hamlet, Ofelia está mal pero la nodriza sufre los coletazos de ese malestar– que si bien antes de la investigación se reactivaban de una manera íntima y discreta, cambiando de casa, cambiando de colegio a los niños, cambiando de lugares de frecuentación, teniendo acaso algo que ocultar o, lo que es lo mismo, algo que decir, ahora debían enfrentarse a realidades más apremiantes, no por nada se habla de «apremios ilegales» respecto de los procedimientos de la policía, expresión a todas luces incongruente pues la ley, cuyos tiempos están reglamentados con toda sabiduría, no podría nunca permitir apremios ya que lo apremiante, como lo señalamos, son las situaciones incómodas que hay que enfrentar, no porque nadie en particular les imprima ese sesgo.

También para el inspector Malerba la vida había cambiado, pese a que, como es habitual, no se puede afirmar que él supiera por qué: si todos los procedimientos policiales son conocidos y manejados por alguien competente, ¿por qué en unos casos la aplicación puede provocar sentimientos de

tedio y en otros de euforia? Tal vez, lo pensamos nosotros, era porque toda inminencia crea un estado especial de emotividad, hace sentir o creer que lo que no se había logrado ver antes, verificar lo cual difundió una sensación de estolidez, carece por completo de carácter frente a lo que ahora se ve, siendo la evidencia tan fuerte que quien la tiene debe pellizcarse para saber que no es un sueño o la repetición de algo leído y olvidado. Pero no exageremos sus méritos: los datos se le iban acumulando y lo que él hacía, con el mazo dando y a Dios rogando, era nada más que insistir, siempre con cortesía, como si no hubiera entendido bien las respuestas por una limitación personal suya, no porque no le respondieran y, por eso, volvía a la carga, tanto que sus preferidos, casi víctimas ahora, en especial Froylán Contursi y Luis Lepera, se habían neurotizado, cada vez aguantaban menos las preguntas y eso que no había, dicho sea en homenaje a la alta idea que el inspector debía tener de los derechos y garantías, mediado presión física, ni amenazas, ni siquiera el viejo método de hacer de mentira verdad. Eran tan sólo los inocentes y reiterativos ¿...y dónde se conocieron?, ¿...dónde estuvo la noche del...?, ¿...con qué dinero se compró el departamento?, ¿...cuando ingresó Lomuto a la sociedad?, ¿...por qué se fue de Mar del Plata?, ¿...conocía bien la casa de Fresedo?, ¿...quién vive en la calle...?, hasta el hartazgo, pero en esa fatiga el inspector ponía muchas expectativas, ese méto-

do raras veces falla. De más está decir que iban saliendo datos que se cruzaban y se dibujaba una red causal digna de los mejores crímenes que haya concebido la literatura, todo se aclaraba, todas las insinuaciones que se fueron haciendo se corroboraban, pero eran impresiones, no eran pruebas, sin contar con que por sí solo el inspector no habría podido articularlas, necesitaba de una ayuda exterior, no que le dictara lo que debía entender sino que pusiera junto a lo que iba averiguando, no sobre eso, lo que correspondía y completaba el cuadro. Ese cuadro era un aterrador espejo de lo que podía ocurrir en un tiempo y lugar socavado por la mentira y la impunidad, dictaduras que hacen brotar lo peor que yace dormido en el alma humana. Y en esto hay una diferencia notable: mientras esa voz del exterior que sabe todo puede ser moral, nada más que porque tiene una idea de conjunto, el humilde policía tiene que ser forzosamente neutro si no amoral, tiene que cuidar su pellejo, su brújula es su instinto de conservación, sabe que lo que averigüe no tiene por qué implicar un justo castigo para el culpable sino, incluso, casos ha habido, un perjuicio para él, pobre y frágil ruedita de un mecanismo imponente cuya marcha es tan brutal como incomprensible.

Supongamos que hay un febril movimiento de ires y venires, que se arma una malla o una red, metáforas muy indicadas tanto para designar la estructura de una investigación como para mostrar

de qué modo una víctima, que no sabía que iría a serlo, llega a esa lamentable condición. Eso es lo que pudo haber ocurrido en esa oficina; hay que celebrar, también, el ingenio –tal vez pura desidia– del inspector Malerba que nunca hizo apagar sus dos aparatos de radio mientras dialogaba con uno o con otro: el cruce de chamamés, publicidad barata y estentórea y mensajes a y de los patrulleros bien podía poner los nervios de punta a cualquiera, más todavía a quienes si no controlan su sistema nervioso están perdidos; y si lo celebramos es porque el cansancio constituía un estímulo más poderoso para hablar que una droga o una amenaza, se sabe que a veces éstas no dan resultado sobre todo cuando, como era el caso de Froylán Conturси, era él quien poseía ese arte de la amenaza y algo más, de lo cual él mismo tenía memoria y conciencia, a saber cierta capacidad de llevar tales amenazas a cabo. Pero tampoco se puede atribuir a ese involuntario artilugio radiofónico los éxitos mayéuticos del inspector Malerba; deben haber gravitado otras cosas, el sentimiento de impunidad de Froylán, el de culpa en otros, el de soberbia en otros, movimientos todos del espíritu que causan más daño que satisfacción aunque, como se verá, el daño siempre puede reconvertirse e incluso reproducirse dadas ciertas condiciones favorables.

8
La burla

Este punto, sea como fuere, es delicado y no podría pasarse sobre él con gesto frívolo, como quien atraviesa un río saltando graciosamente de piedra en piedra: se trata nada menos que del mal, cuya capacidad de perduración sólo puede ser equiparada con la vitalidad genética de las cucarachas y cuya, a su vez, capacidad de reproducción no puede compararse con nada, se podría pensar en los conejos pero eso no alcanzaría, además de ser denigratorio para con tan fecundo lepórido. Nos referimos al mal en un sentido amplio pero, en particular, el mal suele encontrar campo favorable de acción en ciertos momentos históricos, más en unos que en otros, cuando los viejos valores, que, dicho así, podrían ser considerados poco y nada pero que siempre algo conservan de su primitivo brillo, saltan por el aire y, al aterrizar, ya son lo contrario de lo que eran antes de ser lanzados al espacio sin que hayan hecho aparición nuevos y mejores. Es lo que ocurre con la ley que, ha ocurrido, persigue pero también disfraza la impunidad: la ley –incluida su trampa– es sea como fuere un valor

pero, cuando la menosprecian y la destrozan, da lugar a su contrario encubierto, la impunidad, la anarquía pérfida, no la buena y justiciera, lo que implica que, como si fuera lo más natural y hasta lo más bonito, se la tolere socialmente, a veces sociedades enteras se complican en eso, la violación, el terror, la suciedad moral sin castigo, en un revoltijo que, es lo peor, luego da lugar a efusiones poéticas y moralistas poco soportables pero muy citadas por quienes carecen de reflejos metaforísticos propios.

No pretendemos aprovechar la ocasión para emitir un largo lamento sobre la vigencia del mal, ni siquiera sabemos qué es y por dónde anda el bien ni qué forma tiene; como en otras ocasiones dejaremos las cosas en este punto, y volviendo a nuestro rompedero de cabeza, que ya no lo era tanto para el antes aburrido y ahora activísimo inspector Malerba, conviene señalar que, gracias a todos los datos, matices, inflexiones, conexiones, inferencias, recuerdos y conocimientos que poseía sobre los seres humanos con los que ahora trataba, dicho inspector tenía una idea bastante más clara y más nueva acerca de lo que pocos días antes se le había aparecido como neutro y apagado, sin solución, cuando estuvo revisando, cansado y sin fe, el sobado expediente del caso de Roberto Fresedo y su muerte por asesinato. Dada la índole de los elementos que habían confluido –en particular la inquietante presencia de miembros de grupos llama-

dos de tareas pero también, y no en bajo perfil, de una autoridad naval de primera importancia que en los documentos sólo era una mención o una imagen borrosa en una fotografía–, hay que insistir sobre el particular, si no insistimos no faltarán lectores que se desentiendan de las consecuencias de ese particular procedimiento policial, no había hecho participar a nadie de sus investigaciones, sólo le había informado parcamente, como era su estilo, a su superior inmediato, el comisario Vargas, le dijo, sin mayor expresividad, que estaba tratando de resolver un tema menor, que había tenido en la comisaría escasa repercusión, el de las agresiones entre los hermanos Contursi, no habiendo podido todavía determinar quién era el principal responsable de la violenta gresca; no le dijo, pero no por olvido, que pese a que habían actuado sumariantes no se habían hecho registros por escrito, verdaderos –los que se habían hecho eran formales y tan diluidos que no daban lugar a sanciones de ningún tipo y, mucho menos, a que interviniera el Señor Juez; el Señor Juez, nunca fue mencionado hasta este momento a propósito del caso Fresedo, se basó inicialmente en las actuaciones policiales y lo dio por cerrado casi enseguida, de modo que ahora, dadas las circunstancias, no había por qué avisarle que había sido reabierto porque lo había sido de una manera tan peculiar–, tampoco Vargas le preguntó, así era la policía de esa época, ni tampoco le dijo que de sus ya innúmeras conferencias

sólo tenía cintas grabadas que guardaba en el cajón de su escritorio, etiquetadas, eso sí, con toda escrupulosidad.

Aquí cobra importancia un útil, porque no es otra cosa, que va a desempeñar un papel fundamental en los hechos que se sucedan. Se trata de lo que habíamos llamado «leal grabadora», cuyo servicio le sugirió, por primera vez en su carrera, un *modus operandi* que lo hizo sentir, es muy probable, orgulloso de estarse modernizando: cuando ya creía tener en sus manos los famosos «cabos sueltos», sobre el final de su trabajo, cuando por fin la comisaría se tranquilizaba y, a la hora en que quedaba poco personal de guardia, se encerró, indicó que no lo molestaran por nada ni por nadie y, con voz al principio insegura porque el micrófono lo intimidaba un poco, como es frecuente que suceda, grabó un relato con todo lo que había podido saber, quizá se le ocurrió hacerlo inspirado en el modo que había empleado Elizabeth Simone para exponer en un mismo movimiento verbal lo que sabía y pensaba, pero no le informó a nadie de esa inteligente iniciativa que, dicho con absoluta justicia, lo reivindica a nuestros ojos.

Sin embargo, eso mismo descansaba en un equívoco y hasta cierto punto en una, no queremos ser duros pero es inevitable, traición, o por lo menos agachada, a los ideales más prístinos y puros de la función y misión otorgada a la policía o tan sólo del código policial de procedimientos: pa-

ra decirlo en pocas palabras, si no registrar por escrito, como se debe, los testimonios y declaraciones era hacerse cargo muy fácilmente de la dificultad de ser justos sólo porque estaban implicadas en ellas instancias de poder con cierto poder, además, de castigar indiscreciones y excesos de celo, guardar registros grabados implicaba una deslealtad para con los interrogados o inculpados pero, como ya ni vale la pena insistir, eso, una cosa y la otra, era muy propio de una época y no hay por qué excluir al inspector Malerba de las generales, cuesta decirlo, de la ley. Por otra parte, la idea final, la de hacer un relato, puede haber sido lo que en definitiva lo perdió, pero no nos adelantemos a los hechos.

Veámoslo ahora haciendo su grabación en doble, no importa si al mismo tiempo con dos aparatos o primero con la «leal» y luego reproduciendo, aspectos técnicos fastidiosos para quienes son incapaces de entender la infinita posibilidad de medios que para guardar palabras ofrece la moderna tecnología. Una vez que uno acepta que grabar no es lo óptimo en materia de derechos de los detenidos preventivos, la medida de duplicar, muy simple, es por cierto acertada pues nunca se sabe lo que puede ocurrir con una pieza judicial.

¿Para qué lo hacía? Como se recordará, el inspector había asumido un compromiso: ante el jefe de la policía de la Provincia, el comisario general Pracánico que, entre guiñada y guiñada, se había

manifestado muy interesado en los avances que el inspector Malerba podía haber hecho respecto de los «puntos oscuros» –había empleado esa expresión– de un «horrendo crimen» –también había construido esa frase–. Y lo quería cumplir, le iba en ello su orgullo y también la vaga idea de que eso podía ayudarlo en su carrera, a veces los más grandes descubrimientos se hacen por motivaciones pequeñas, ése podía ser el caso.

Pasaron unos días, a quien no está acostumbrado a relatar el relato le lleva mucho tiempo, pero el verano no amainaba; la temporada, así, con esta palabra, se miden las unidades de tiempo que tienen un sentido para esta ciudad, no era de las que los hoteleros recordarían toda su vida; era más bien apagada, había masas de personas en las calles y en las playas, eso era evidente, pero nunca como antes, esa edad de oro que siempre invocan, la industria hotelera y concomitantes, para marcar la disconformidad con el presente. Pero como de ese hecho se sacaba un beneficio secundario, a saber que menor cantidad de gente redundaba en menor cantidad de delitos, el inspector Malerba se vio menos requerido y, por lo tanto, pudo concluir su relato, tal vez se lo pueda llamar informe, sin que lo interrumpieran, salvo el ritualístico mate que con intervalos regulares le cebaba el paciente y anónimo suboficial; más todavía, se animó a ir a ver al jefe Pracánico y, por cierto, como correspondía a la misión que le había confiado, fue

recibido de inmediato, el jefe, firme en su puesto, no se había tomado vacaciones, gran espíritu de servicio, en ese impresionante despacho pletórico de estatuillas, terciopelos colgantes y maderas talladas. La luz que venía de algunas lámparas, puestas estratégicamente en rincones las de pie, sobre diversas mesitas las otras, se coloreaba según los tonos de los materiales que debía atravesar; entre todas iluminaban el ambiente con suavidad pero como el gran quinqué que colgaba del cielo raso, también pintado al fresco, estaba apagado, se establecía una notable división en el gran despacho, un arriba en sombras, un abajo lleno de matices; además, y lo decimos porque el encuentro entre ambos policías tiene algo de teatral, la luz proveniente de diversos lugares en diferentes planos hacía que se estableciera una suerte de dramaturgia o de danza entre los objetos, bastaba observar un poco para dejarse llevar por un ritmo nunca visto en las iluminaciones corrientes.

El jefe lo estaba aguardando del otro lado del gran escritorio, en el que se destacaba un enorme tintero de bronce, en realidad una escultura que imitaba la fuente de Lola Mora, motivo congruente con la idea de la tinta, que fluye, esto es un lugar común, así como decir que la pluma rasga el papel. Su expresión, por lo que pudimos observar poniéndonos en la mirada de Malerba, era adusta, era como si dijera «vamos a ver si en verdad hay novedades», lo cual pudo intimidar al inspector

pero no lo hizo o bien no se dio cuenta, tanta era su complacencia consigo mismo por el cumplimiento de una misión, los policías se ponen contentos por eso, es como cuando dicen con voz estentórea «a la orden señor jefe». Más bien se fijó en cierta no disimulada ansiedad en el modo de esperar del jefe, tal vez guiñaba con más frecuencia, tal vez le daba tanta importancia al informe que le traían que no podía estarse sentado y, por lo tanto, lo atendió de pie, esta vez los dos, no como la primera cuando, sentado y acaso displicente, lo mantuvo parado y casi jugando, como suelen hacer los superiores con los inferiores, con la humillación que se desprendía de esa pedestre y tal vez incómoda situación.

Digámoslo de una vez, Malerba no le hizo escuchar el relato, no hacía falta, le entregó la cinta pero, a reserva de que la escuchara luego, le contó todo, lo más seguro es que fue un resumen que no reproduciremos *in toto* por razones de estilo, qué más da ser fieles al aspecto menos brillante de su personalidad de personaje, nos referimos a su parquedad, y tampoco consignaremos las interrupciones o preguntas o exclamaciones que hizo el jefe en cada uno de los momentos sobresalientes de su cuento; aprovechándonos de lo que hemos ido sabiendo, nos confundiremos con él, como lo hicimos con su mirada, a los efectos de ese relato en su conjunto, no hay que olvidar que gran parte de lo que llegó a saber Malerba, pero también de lo

que se supo en general, tomó forma más allá de sus cualidades de investigador, en el orden de una lectura hecha «por encima del hombro», no vale la pena decir por quién.

Antes, sin embargo, tenemos que señalar que el jefe insistió bastante, de manera casi reiterativa, acerca del grado de información que Malerba habría proporcionado a terceros en relación con lo que iba a contarle, si eso había sido registrado o consignado oficialmente en alguna parte. La insistencia era perturbadora y Malerba se sintió algo apremiado, el trato era casi injusto porque muy bien habría podido guardarse lo que sabía sin que nadie se enterara, bien podría haber respondido con desgano burocrático a sus solicitudes –era un maestro en esas artes–, y aunque en su fuero íntimo se explicaba por qué él había actuado fuera de los protocolos convencionales, cosa que por otra parte había hecho de manera espontánea, guiado por su instinto, no entendía por qué ese irregular comportamiento suyo no sólo no recibía una reprimenda, así fuera por simple formalismo, sino que, al revés, se le exigía, o poco menos, que hubiera sido irregular y aun se lo bendecía por ello desde el núcleo mismo de la autoridad.

Por un resto de rebeldía –vamos a atribuirlo a eso–, o de improvisada astucia en el sentido de no mostrar todas las cartas, y después de asegurarle a su jefe con énfasis y reiteradamente que nada había sido escrito y que nadie lo había asistido en sus

delicadas gestiones, dejó entrever que además de las que le había entregado y que estaban ahí, sobre el escritorio, como trofeos, existían algunas copias de las grabaciones pero «están bien guardadas», aclaró, como para tranquilizar al jefe acerca del estricto cumplimiento de sus órdenes –ya se sabe lo que vale esa palabra en la institución–, sin decirle dónde ni quién las tenía; actuaba, como puede apreciarse, con gran solvencia, quería exhibir su profesionalidad de tal modo que al propio jefe le ocultaba información, como si, desde su sitial, el jefe debiera estimar esa prudencia y tuviera que premiarlo por ello sin pensar que, por eso mismo, el jefe podía desconfiar de él. Le aseguró, no obstante, frente a su insistencia, que le haría llegar esas copias, pero no como quien cede a una presión sino en virtud de un espíritu adulto, de comprensión colaborativa, por así decir.

No puede afirmarse que el jefe se tranquilizara; al contrario, se iba poniendo tenso minuto a minuto y, cosa curiosa, parecía más interesado en ese punto, dónde estaban guardadas las copias de las cintas, que de qué modo los «puntos oscuros» estaban claros ahora; cualquiera habría dicho no sólo que ya sabía qué grado de claridad habían alcanzado sino también que, habiendo hecho una copia, el inspector podría hacer muchas más, tantas cuantas quisiera, sin que él, Pracánico, pudiera saber por dónde podrían andar. Contradicción difícil de soportar para quien saberlo todo no es sólo

una obligación penosa sino también un derecho imprescriptible; si no no sería jefe y cabeza de una institución en la que «saber» es todo.

Movido por una resistencia interior que no habría podido ni sabido explicar, el inspector Malerba eludió toda precisión, volvió a decir que «estaban a buen recaudo» y, tal vez de manera más paternal que prudente, intentó tranquilizarlo a ese respecto pero el resultado no fue muy bueno, el jefe se puso más inquieto, nada tranquilo, más bien totalmente intranquilo, le daba demasiada importancia a lo que había empezado por ser un detalle y se iba transformando ahora en el problema. Malerba sintió, interpretamos, que dejaba de ser amable. Una ola de calor le subió por la cara, digámoslo de una vez, se sintió mal, tal vez presionado, no era hombre de definir sus estados de ánimo y menos en relación con un alto jefe.

Al rato, por fin, el inspector fue invitado a sentarse en uno de esos sillones magníficos y suntuosos, repujados, tallados, es probable, de nogal italiano, resto y testimonio de una época de esplendor por desgracia perdida. Ya no comparó el moblaje y las tapicerías con su oficina en la que, sombrío, el retrato del presidente oficiaba de única nota pictórica y las radios vaciaban la cabeza de quien debía soportar sus emisiones. En el silencio más ideal que se pudiera imaginar pudo proseguir su narración, comprendió que, invitado a sentarse, ya no sería interrumpido.

La narración que hizo, en sí misma, es pobre, es la triste crónica de un crimen y sus circunstancias. Sin embargo, tal vez porque no le concedía a los relatos en general, literarios, futbolísticos o confesionales, la importancia que les conceden los ejércitos de lectores que en el mundo entero devoran historias escritas o habladas, el jefe no juzgaría sus cualidades de narrador, cuya ausencia debería condenar por ser un hombre de maneras cultivadas y, en cambio, se interesaba en puntos específicos, no perdía detalle y preguntaba casi con ansiedad. En un cambio de actitud notable, incluso para el inspector Malerba, que contrastaba con su nerviosa indiferencia inicial, tomaba, inclusive, notas, como si con esa información ahora recogida en forma directa fuera a hacer algo, a la manera en que los estudiantes registran en clase para luego redactar un trabajo que presentarán a un profesor, es más, es probable que hubiera puesto a funcionar una grabadora oculta en su cajón, los policías saben hacer eso, a pesar de que a veces, hay casos, no saben para qué buscan tanta información o la olvidan sin atormentarse por ello, no se conoce policía ninguna que haya exclamado, con su lenguaje propio, «¡Carajo! ¡Para qué cuernos me sirve toda esta mierda!». De todos modos, el inspector Malerba no podía sacarse de encima la vaga pero intensa sensación de que «Pracánico ya sabía» y si anotaba y preguntaba no era para enterarse sino para ratificar un saber anterior, cosa que sí se ave-

nía con los mencionados derechos y obligaciones de su ser de jefe.

Con lo que en ese momento se dijo, y porque hemos puesto una especial atención a todo el proceso de investigación, haremos, tal como lo anunciamos –las dilaciones en que hemos incurrido se deben a una natural necesidad de ambientar–, nuestro propio relato, en esencia lo mismo pero diferente en sus alcances y, por lo tanto, muy diferente y que, desde luego, no estará dirigido al jefe sino a lo que podemos llamar la «opinión», aunque lo que el jefe entendió –lo que se llama «entender» suele ser tan sólo un núcleo, a veces dejando de lado diferencias e incluso los alcances de una narración– no difiere en casi nada de lo que se podría entender apreciando ciertas cualidades formales de la expresión, no hay por qué creer que la literatura y la verdad estén necesariamente reñidas, y no lo decimos porque, por la posición misma que ocupamos, estemos condenados a ella, o sea a la literatura más que a la verdad.

Hay que reordenar todo esto y darle una explicación, una estructura; trabajo pesado si los hay y poco gratificante, después de todo qué se ganaría con mostrar las razones que tuvieron determinados personajes para hacer lo que hicieron, quién no lo entiende aunque no lo justifique, y qué puede haber en una realidad de la índole criminal que une y separa al jefe Pracánico y al inspector Malerba, en este momento frente a frente, que por sí so-

lo no se explique; si se admitiera que, sin embargo, hay que mostrarlo, lo que de ninguna manera vamos a hacer, ¡qué precio de tedio y de redundancia habría que pagar!

Por otra parte, apenas se dijera, por ejemplo, que, fiel a los principios de su formación y de la empresa política de la que formaba parte y era activo y entusiasta sostenedor –y en cuyo programa estaba no sólo eliminar el riesgo de lo que sus adherentes, con un lenguaje que podría ser considerado pintoresco si no fuera que quienes lo usaban no andaban con chistes ni los admitían, designaban como «subversión», sino también de configurar un imperio económico a como diera lugar y sobre la base de toda clase de transferencias de bienes a su favor–, el vicealmirante Lomuto quiso, desde hacía mucho, desde que veleaba con Lepera, quedarse con las empresas que éste compartía con el finado Fresedo, por considerar que en sus manos estarían mejor, por celos, porque, en la posición en la que estaba se le hacía fácil, complementariamente, convertirse en un acaudalado industrial sin haber hecho antes nada para lograrlo, por múltiples razones que, sin duda, no necesitaba formular ni siquiera ante Lepera, las motivaciones del crimen se entenderían de maravilla pero en eso acabaría todo, no habría de hecho nada más que contar pese a que tal programa podría ser calificado sin más de siniestro y aberrante y muy dañino para cualquier idea de país que se pudiera manejar, no digamos

de moral. ¿Acaso no se ha comprendido ya demasiado bien, sin necesidad de señalar en detalle el marco ideológico en el que se situaba, qué papel desempeñó dicho marino en este sombrío episodio, que enlutó a lo mejor de la sociedad marplatense?

Por eso, dejemos las redundancias y las explicaciones a narradores que quieren que la realidad aparezca en sus escritos tal cual es, en reproducirla en sus menores detalles deben ser maestros, y atengámonos a ese sobrevuelo tan tentador en el que este relato ha sido formulado de entrada.

No será necesario, tampoco, y por lo tanto, mostrar con minucia de qué modo el dicho Lomuto envió al ya definitivamente definido como siniestro Froylán Contursi, rubio y apuesto, cruel seductor, niña de los ojos de su madre loca, a ejecutar gente, incluido el desprevenido Fresedo que, inquieto por la partida airada de su esposa, enojadísima porque «otra» empieza a existir en esa paz conyugal, se toma unas pastillas y se duerme en un lugar tan inadecuado que parece imposible de tan fácil (para el asesino). Cualquiera que haya leído con cuidado se habrá dado cuenta de que fue Lepera quien aflojó el tornillo de la ventana y luego, al día siguiente, cuando miraba compungido, en apariencia, el cadáver de quien fuera casi su hermano, lo ajustó cuando nadie lo veía y corrigió la posición del cuadro que había quedado torcido porque detrás de tal cuadro había una caja de cau-

dales de la que el asesino se llevó cosas, ignoramos qué importancia podían tener o a quién podían importarle pero la tenían, y evidente, por lo menos el dinero que sacó, sería su pago, y cuya exhibición ante su familia fue el comienzo del derrumbe de todo el criminal edificio que se había construido, y también otros papeles más valiosos todavía para el sentido de esta historia. A eso se reduce nuestro propio relato, que sintetiza bastante los elementos del drama y los reduce a lo básico, riesgo que asumimos pese a que esa reducción puede producir un anticlímax nefasto desde el punto de vista de la atención de los lectores que, al parecer, necesitan de crescendos y rechazan el diminuendo. Tal vez, *mea grandissima culpa,* no enriquecimos demasiado la historia que narró Malerba pero en verdad con esto basta, ya estaba todo dicho, casi ni falta hacía resumirla.

Situémonos al final de esa entrevista y digamos que el jefe de policía percibió toda esta red de causas y consecuencias y que, por fin agradecido, reconoció que ya no quedaban puntos oscuros. Más difícil es mostrar que del relato del inspector hubiera extraído las nociones que completaron una idea más cerrada del caso puesto que, como se dijo quizá con exceso de altanería, no fue el inspector mismo quien lo averiguó todo sino que, en un plano virtual, fuimos nosotros mismos quienes hicimos las conjeturas y razonamientos que condujeron a un conocimiento que ahora parecía

tranquilizar al jefe que, era notable, ya no guiñaba los ojos con tanta morbosa frecuencia. Pero al jefe, por más que presidiera un importante cuerpo policial, le era imposible saber que todo esto había ocurrido así y no podía, puesto que para él no existimos, agradecérnoslo, cosa que, por otra parte, nos pone felices en lugar de desdichados, por las razones que muy pronto se verán. Sea como fuere, ya anticipamos que el jefe daba la impresión de «saber lo que se le decía», razón por la cual es muy posible que lo que objetivamente no podía ser completado a partir de los aportes de Malerba él lo completaba sin decirlo, guardándose, es una frase hecha, algunas valiosas cartas en la manga, también es usual emplear esta expresión, para sacarlas como triunfos en la mejor oportunidad.

De modo que, en resumen y viendo las cosas de modo tal vez espectacular, Froylán Contursi fue el ejecutor, ya no cabe duda y él mismo casi lo ha reconocido, ni falta hace que lo haga con todas las palabras, no se le va a exigir ninguna confesión desgarradora, aunque se sabe y está archiprobado que en este logrado y equitativo sistema judicial, tan sabio y justo, no basta la evidencia ni la confesión para condenar a nadie, sobre todo cuando ese nadie es un asesino profesional, que conoce todas las trampas legales y puede ser tan cínico como para burlarse de los jueces mejor intencionados, mientras que, se han visto casos, un honrado ciudadano, porque es visto con prejuicios, extranjero

o raro o intelectual o izquierdista o anarquista, incluso si no es ningún halcón sino una tímida paloma desde cualquier ángulo que se lo mire, puede ser sepultado en una cárcel o en un campo clandestino de por vida, sin siquiera confesar, no digamos sin pruebas; respecto de aquel asesino ninguna prueba será bastante para esos jueces que, atendiendo a la delicada índole del asunto, se cuidarán muchísimo de presentar flancos en su actuación, todo el mundo hablará de pruebas y, en verdad –le señala el jefe a Malerba con criterio realista–, muchas pruebas no hay en todo este desgraciado asunto, ninguna en realidad, ni siquiera lo es el arma que, como se dijo en su momento, provenía de la Marina y, se omitió decirlo, su calibre correspondía al de la bala que se extrajo del cuerpo de Fresedo, pero como ha sido rectificada y hasta los números están alterados, ningún perito se animaría a decir que ésa es la que fue disparada sobre el corazón de Fresedo, pero no hay dudas acerca de que lo fue.

El cerebro de toda la operación, es bastante obvio, fue Lomuto, pero hay que aclarar que esta frase no la pronunció ni Malerba ni Pracánico, tan sólo se sobreentendió con el beneplácito de ambos: quiso entrar en la empresa, Dios sabe si no llevó a cabo otras operaciones semejantes desde que empezó la «guerra contra la subversión», acaso también y de paso ligarse a Mónica Franchini y encontró su oportunidad en el espíritu perturbado

y débil de Luis Lepera que actuó en toda esta historia algo más que como cómplice, fue en cierto sentido coautor, a veces reticente y temeroso, a veces decidido, pero siempre activo, siempre dispuesto a facilitar los proyectos de su entrañable compañero de club, el vicealmirante Lomuto, pero vaya usted a mostrar pruebas, dónde consta, observó Pracánico, que el ingreso de Lomuto a las empresas fuera un acto ilegal, qué importa, «que esto quede entre nosotros», le confió, que tantos militares con poder se hayan enriquecido a medida que, con grandes riesgos personales –como lo destacan con fervor sus deudos cuando terminan muertos en una celada o en un enfrentamiento o en un accidente–, limpiaban el país de esos subversivos que amenazaban con llevarlo a la ruina, como ha sido probado, aquí sí que hay pruebas, fehacientemente en las declaraciones hechas por innumerables funcionarios y hasta por representantes diplomáticos de varios gobiernos que en muchos aspectos podrán diferenciarse de éste, pero no en el que está en cuestión, el de los subversivos, tan importante.

Por lo tanto, concluyen los dos, en eso están de pleno acuerdo, Luis Lepera es una pieza fundamental en este drama, sólo que, también en lo que le concierne es muy difícil demostrarlo; en cambio, se lo puede imaginar, acotamos nosotros, pese a las molestias de los interrogatorios y a las sospechas que se desprendían de algunas preguntas, ob-

jetivamente exitoso, su presente de poder empresario lo debe tener embriagado, habrá logrado olvidar el drama con toda rapidez, no es un secreto que el olvido es también una forma del éxito si se piensa que todo lo que un ser humano puede esperar y desear reside en este mundo y en este instante y que el modo de lograrlo ya no es determinante, todo ese drama está lejos en el pasado aunque hayan transcurrido escasos doce meses desde que vio el cadáver de su socio y concuñado sentado todavía en su sillón favorito, pálido y callado, la vida escapada sin remisión por ese agujerito oscuro en el pecho. Allá él con su conciencia; pese a que no hay pruebas, tal vez la conciencia le flaqueara cuando pensaba en el pobre Fresedo pero debía sentirse muy tranquilo cuando pensaba en sí mismo y en sus deudas o exaltado cuando evocaba a la agraciada Mónica, su cuñada, que había estado a punto de perderlo todo a causa de un marido esquivo, ingrato, desamorado o con la cabeza llena de pájaros locos que recorrían sus ventrículos en forma de una mujer otra en la cual podía ponerse el origen y la fuente de todos los males, incluso la propia muerte de quien con tanta liviandad alteró los pactos familiares y de grupo.

Queda, entre los personajes, el inspector. No es preciso que lo felicitemos por su trabajo: ya lo hizo el jefe de policía y no tenemos por qué hacernos cargo de sus términos, puesto que gran parte de sus méritos son ajenos, la solución, como lo he-

mos visto, se dio por casualidad, si no hubiera estado de turno la noche del 31 de diciembre, completamente a su pesar y aunque por el lado personal no tuviera alternativas mejores, y no va a la esquina de Quintana y Viamonte para ver qué demonios le pasó a un anciano que tropezó y cayó en un boquete dejado por la telefónica, nunca se entera de la existencia de Froylán Contursi y menos todavía de que podía haber tenido que ver con ese crimen de un año antes que, por casualidad, de puro aburrido, había estado evocando ese mismo día. Quizás, y para sacar el tema del terreno profesional donde todo es discutible, los métodos cambian de acuerdo con escuelas y filosofías siempre modernizantes, debemos tan sólo alegrarnos por lo que podríamos llamar el «gran salto espiritual» que en pocas horas experimentó. Recuérdeselo entregado a sombrías cavilaciones sobre su fastidioso presente y su nulo porvenir, encerrado en una oficina de segundo orden de una dependencia policial mediocre, tanto más cuanto que estaba en una ciudad llena de promesas excitantes, a la manera, para algunos, de la isla de la felicidad, con aire de mar, lugares bailables pletóricos de mujeres hermosas, lujo, dinero, azar, pero él, sin ánimo de nada, sin referente familiar preciso y sufriendo sin saberlo, que es el peor de los sufrimientos, su vacío de imaginación, su imposibilidad de atravesar un bloque incomprensible, un relleno de hechos inconexos, y contémpleselo aho-

ra, recibiendo felicitaciones de un jefe que, como premio a su celo y talento le dice que, por supuesto, lo felicita pero que no debe hacer nada, ni informar al comisario Vargas, su superior inmediato, ni elevar la causa de los Contursi al Señor Juez, todo sería muy complicado, opina el jefe ahora distendido y sin sombra de preocupación en el rostro, y no se llegaría a nada de modo que es mejor que los ponga a todos en libertad, a todos es un decir porque presos sólo estaban los hermanos Contursi, uno de ellos rubio y apuesto, orgulloso y amenazante, gatillero de lujo, el otro un moreno sufrido, empleado de comercio, preocupado y honesto, el tipo nacional mismo, lleno de valores puros.

Con palabras tan sabias y sugerencias tan reconfortantes, puesto que es mucho mejor no hacer nada que andar haciendo sumarios que obligan a redactar acusaciones, incluido el hecho de que los acusados y remitidos al Señor Juez pueden molestarse y resentirse, el inspector Malerba se retiró de la magnífica oficina no sin hacerse cargo de alguna gratificación, virtual, por su brillante actuación. «Usted tendrá noticias», le advirtió Pracánico, en medio de una nueva batahola de guiños, lo cual quería decir algún premio, ascenso, traslado o lo que en estos casos se suele dar como recompensa por un trabajo bien hecho.

Pero lo que el ahora ingenuo inspector, por haber creído en esa promesa, no pudo saber, noso-

tros sí y no vale la pena señalar cómo ni por qué, tal vez porque todo narrador es como una mosca que se va y se queda de los lugares en el mismo acto, es que de inmediato, sin solución de continuidad, como se dice por lo corriente en el idioma de las emisoras de radio, ingresó a ese magnífico despacho, por otra puerta, oculta por una pesada cortina de terciopelo, adivinen quién, pues nada menos que el mismísimo vicealmirante Lomuto, del que se había hablado sin mucho cariño pero con toda objetividad en ese mismo lugar pocos minutos antes; se diría que estaba esperando que el policía saliese y el modo en que entró, como si tuviera acceso directo a ese admirable lugar –¿habría escuchado el largo informe que, con todo respeto, hizo el diligente inspector?–, un modo ansioso, tal vez pasional, traslucía con toda claridad su interés por el asunto tratado, un probable aspecto de su personalidad, la pasión, que muy poco hemos destacado: si se mira bien hacia atrás, en lo que se ha venido relatando, el vicealmirante siempre apareció un poco a lo lejos, mencionado a propósito de otros, y definido por su título y sus funciones, como un ejecutor de una política de gobierno pero no como un ser humano, lo era sin duda también, se le puede perfectamente atribuir que más de una vez se pondría en el lugar de subordinados y «chupados», como se decía entonces, temblando al mismo compás con el que debían temblar esos otros en cuyo lugar se pondría, hasta ese punto

debía llegar su humanidad. Entró, como señalamos, se sentó sin vueltas en una de esas sillas que más parecían piezas de museo, y mantuvo con el jefe de policía una prolongada conferencia cuyos términos se pueden adivinar dado todo lo que ha sido dicho antes: los omitiremos, queremos disipar, en la medida de lo posible, cualquier mala interpretación sobre eso que se designa como punto de vista de la narración y, por eso, no los consignaremos por escrito. Sin embargo, una pregunta puede formularse: ¿cuál de los dos, Pracánico o Lomuto, hizo más gala de autodominio? Recordemos que ambos toman decisiones en sus respectivos lugares de mando pero que uno guiña los ojos de una manera que, si no fuera que es involuntaria, se podría calificar como exagerada, mientras que el otro fue presentado como un atento y providencial seductor, son personas muy diferentes. Otra pregunta: ¿es tan obvio que, por lo que sabe, el jefe esté en una posición de mayor poder en este momento?

No vamos a responder a estas graves cuestiones, nos limitaremos a transmitir la sensación de sorpresa que pueden producir reuniones de este tipo, se suponía que uno y otro encarnaban no sólo principios antagónicos sino también papeles diversos, uno el investigador, el otro el sospechoso, pero quién puede afirmar, dogmáticamente, que lo sabe todo en estas materias, en verdad nunca se termina de aprender, si de la gente se puede afir-

mar algo es que no es simple, hablando de sus conductas, sobre todo si se consideran las responsabilidades que personas como ésas tienen en los destinos de otros, tantísimos, a quienes ni siquiera conocen aunque para la situación presente no era el caso, todos se conocían. Es increíble cómo se traman redes, cómo se vinculan las personas y, ni hablar, los personajes: lo único que falta es comprobar, pero es absurdo y melodramático hacerlo, que Lomuto puede ser el padre de Froylán Contursi y que Lepera y Pracánico son, por ejemplo, primos hermanos mientras que Fresedo, por ser morocho, estaba vinculado con Contursi padre, en tanto que Pugliese y Simone reconocieron en Malerba a un semejante, no digamos en las hermanas Franchini, en fin una locura relacional completa, propia del folletín radio o teleteatral y no de un relato digno y serio, como éste lo quiere ser. Nosotros sabíamos de los conocimientos recíprocos que existían pero todos se conocían, en particular ellos dos, Lepera y Lomuto, sin duda, como parece ser una norma para el elenco humano de que se trata, se habrían conocido en la escuela y luego habrían hecho juntos la carrera militar, sufrieron los mismos vendavales durante el duro aprendizaje naval, gozaron de comunes distensiones en el Club Naútico, se podía pensar, también, que había entre ellos afinidades políticas tales que no dejarían de darse mutuos apoyos ni, hecho lo mayor se puede hacer lo menor, de pa-

sarse avisos o informaciones que pudieran interesarles o concernirles a los dos, amistad, solidaridad, se llama a eso. Esto significa, a nadie puede escapar la consecuencia de estas afirmaciones, que si fueron a la misma escuela también fueron compañeros de Lepera y del pobre Fresedo, de otras promociones quizá, lo que explica el interés personal del jefe por los cabos sueltos relacionados con la investigación sobre su muerte, todo lo cual, ese conjunto, permite exclamar «¡qué pequeño es el mundo!» y verificar, otra vez más, cuán entrañables son los lazos que se establecen entre ciertos hombres, una vez establecidos nada los puede romper, no se pueden separar, crean ciertos mitos de camaradería e iniciación, para ellos es como si el resto del mundo no existiera, tan presentes se tienen unos a otros.

En fin, los dejamos dialogando, se sabe de qué se quedan hablando, no será del terrible calor estival y, menos todavía, de la peculiar luz de Mar del Plata, sobre todo en verano. Deben hablar, no sin preocupación, de recuerdos del porvenir, si usar una frase semejante no devuelve ciertos ecos burlones, si se le da a esta expresión su correcto y positivo alcance de tenaces proyectos forjados durante toda una vida.

9
Los mares del sur

Cuando, a los dos días de su regreso a Mar del Plata, era ya el 19 de enero, el inspector Malerba hizo poner en libertad a Froylán Contursi, Dardo había salido hacía unos días: ya en la calle, el asesino –nadie se sentirá lastimado porque lo designemos con tan duro calificativo– se dirigió ante todo a su nido, claro que con cierto sentimiento de desprotección a causa de que había debido dejar en manos de la policía, era lo menos, su magnífica pistola; la dejó no por su voluntad y algo en esa concesión lo lastimó pero no mucho, tenía la certeza de que quien se la había procurado ya le conseguiría otra, sobre eso no tenía dudas; no se aferraría, por otra parte, a bienes terrenales, su filosofía, por lo que hemos podido saber, estaría más ligada al goce pleno del instante que al ahorro y a la capitalización.

En el camino a casa algunas imágenes se le deben haber formado en su cabeza, no tanto las que tienen que ver con una ciudad como Mar del Plata, que alguien que estuvo ausente aunque sea por poco días casi siempre configura con ansia al re-

gresar, queriendo beber los perfiles de las casas y el ruido del mar, por no mencionar la eterna luz marplatense, sino más bien las de lo que dejaba atrás, la gresca familiar, el hermano furioso e indominable, la madre aullante, los niños al acecho, la comisaría que nunca imaginó que le podía tocar, ese policía inquisitivo y chato, del que no se podía sacar mucho, ni complicidad ni agresión, tan carente de relieve personal que podía parecer enigmático.

No se había cambiado de ropa, de verdadera y buena ropa, en varios días, y deseaba con sinceridad esas telas suaves –es una tradición que a los asesinos de aspecto hermoso les guste la buena ropa y la buena vida en general– que lo esperaban, pacientes, en su ropero. Su santa madre, por otra parte, no había aparecido por la comisaría y su hermanito menor sólo había asomado su admirativa nariz nada más que para traerle alguna comida suplementaria, ya sabemos que, aunque la regular de la policía es mediocre y aun mala, él podía conseguir la mejor por sí solo, tan alta era la vara que tenía en ese lugar. Pensaba, al caminar por la calle Rioja, que pese a que no lo había pasado tan mal no había sido sin embargo una vacación, hubo momentos desagradables, descompensatorios, pero un hombre como él debía admitir que había límites, marcados por la mala suerte desde luego, no por otra cosa, nada demasiado lamentable aunque sí una punta de preocupación

causada por un fuertísimo sentimiento de soledad, en la comisaría y ahora al salir y encaminarse a su departamento. Razonaba sin razonar, lábilmente, y si bien estaba contento, el aire libre y la calle, con un lleno de mujeres, algo se escapaba, la luz quizá, que no terminaba de entender, como si a un ciego le hubieran devuelto la vista de repente y tuviera que sentirse cómodo con lo que ve; este orden de sentimientos es mucho pedir para un hombre como él, y Contursi no estaba para análisis refinados ni consuelos metafísicos. Después de todo, el asunto había terminado bien y ahora, en su departamento, tres cuartos vista al inmenso mar en un edificio de la calle Corrientes, bañado y refrescado, con otra idea acerca de la realidad, debe haber pensado, es lógico, que debía retomar pronto los contactos laborales –era comprensible que sus compañeros de tareas y sus jefes, dada la índole de sus obligaciones, no se hicieran presentes en la comisaría–, esa dura empresa a la que de ordinario se consagraba, pero en la que le pagaban por pieza, por decir así, de modo que si no producía no ganaba y hacía casi tres semanas que no producía. Decir que en ese momento pensó en lo que era su vida en los términos en que podría pensarlo ese insoportable hermano Dardo, por ejemplo, sería propio de otra novela, de una novela de conciencia; más bien se puede imaginar, recuento que de seguro hizo en los días de la celda, de qué manera había hecho gala de sus cualidades sexua-

les con tal y cual mujer y sentir que una de esas mujeres estaría por llegar, anhelante, para consolarlo del mal rato pasado en esa soledad comisarial, no el infierno pero sí molestia y ambigüedad, le parecería natural, hasta excitante pero porque existía una secreta razón no pisaba del todo firme en ese territorio, que antes del episodio era indubitable y ahora extrañamente incierto.

No tuvo tiempo de pensar en su vida, y como hacerlo alguien como él sería propia de otra, diremos que Contursi tal como es está condenado a permanecer en esta novela; tal vez no piense, en el sentido fuerte de la palabra, pero se le puede conceder que sienta, con mucha frecuencia odio, casi de ordinario es indiferente pero, en todo caso, sus sentimientos son súbitos, ira, temor, angustia, autosatisfacción, peligro, vertiginosos y arrebatadores pero poco duraderos. La duración del terror en una cara, la de un disparo en la nuca, la del golpe en el vientre a un desconocido atrapado por sus camaradas y socios, eso, como mucho.

Después de un rato lo vio, cerca de la puerta de entrada de su departamento, en el piso. Se había dado cuenta sin haber oído nada, sabía con intensidad, porque lo estaba esperando, que algo había llegado y ahora, de pronto, lo vio, era un sobre, cosa que no lo sorprendió, estaría acostumbrado o sería ése, silencioso, el modo en que se comunicaban con él, y en su interior un lacónico papel en el que estaba escrito «esta noche, con

maletín y todo», sin firma, no era necesaria, él comprendió.

Lo que hizo durante el día puede ser materia de conjetura pero también es previsible; lo damos por cierto y, por ello, usaremos, para referirlo, el tiempo verbal de pasado, como si lo hubiéramos visto y comprobado; es una ilusión, no cabe duda, pero muy útil para no disgregar los actos que por fuerza debió ejecutar, a lo mejor tan sólo porque muchas otras posibilidades no tenía. Más difícil, porque no está en su naturaleza, es atribuirle pensamientos, abstractos y aun concretos, y más fácil sería crearle incidentes, situaciones inesperadas, una llamada telefónica de su padre, por ejemplo, recriminándole su conducta o, más arbitrariamente, una llamada de la agencia de seguros reclamándole el pago de una póliza, largamente vencida o, de manera más factible, una de su madre, amorosa y dedicada como siempre. Nada de eso es necesario: Froylán Contursi era un ser eléctrico, construido como si fuera un robot, su pelo rubio resplandeciente le confería un halo, sus labios finos indicaban dureza y sus movimientos precisos sugerían eficacia al servicio de la crueldad. ¿Qué se puede esperar de alguien así, a qué atribuirle exquisitas sensaciones, salvo el acerado impulso de disparar un tiro al corazón de un ser inerme, sentado en su sillón y medio dormido, con un arma alterada para evitar que se conozca su origen, salvo su fidelidad a la persona a cuyo servicio en realidad funciona?

Así que empezaremos por señalar –no nos atreveríamos a llamar «acto» a eso– que no salió del departamento ni llamó a nadie; durmió bastante y se hizo traer comida, algo liviano, un bife con ensalada de lechuga, como bebida agua mineral, había que cuidarse; acaso leyó los diarios, si lo hizo fue distraídamente, no esperaba ver nada en policiales, el inquieto Cobián, en *El Oleaje*, parecía cansado en los últimos tiempos, se había agotado con el asunto Fresedo, y ahora no tenía ningún crimen de clase media que pudiera levantar el ánimo del estimado público; pudo mirar la televisión –no llamaría a su madre, ni siquiera sabría donde estaba, presumía que fuera de la ciudad, su hermano César le había informado que eso podía ocurrir, menos todavía a su mandante, le estaba prohibido–; buscó papeles en un ingenioso embute practicado en un zócalo de una cómoda, como si fuera un financista que vuelve de vacaciones y encuentra todo revuelto, y los ordenó, preferimos no «mirar por encima de su hombro», no vamos a decir de qué se trataba; hizo cuentas, estaban en deuda con él, supuso que a la noche le pagarían; durmió, volvió a dormir, se levantó, buscó un maletín y puso en él los papeles que había revisado y acomodado, ese impreciso e imperativo «todo» del mensaje llegado en un sobre, por debajo de la puerta.

Se dio un baño, luego se vistió eligiendo con cuidado la camisa, hilo puro, pantalón color claro

y saco de lino, más oscuro, zapatos de tela, italianos; se peinó, su pelo brillaba, parecía una aureola de oro y salió, ya era el atardecer bastante pasado, las sombras de la noche avanzaban con fuerza luchando contra la luz remanente, los turistas volvían de las playas y su aspecto, gastado, contrastaba con el de su inexpugnable elegancia, belleza se diría. Quizá quienes se cruzaron con él en ese trayecto no sintieron que pasaban junto al ángel de la muerte, tal vez, por el contrario, podían asociar y vincular esa figura encerrada en sí misma, resplandeciente la testa dorada como uno de esos santos de Fra Angelico, con otras figuras similares, como si él fuera la concreción física y peligrosísima de una imagen platónica que, también real, señoreaba en las cámaras de tortura diseminadas por diversos lugares del país y engendraba réplicas bastardas pero igualmente mortíferas.

Caminó, se tomó tiempo para dirigirse a su destino, es posible que haya tomado un café de paso, tal vez miró a alguna mujer y, al llegar al viejo Hotel Lafayette –la calle estaba todavía caliente, el pleno verano marplatense, y las calles del centro llenas de gente atropellada, consumidora– pidió habitación, porque la temporada no era brillante había, ordenó whisky, una vez dentro se acomodó para ver la televisión, tenía que esperar, no dependía de él, y esperó.

De pronto se despertó, el aparato seguía prendido y sus ruidos se mezclaban con los del aire, el

viejo acondicionador roncaba y emitía cuchillos gélidos en una sola dirección. Eran las tres de la mañana, el maletín seguía allí, y afuera, en los pasillos, todo estaba en calma. Un par de golpes en la puerta lo hicieron incorporar. Ahora vería al vicealmirante, con quien se había encontrado varias veces en las mismas condiciones, sólo que tal vez en otras habitaciones. Abrió sin preguntar ni mirar y no era el vicealmirante quien lo encaraba desde la puerta sino dos hombres a los que creía conocer un poco y que le dijeron «el vice –creyó oír "el jefe"– no pudo venir». Cuando pasaron y le pidieron ese «todo» que debía estar en el maletín fue, confiado, a buscarlo, les dio la espalda un instante y cuando volvía para ofrecerlo uno de ellos le disparó, la bala le dio en el cráneo y no tuvo ni siquiera tiempo para sorprenderse de nada. Empezaba ya el día 20 de enero, una fecha muy especial aunque secreta, no vale la pena decir por qué.

Esa muerte tardó, lógicamente, en trascender; de hecho, quienes, como Luis Lepera o el propio inspector Malerba, podían haber pensado que algo significaba, no se enteraron, nadie iría a contarles que en un cuarto del viejo Hotel Lafayette había sido descubierto –y eso había tardado, sólo al final de la mañana las mucamas pensaron que algo raro ocurría en esa habitación y avisaron al gerente quien, a su vez, llamó a la policía como a eso de las tres de la tarde– un cadáver, un hombre de apellido Grela, omitimos decir que con ese nombre se

había registrado el que en vida se llamara Froylán Contursi, y que por eso los agentes demoraron en determinar que en realidad se trataba de ese asesino contratado al que acababan de poner en libertad, la víspera misma, por falta de méritos, cosa que toda la policía sabía aunque algunos agentes no ligaron, podía hacérseles difícil creer que un tipo al que acababan de liberar regresara pocas horas después en esas condiciones. Es más, se puede suponer que para Lepera, cuando Contursi salió en libertad, había terminado por saber que estaba preso, su muerte fue un alivio, sensación de placer sumada a la que había experimentado al saber que el procedimiento del cual no había sido omitido no había dado lugar a ningún sumario; buen nombre y honor se dice en estos casos. Y si al salir de los interrogatorios debió sentirse feliz creyendo que porque las preguntas habían cesado la pesadilla se había disipado, ahora, con la desaparición del asesino efectivo, todo iría a parar al olvido.

El día 21, después del intenso calor de la víspera, una tormenta empezó a formarse desde el norte. El tiempo cambiaba y pronto empezaría a llover. No obstante, Lepera no haría caso de novedades meteorológicas a las que estaría acostumbrado, tan imbuido estaba de su nuevo papel como director general de las empresas ya desde la muerte de Fresedo pero ahora, que todo había concluido después del paréntesis que implicó esa especie de reapertura del caso, mucho más, es probable

que tampoco hiciera caso de otros cambios menos fáciles de percibir, es comprensible. Sobrevolando el relato, por lo tanto, lo veremos, con esos ojos todopoderosos con que hemos mirado en y con los personajes de este drama, instalado en las oficinas del grupo dando órdenes, con una especie de entusiasmo renovador, como si hubiera sido colocado en ese lugar para corregir imperdonables desaciertos de la administración anterior, no por obra de su propia y semifratricida, porque eran casi hermanos, maquinación. Ahora, digamos que del 15 al 21 de enero, reinaba casi por completo en el conjunto de las empresas; daba órdenes, respondía por monosílabos, a la manera o en el estilo que se había impuesto en el país tanto para los negocios como para la política –poco le faltaba para decir «positivo» en lugar de «sí» o «aguarde» en lugar de «espere»–, tomaba café con desesperación y fumaba mucho, miraba a la cara de los clientes o proveedores como quien dice «trataré de ocuparme de su asunto». A lo lejos, sin embargo, estaba Lomuto, que se había cuidado durante todo el año, con toda prudencia, de opinar en materia de negocios sin duda porque confiaba en ese socio tan dispuesto a hacerlo entrar en las empresas, hasta con sacrificios humanos pero de eso ya no se hablaba, aunque no se había sentado cómodamente a esperar que la leche manara de esa buena teta; sin aparecer en persona, se supone que desde su despacho en la Base lo había estado llamando, se

mostraba muy interesado por cómo andaban las cosas y mencionaba proyectos e iniciativas con cierta imprecisión, se diría que con delicadeza, no queriendo irrumpir, es más, como si no quisiera que se pensara de él que no tenía ideas prácticas pero cuidándose mucho de someter sus iniciativas, que nunca presentaba redondas y concluidas, al buen criterio de su socio, mucho más experimentado, por cuya eficiencia juraba cada vez que hablaban. Ese interés tenue puede haberse manifestado, digamos que después de lo que se podía interpretar como un cierre del asunto respecto del cual el 17, ese día debe haber sido, en una de las tantas conversaciones telefónicas que mantenían, el mismo Lomuto fue quien le dijo, sabía lo que decía pues su entrada por la puerta oculta a la oficina de Pracánico había sido el día 16, que todo había terminado y que la muerte del casi olvidado Fresedo pertenecía al pasado.

Pero el 21 hubo un cambio, que sorprendió a Lepera; fue un cambio de tono, nada más: Lomuto hablaba, en el llamado cotidiano, como si en los pocos días precedentes hubiera aprendido todo respecto de negocios, como si se hubiera recibido de ejecutivo, un máster o algo así en la universidad de la vida, ni siquiera en esas de administración de empresas que tanta seguridad infunden en sus educandos; nada de insinuaciones ni de sugerencias sujetas a aprobación. En realidad hubo dos llamados; en el primero, muy temprano, hizo to-

do para destacar que las cosas habían cambiado, fue cortante, no preguntaba, sus silencios eran de plomo, Lepera no sabía qué hacer; en el segundo le hizo un anuncio, se ve que tenía iniciativas en sus manos: un grupo de financistas españoles tenía interés en invertir fuertes recursos en las empresas, compras de deudas, maquinarias, asistencia técnica, etcétera, para qué vamos a entrar en detalles. Leyendo un poco entre líneas, por más ingenuos y poco experimentados que en materia de negocios seamos, todos en la posición de Lepera sentiríamos, y también le ocurrió a él, cierta inquietud, así sea porque todo crecimiento súbito inquieta, en especial cuando un tercero, hasta ahora inoperante y con pocos conocimientos, aparece como su artífice pero con piel de mediador. Formas acaso engañosas del bien, que terminan, se puede intuir, por arruinar a quien se deja atrapar por sus disfraces.

No es difícil, por lo que sabemos de su modo de reaccionar frente a los peligros, que de inmediato pensara en cuánto le había costado obtener el control y que sus buenas obras podían esterilizarse, a apenas una semana del triunfo. Pero si bien tuvo una intuición del riesgo que se insinuaba, en cambio no tuvo un buen reflejo para neutralizarlo, tampoco lo había tenido, como lo consignamos a propósito de las fotografías tomadas durante el sepelio del asesinado, en el cementerio –¿qué creería, que nadie se iba fijar?–, y si en

aquella ocasión el peligro se conjuró por sí solo o por pura desidia de los investigadores, ahora no sería tan fácil puesto que quien lo encarnaba era, precisamente, el que de una u otra forma había ayudado a reducir dicho peligro, tal como se lo dijo luego de su última secreta y exitosa entrevista con el comisario general Pracánico, jefe de policía de toda la provincia.

Su respuesta a la primera llamada de Lomuto fue balbuceante, se sorprendió y, a la segunda, algo seca y cortada, necesitaba pensar tan interesante propuesta le debe haber dicho pero, a decir verdad, se sintió mal y, según su costumbre, angustiado y, puesto que no podía llamar a su psicoanalista –lo más seguro es que lo había dejado de ver cuando empezó el plan Fresedo, su psicoanalista no se habría hecho cómplice de ese plan, si no por espíritu de justicia al menos por miedo a tener que ver con seres nocturnos del tipo de, aunque no lo conociera, Froylán–, ni pensarlo a Claudina, su mujer, empezó a beber, whisky es lo que se aconseja en estos casos, un buen Old Parr u otra marca prestigiosa que, es una lástima, no estaba en condiciones de apreciar: no podía hacer otra cosa, bebió no mucho al principio pero luego insistió, trató de pensarlo, se dijo «es imposible». Unas horas después, sobre el final de la tarde, dándose cuenta de que había oscurecido de manera pesada y homogénea y presintiendo que el clima no estaba de su parte, después de todo quien esta-

ba en contacto con el clima por razones profesionales era Lomuto y no él, tomó coraje y llamó a un número que Lomuto le había dado por si se diera una extrema necesidad.

Al rato lo atendieron, le debe haber parecido –cuando hay ansiedad y temor esto sucede– que, como el timbre sonaba demasiado pausado, aminorado, como si el lugar estuviera vacío, había transcurrido una eternidad. «No se habrá ido», pudo habérsele ocurrido pero no, estaba, lo atendió e, ignorando lo que él mismo le había autorizado a hacer, lo llenó de gritos por haberlo llamado ahí, debe haber interrumpido una ocupación apremiante para atenderlo, en su tono no quedaba ni el recuerdo del viejo amigo, tan seductor. Lepera tiene que haber imaginado cosas horribles, que antes nunca quiso imaginar, previsibles no obstante porque se sabía lo que ocurría en la Base Naval en esa época, torturas y calabozos oliendo a aguas podridas pero no lo dijo, estaba demasiado ocupado en tener miedo de su reacción como para expresar lo que él mismo llamaría «ideas políticas». Pero ¡cómo son las cosas!, resulta que él sabía o presumía de qué se ocupaba Lomuto pero sólo ahora se atrevía a decírselo a sí mismo en el más profundo secreto de su frívolo corazón: si le diéramos tiempo y calma, o sea si le ofreciéramos que no hubiera más militares en el poder, podría llegar a decirse a sí mismo, y luego a los demás, que él sabía desde el primer momento, desde la primera

hora, lo que sucedía en los cuarteles marplatenses, un verdadero luchador, pero como su tiempo es breve no tendrá esa oportunidad de redimirse. Lo presumía en el radio corto marplatense, no podía saber, eso se determinaría mucho después, que Lomuto ejecutaba ese tipo de operaciones también en otros lugares del país, no le costaría demasiado, era cuestión de minutos, interrumpir sus tareas en Mar del Plata y corporizarse en Núñez, vuelos mediante, en los mismos aparatos aquilinos que servían tanto para trasladarse como para trasladar a otros y depositarlos en el fondo del mar.

No obstante las trémulas emociones que lo sacudían, sobre todo el miedo, le dijo, podemos dar fe, que no aceptaría esa combinación con los españoles, no porque tuviera nada contra los españoles o le pareciera mal sino, esto se lo guardó, porque quería pisar firme, tener verdaderamente el control, sin poner en duda, esto sí lo dijo, que el hecho de que Lomuto hubiera ingresado a las empresas implicaba cambios ventajosos para todos, lo dijo hasta con un poco de emoción. Si nos dejamos llevar por nuestras interpretaciones, con toda objetividad, diremos que Lomuto no fue demasiado sensible a estas declaraciones, sí a la reticencia que manifestaban; la prueba es que le dijo «pero no hay que olvidar lo que hicimos por nosotros». Era un susurro pero sabemos lo que esa clase de susurros intenta trasmitir.

Está claro que aludía, no hay otra interpreta-

ción, a los episodios que habían vivido hacía muy poco, o sea a la eliminación de Fresedo, pero eso no era lo principal. Lo principal era el tono duro, se diría que amenazante, nada quedaba de su conocida gentileza. Lepera supo en ese mismo instante, mágicamente, del modo en que a los místicos, extáticos o danzantes, se les revela la verdad divina, que Lomuto no le había entregado todo lo que estaba depositado en la caja de caudales de Fresedo y que Contursi debió darle en su momento, por lo tanto, supo que estaba metido en un lío espantoso, otra vez a medias en todo, otra vez esa incertidumbre que, por lo que podemos conjeturar, lo había acompañado toda la vida y que se aferraba a él haciéndolo vivir, porque desde ese apego podía pelear por algo, y morir, porque vivir con ella era imposible.

Después de colgar el teléfono, así la cuestión, se echó otros whiskys casi sin respirar, dio algunas vueltas por el escritorio, lo que esos papeles contenían, sus compromisos brasileños, empezó a desfilar ante sus ojos, se tiró en un canapé destinado a reposos más tranquilos y, por fin, nadie quedaba en las oficinas, se decidió a salir.

Era ya de noche, casi extraño en enero, pero tal vez no tanto, hay infinitos relatos de cómo súbitos temporales arruinan las vacaciones en Mar del Plata, estaba lloviendo. Subió a su coche, era el único que quedaba en el estacionamiento, lo puso en marcha y con cierto chirrido de las cubiertas al

arrancar, como se debe, salió al exterior. Las calles asfaltadas brillaban y se reflejaban en ellas las luces; el cielo, era obvio, estaba cubierto pero las nubes eran claras, tal vez nimbus, y aumentaban esa particular luminosidad de la atmósfera que al comienzo del relato sostuvimos que era propia de esta ciudad.

Enfiló por el Bulevar Marítimo, no sin rumbo sino rumbo a su casa; el auto se deslizaba y la multitud de luces de enfrente y de la calle, la lluvia arreciaba, lo enceguecía o lo confundía, recordemos que el alcohol no es el mejor coadyuvante para el manejo en los días de lluvia, ni siquiera si es el de la mejor calidad; sin duda, las luces de los faros de los demás automóviles entraban en las gotas de agua, tanto las que iban cayendo como las que corrían por el parabrisas, y eso hacía un festival de luz y sombra, sólo que inmanejable y sin el menor atisbo de estética. Por un acto reflejo, no porque estuviera con ánimo, prendió la radio. Tuvo suerte, se escuchaba el llamado *Cuarteto póstumo,* de Schubert; los violines llenaron el exiguo espacio del coche pero, en vez de tranquilizarlo, le infundieron una especie de pánico, no era belleza lo que estaba en el auto llenándolo de vibraciones sino otra cosa muy diferente, que no tardaría en ponerse de manifiesto en toda su irrefutable destructividad.

Abreviemos: un coche se le acercó; como él miraba tensamente hacia adelante, ensordecido tal

vez por la música, no lo advirtió, además no tenía por qué y, cuando tomaba una curva, ese coche se le aproximó un poquito y le dio un golpe no muy fuerte atrás, en el costado izquierdo, nada muy serio, fue casi más bien un empujoncito que, como se vio después, no dejó ninguna marca, proeza imposible de superar pues un golpe, por pequeño que sea, deja una marca, con tanto acierto el golpe recibido que Lepera perdió el control y su auto resbaló, sin que lo pudiera contener, hacia la derecha, qué tremenda y desdichada casualidad, en un sitio exacto en el que falta parapeto, el municipio siempre rompe y luego Dios sabe cuándo arregla, ya lo pudimos advertir en una simple calle del barrio Los Troncos, de modo que el coche cayó, sus ruedas delanteras estuvieron un instante en el aire, vacilaron, mientras seguían girando, como si se tratara de un enorme animal al que de pronto le quitan el piso, un caballo mitológico y, luego, pero de inmediato dada la velocidad que traía, reclinando la trompa, se precipitó sobre las rocas que, por desgracia, estaban allí como esperando, rocas bellísimas de día, para saltar grácilmente de una a otra, pero terribles de noche para un auto que no tiene de dónde agarrarse y sigue cayendo hasta llegar al mar y hundirse, sin dejar de rebotar pues ahí las rocas continúan no se ve hasta dónde, para perturbación de los pulpos y calamares adheridos a ellas, animales conservadores si los hay pero, si pudieran expresarse, muy asombrados lo harían

porque de ese objeto extraño que se hunde, aunque no hasta el fondo, sale luz y se escucha una música potente hasta que todo concluye en un estrépito que nadie humano podía escuchar, porque el auto del golpecito, único que andaba por el paraje, siguió su rumbo lo más tranquilo, sin detenerse a ver qué había pasado, y el silencio nocturno y rumoroso del mar, se comprende lo que esto quiere decir, volvió a restablecerse para tranquilidad de moluscos, algas, corales y peces.

No demasiado pronto en relación con el momento en que ambas muertes se produjeron, pero en algún momento ocurrió, ambas muertes fueron conocidas; habrán pasado unos dos días, identificaciones y trámites incluidos, hasta determinarse quiénes eran las víctimas y de qué modo lo fueron no obstante los previsibles matices diferenciales entre ambas. En cuanto a Contursi no le fue fácil a los agentes hacerlo porque nadie informó de su ausencia a los lugares habituales ya que, ave de la noche, no los tenía, cambiaba con frecuencia de paradero y sus amigos no eran de esa clase de gente que va a la policía cuando alguno de ellos se ausenta o se aleja o se encierra; además, no formaría parte de sus modalidades sociales hacer regular acto de presencia en ninguna parte ni avisar acerca de sus planes, a su familia menos que a nadie aun suponiendo que su familia hubiera regresado a la casa de la calle Quintana. En el caso de Lepera, su mujer, Claudina Franchini,

avisó a la policía el 22 por la mañana, al día siguiente del accidente, llamémoslo así, ella advirtió su tardanza primero y su ausencia después, bien avanzada la noche y, esperándolo, cada vez más angustiada, se durmió atemorizada sin duda por los rugidos del temporal en el cielo y en el mar, y fue al despertarse que vio que no había regresado; ya sabemos que los únicos testigos de dónde habría ido a parar, con su automóvil incluido, eran los mismos que lo llevaron a ese fin, de modo que ellos no se habrán tomado el trabajo de decirle a nadie, y menos a los medios de información, «fíjese que vimos caer un auto en tal lugar y a tal hora». Esos dos importantes protagonistas de lo que ahora podemos llamar «el drama Fresedo», es un hecho, murieron con un día de diferencia y eso tendría que haber llamado, ¿a quién?, la atención; dejamos que se hagan sobre ello las interpretaciones que se quiera, morir en un hotel es una cosa, rodar por las rocas de la orilla es otra, pero nosotros sabemos que no hay más que una interpretación, para qué formularla.

Sea lo que fuere, está claro que no nos dejaremos llevar por la tentación de iniciar nuevas investigaciones a propósito de éstos que también, ¡qué duda cabe!, son asesinatos: no hemos terminado con uno y ya aparecen otros que podríamos dilucidar, pero no aceptaremos el desafío, las bifurcaciones, como en las novelas japonesas, pueden ser infinitas y ya hemos abusado de las digresiones in-

cidentales, no lo haremos con las argumentales; basta para un narrador con inscribir un nombre e imponerle un atributo para sentirse autorizados a internarse en su conflicto de personaje, más todavía si se le pega, al personaje, la etiqueta de asesinato, situación novelesca si las hay. Como sea, y para no dejarnos llevar, diremos que estas muertes son derivaciones o consecuencias de la primera y que a ella, por una cuestión de rigor, debemos atenernos. Tanto son sus consecuencias que un escéptico, en conocimiento de todo lo que los precedió, diría «era inevitable que se produjeran». No es la sentencia que pudo haber pronunciado el poco escuchado comisario Vargas que, por las razones que se indicarán, no estableció entre ellas ningún nexo, a él le parecieron muertes rutinarias, ni valía la pena considerarlas aunque se llenaran algunos papeles por la forma; tan escasa importancia les dio que, siguiendo su habitual reserva o rigor o celo, no le hizo ningún comentario a Malerba, no es de extrañarse porque lo excepcional de la muerte no lo es en una comisaría, muerte es lo que ahí sobra. De haber sido informado, Malerba habría podido hacer alguna inferencia pero no fue así, digamos que perdió el pie y, como lo veremos, perdió en toda la línea.

No nos internaremos, por lo tanto, en las derivaciones de ambas muertes porque eso sería adjudicarles un interés en sí; interesan, desde luego, pero sólo a los efectos de la narración; así, como

ejemplo de lo que podría ser dejarse atrapar por ellas, se podría decir que la madre loca de los Contursi o el hermano enojado no se extrañaron demasiado de que hijo y hermano no diera señales de vida durante cuarenta y ocho o setenta y dos horas, muchas veces había pasado más tiempo que ése, semanas y meses, sin llamar ni informar acerca de su salud o paradero o propósitos o buena fortuna; como se puede apreciar eso no importa mucho, así como tampoco que Claudina Franchini, fiel a su costumbre, esperó la noche del 21 el regreso de su marido como quien cumple con un rito y que, contra su voluntad –la noche tormentosa lo propiciaba– se durmió de modo tal, era joven y se sabe que jóvenes y piedras son semejantes para el dormir, que sólo al día siguiente, cuando el sol iluminaba de nuevo la ciudad todavía mojada, diera su angustiado aviso. Importa más que muy poca gente las relacionara, ni siquiera, como ya se adelantó, el comisario Vargas, de quien el inspector Malerba era subordinado directo.

Hablemos, porque conviene, del comisario Vargas, así sea brevemente, es raro que lo hayamos mencionado antes de manera sólo ocasional –lo cual hizo que se pudiera pensar que Malerba estaba solo y actuaba solo, como si toda la policía fuera él– pero también hay que decir que su actuación no tuvo mucho relieve; pudo haber estado en su despacho ese 31 de diciembre con que se inicia el relato y el segundo gran capítulo del «drama

Fresedo», jornada ingrata para Malerba pero, sin duda, impulsado por la culpa que dimanaba del hecho, y era un hecho incontrovertible, de que se iría a celebrar el fin de año en familia mientras los otros, incluido Malerba, debían quedarse de turno comiendo los clavos del resentimiento, se fue sin saludar o si saludó fue de modo tal que más bien hizo acrecentar el fastidio de los que se quedaban si no el odio; estimulado por la misma culpa, es lo que pasó, omitió llamar para preguntar por las novedades o no fue interrumpido para ser informado de un hecho menor, el de un hombre accidentado en la vía pública, hablamos del viejo Contursi. Por eso, para no diversificar ni hacer rellenos narrativos, el relato no es una morcilla ni un rosario de diálogos inútiles, sólo lo habíamos mencionado pero ahora corresponde ocuparse un tanto de él. En primer lugar porque Malerba, por orden del jefe Pracánico, no le informaba acerca de los avances de la investigación que, muerta hasta el día 31 de diciembre, se aceleró, como lo señalamos, a partir del 2 de enero, razón por la cual no podía saber que pocos días después, el día 16, en la suntuosa oficina de la jefatura, en la Capital, Contursi y Lepera habían quedado unidos, casi casados no ante Dios ni ante la ley sino ante el demonio del crimen; en consecuencia, no había ningún motivo para decirle a Malerba que los dos habían muerto, en condiciones propias de su estilo de vida uno, por un accidente de coche el otro. Por otra parte,

se le había informado de uno y luego, horas después, del otro, ninguna conexión. Pero, además, el comisario Vargas no estaba contento con el modo en que Malerba había conducido el pleito, menor, es cierto, de los hermanos peleadores: le debía haber parecido un asunto trivial, no comprendía por qué los retuvo tantos días, por qué citaba a otras personas, de otra clase social, por qué no los sumariaba ni, por qué, por fin, los puso en libertad. Malerba, es cierto, tenía dificultades para explicar el sentido de sus acciones lo que, necesariamente, creaba equívocos y malas interpretaciones, es muy frecuente que en situaciones críticas, en las que es imprescindible hablar y decirlo todo, haya de pronto alguna interferencia que crea zonas de sombra, algo que no se puede o debe decir y que genera malestares, no de otra cosa que de estas omisiones está configurada la tragedia.

De aquí se desprenden otras consecuencias lamentables; como el estado de ánimo del comisario Vargas no era favorable y su comunicación con Malerba estaba colapsada, intuía tal vez algo en el comportamiento de su subordinado pero su sentido se le escapaba, en las raras ocasiones en que se vieron lo sometió a la ley del desprecio, o si es mucho decir de la indiferencia, y no le comentó las últimas novedades; por la misma razón, un poco infantil a decir verdad, comisionó a otros agentes a que investigaran la muerte del maleante asesinado en el Hotel Lafayette, de apellido Grela,

nosotros sabemos que era Contursi y, en cuanto al automóvil que fue descubierto en el mar con un hombre dentro, rodeado de calamares, no creyó necesario tomar ninguna iniciativa luego de ser informado de la novedad porque el mar es jurisdicción de la Prefectura y eso implica delicadas cuestiones de competencia, más en esos tiempos, con los militares nunca se sabe qué ofensas se cometen o, más vulgarmente, qué pies se pisan.

El hecho es que Malerba no se enteró: la noche del 21, preocupado por la tormenta que se veía venir desde la ventana de su despacho, salió temprano, entró en su maltrecho automóvil y enfiló rumbo a su casa –no lo imaginamos yendo a buscar, con semejante tiempo, aventura o solaz en ningún paradero del camino–. Dejó de lado el Casino, en el que comenzaba a entrar gente ilusionada, desde luego, bordeó el mar por la Costanera, miró distraído el chisporroteo que las aguas embravecidas hacían en las rocas y muy pronto se enfrentó con su dura realidad diaria, su desgastado departamento de la Diagonal Alberdi, una zona de Mar del Plata que no consigue parecer habitada aunque no esté abandonada. Comer algo era necesario y lo hizo, pero en realidad se puso a masticar menos esos restos de comida que una creciente desazón por el giro que habían tomado las cosas. Estaba insatisfecho, no podía ser menos, por más que estuviera convencido de que debía quedarse quieto y de ninguna manera poner las cartas sobre

la mesa, la sombra del jefe Pracánico no lo dejaba estar tranquilo, de pronto creía escuchar el murmullo de su voz y se ponía a pensar en su vida. ¿Cómo lo sabemos? No lo sabemos pero es más que probable que eso sucediera, le sucede a todo ser humano aun policía, comer bien o mal, afligirse, preocuparse, temer, dejarse atrapar por las redes de la nostalgia, arrepentirse de las imprudencia, jactarse de los triunfos bien o mal habidos.

Trataba de entender lo que había pasado con él, no en la investigación, a su juicio brillante aunque azarosa, tal vez hubiera aprendido algo de lo que se debe o no se debe hacer en su duro oficio, sino en el beneficio que podía sacar de sus resultados; Pracánico, hay que recordarlo, había hablado vagamente de una recompensa o bien él lo entendió así, no Lomuto, con seguridad más enterado de lo que ese premio podía ser que él mismo y acaso que el propio Pracánico. Por cierto, con algo de aburrimiento o cansancio, o todavía fascinado por el caso resuelto días antes, Malerba se había desentendido de las rutinas ya unos días antes, de modo que apareció poco y sólo en ocasiones en la seccional desde su regreso de la Capital, viaje de incógnito, del que nada había informado, a Vargas menos aún que a nadie. Por eso, aunque parezca increíble, en la noche de ese día 21, antes de retirarse, ignoraba la desdichada suerte que había corrido Contursi y no podía saber lo que en ese mismo momento estaba pasando con Lepera, dos

personas que habían estado tan cerca de él en las últimas semanas, no se tome esto en un sentido afectivo porque no llegó a estimarlos, más bien todo lo contrario. De haberlo sabido habría actuado de otro modo en la comisaría y en su propia casa, habría, quizás, optado por irse subrepticiamente de ambos lugares ante todo, luego de la ciudad y, si no es exagerado decirlo, del país mismo, él sabía de gente que se había ido del país por intuiciones mucho menos intensas acerca de lo que le podía pasar si insistía en quedarse que las que él habría podido tener si se hubiera ayudado un poco a pensar en las palabras, los cambios de humor, las expresiones faciales, las conexiones de sentido a las que se había asomado como quien se asoma a un abismo. A guisa de sabia reflexión, podríamos decir «los dioses ciegan a quienes quieren perder» y también, menos proféticamente, «a buen entendedor pocas palabras». De modo que el día 22 se le pasó en distracciones, apenas si fue a la oficina, miró la televisión o leyó, las radios no dijeron nada importante, los turistas volvían a la carga, la luz pugnaba por imponerse en una lucha en la que, al fin, logró triunfar.

Tampoco el esforzado periodista de policiales de *El Oleaje*, nuestro conocido Ambrosio Cobián, publicó nada el día 22, desenterado o desinformado, o estaba de vacaciones o tan sólo por falta material de tiempo, o porque las relaciones públicas de la policía no juzgaron que esas muertes fueran

dignas de ser comunicadas; era como si el inspector Malerba estuviera rodeado, perdónesenos la frase, por un biombo de desinformación, a veces sucede, una suma de circunstancias que obraban a modo, involuntario por supuesto, de conspiración. En suma, que la mañana del 23, otra fecha importante de la que tampoco diremos nada, salió de su departamento y decidió pasar por el barrio del puerto, cuestión de ver otros ámbitos, antes de volver a su oficina y archivar para siempre el caso Fresedo y ver qué hacía con las copias de las grabaciones, un verdadero incordio. El temporal que se había desencadenado dos días antes se había disipado completamente y sus aguas y vientos habían sido sustituidos por una atmósfera límpida en la que la luz parecía eterna, esa luz de Mar del Plata que no nos cansamos de elogiar, tan propia de los mares del sur. El Opel modelo 63, propiedad de la policía, que lo esperaba en la calle, sobre la Diagonal, recordémoslo, a pocos metros del paraje llamado Punta Iglesia, nombre que ya no significa nada y que es sólo un cartel en un restaurante, se puso en marcha a duras penas y ambos, él y su automóvil, retomaron por el Bulevar Marítimo, en dirección contraria a la que había seguido, dos noches antes, el desdichado Lepera. En el mar, desde el Torreón, se veían algunos barcos detenidos y la ciudad, en su costanera, brillaba, tanto las pizarras de algunos techos como los verdes de los jardines descendentes, modestas colinas

convertidas en parques. Era la plena mañana y las viejas mansiones, construidas en los años dorados de Mar del Plata, cuando el dinero fluía a raudales de dichosos ganaderos, terratenientes o industriales, irradiaban sus misterios góticos, en su esplendor su decadencia, esos extremos son comprensibles ya que no se puede hablar de decadencia si antes no ha existido esplendor. El automóvil se deslizaba tosiendo y expectorando en medio de una circulación creciente pero los ojos tenían casi un exceso de recompensas, sobre todo cuando al internarse en los caminos que descendían y volvían a emerger brotaban nuevas maravillas de luz y de colores.

Pero, ¿quién será el que se pone a reflexionar poéticamente, por más que ciertas expresiones que pasan por poéticas le traigan algún contento, cuando lo asedian otra clase de asuntos, más apremiantes y vaya si los hay en la profesión policíaca? Por ejemplo, la imagen un poco acartonada pero siempre ambigua del comisario Pracánico. Por más vueltas que le daba, Malerba no conseguía –y lo afirmamos como consecuencia de sus cambios de actitud o de gestualidad– relacionar, cosa grave porque policía que no relaciona no tiene porvenir, muere, como se suele decir cuando se quiere aludir a un bloqueo o a un callejón sin salida.

Al llegar al barrio del puerto, sin prestar atención a la Base Naval pero mirando de costado al Club Náutico, nombres ambos llenos de evocacio-

nes para cualquier atento lector de estas páginas, donde, a lo lejos, en las rojas canchas, algunos, hombres y mujeres, jugaban tenis, cosa de envidia a esa hora de la mañana, y dejando de lado la Juan B. Justo, avenida a la que no se le había cambiado el nombre en los últimos tiempos por milagro, se metió por la derecha, a su izquierda el puerto propiamente dicho y, a lo lejos, asomándose entre los enormes depósitos, se veían los palos de varios barcos, pesqueros sin duda, acaso algún crucero turístico, lo cual es improbable, de esos que se suelen ver en la plena bahía por la noche, con todas las luces prendidas, irradiando un aura envidiable o ilusoria. El barrio era otra cosa, parecía por momentos, tampoco hay que exagerar, Génova o La Spezia pero no era esa semejanza lo que importaba, hay una tendencia a comparar el pintoresquismo local con entidades europeas de excesivo pero bien consolidado prestigio; lo que importaba era que la italianada, o lo que queda de ella, fiel a sus tradiciones estaba emprendiendo una de esas procesiones que cada tanto, agradeciendo algún impreciso favor divino, se organiza para ir a las barcas y cantar viejas oraciones, arrojar flores al mar y escribir en el agua frases destinadas a contentar al celoso Neptuno o sólo para comer pescado porque es el día del pescador o de la red o de la conserva en lata. Malerba dejó el coche en una calle lateral y se incorporó a la marcha, no era que quisiera, nos parece, agradecer ningún fa-

vor a esa deidad sino por reflejo profesional, para un policía toda marcha por las calles puede querer decir algo, puede derivar en tumulto o gresca, los ladrones pueden hacer su agosto en enero o, para vibrar con el diapasón de los tiempos, pueden infiltrarse subversivos con los fines aviesos que les son propios.

Se mezcló, por lo tanto, con los procesantes, su ropa no lo distinguía, recordemos que era verano y podía prescindir de saco y corbata, tratando de observar bien, al fin y al cabo su instinto, muchos comparan por eso a policías con perros, debía funcionar pero, saliendo de esos aspectos caninos o profesionales, es posible que tal instinto lo hubiera llevado a hacer algo cuyo sentido podía no ser claro, en suma no supo muy bien por qué ni para qué se metía entre personas que caminaban rítmicamente, cantando de pronto canciones en dialecto, incomprensibles, eran muchos y eso siempre distrae, no se advierten peculiaridades; nos gustaría hacerlo pero nos está vedado decir que tuvo una fulgurante sensación de soledad, uno en la multitud –no solía, aunque no era un duro, decirse que tenía sensaciones de ese tipo, ya lo conocemos un poco– pero sí podemos afirmar que tuvo la positiva impresión de que no era un desconocido entre quienes lo rodeaban, por supuesto para algunos, no desde luego para la masa de los procesantes, que ocupaban una cuadra completa, muy compacta, la calle estaba toda im-

pregnada de reminiscencias y maneras xeneises, sino, por cierto, sin que los hubiera advertido como muy diferentes, sólo unos cinco o seis que de pronto estaban a su alrededor, rudos pescadores en principio pero no, al menos no lo hubiera podido afirmar, algo en las manos de uno o dos que estaban más cerca indicaba otro oficio, no el del mar, hasta que de pronto esos cinco o seis empezaron a presionar, empujándolo de a poco, ocupados al parecer de discutir algo entre ellos, afuera del grueso de la procesión y llevándolo, ya era indudable, hasta la orilla de la procesión, una especie de arroyo junto al río central, pero en la calle todavía y, lo más importante, él se estaba dando cuenta pero no lo podía creer porque no era que todo el mundo se hubiera echado contra ese sector, en estampida, sino tan sólo esos sujetos, hasta que vio, cabalmente, que ya no se podía mover y era tal la sorpresa que ni siquiera atinó a gritar, de todos modos sus gritos no se habrían escuchado, hasta que sintió el primer puntazo y luego otro, lo estaban acuchillando y él empezó a mover los brazos como si quisiera atacar y los otros, ya sólo dos, gritaban «asesino», como si fuera él quien los estuviera atacando y ellos se defendieran y no al revés, hasta que cayó cubierto de sangre, no era para menos, sin mediar una palabra, su orgullo, sin duda, le vedaba exclamaciones, de modo que nadie de los que caminaban por la calle rumbo al puerto, bamboleándose, indiferentes a toda otra cosa que

no fuera agradecerle al dios del mar, viejo resto pagano importado del Mediterráneo, podía saber qué había pasado, tal vez alguien creyera que se había producido una reyerta callejera y que, como resultado, un hombre había caído acuchillado, murió a causa de esa disputa, no se sabe por qué, interpretación que se hizo factible cuando algunos que venían un poco más atrás terminaron por admitir que había alguien en el suelo, ocurre con frecuencia, es la negación, que se tarda en aceptar lo evidente, y al acercarse y verlo desangrándose, la sangre manaba todavía de su vientre y de sus costados y enrojecía la camisa, tuvieron la certeza del final pero no les resultó fácil entender lo que había pasado puesto que, en la mano derecha, mal agarrado, de hecho se lo habían puesto ahí después de herirlo, tenía un cuchillo como símbolo inútil de su agresividad: era el mismo con el que lo habían ultimado.

colección andanzas

TUSQUETS EDITORES

Mares del sur

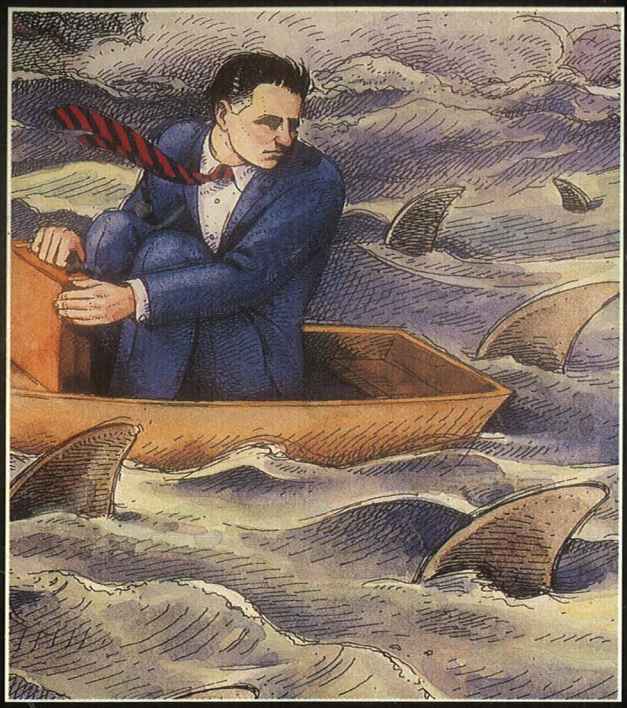


Ilustración de la cubierta:
Cercado por los tiburones de James Noel Smith. ©The Image Bank Argentina, 1997.

Las noches del 31 de diciembre en Mar del Plata deparan sorpresas, crímenes, encuentros fortuitos, resoluciones inesperadas, a causa, quizá, de la luz marítima o de la omnímoda presencia del azar. Una brújula loca desorienta y orienta al mismo tiempo y el rumbo sólo puede ser establecido por una conversación incesante. Eso es esta novela, tocada por la magia de una palabra paranoica: un cuento delirante narrado por alguien que conjetura y acierta en un crímen que ninguna policía podría descifrar, porque al mismo tiempo lo debe ocultar.

Narrada con estilo envolvente y un tono engañosamente objetivo, ***Mares del sur,*** desarrolla una intriga de la que no se puede salir a la vez que explora los límites de la novela contemporánea y asuntos tan centrales como la violencia social, las morales adulteradas y los sibilinos discursos de la impunidad.

Código: ACA 010
ISBN 950-9779-45-8
9 789509 779457